



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>

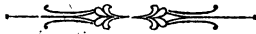


G868 .8 AR5433F LAC

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

G868.8
Ar5433f

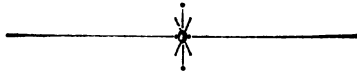
FRASQUITO



NOVELA ORIGINAL

DE

José de Armas y Céspedes.



HABANA.

IMPRENTA Y PAPELERIA "LA UNIVERSAL" DE RUIZ Y HERMANO,

PROVEEDORES DE LA REAL CASA.

SAN IGNACIO 15.

1894.

Es PROPIEDAD.

AL SEÑOR

D. José María Villaverde,

*dedica esta obra, como prueba de afecto,
su leal amigo*

El Autor.

1013492

Advertencia.

Desde hace más de treinta años tengo escrita, sin imprimirla hasta ahora, la siguiente relación, según la oí en su esencia de labios de mi madre, contemporánea de los hechos á que se refiere y de algunos presencial testigo.

He variado por discreción el nombre de ciertos personajes, conservando el del protagonista y el indispensable del general Vives, gobernante tan hábil y tan meritorio para España como el mismo Padre La Gasca, á quien el ilustre Prescott, con ser de los Estados- Unidos, coloca al nivel de Washington.

Cuando de Cuba se escriba detallada historia, la de los sucesos que forman el argumento de esta obra tendrá un interés muy superior al que yo haya podido dejarles, adoptando la forma de novela.

José de Armas y Céspedes.

Habana, Agosto 27 de 1894.



I

EL RETO

En un caserón del Marqués de A... plaza de San Francisco de la Habana, donde hoy están las oficinas de la Compañía Trasatlántica Española de Vapores Correos, había hace más de setenta años, banca pública de juego, á ciencia, paciencia y complacencia de las autoridades, donde pasaban anualmente de unas manos á otras, algunos millones de pesos, en onzas y doblones contantes y sonantes.

Allí acudían hombres ricos de esta capital y de otras poblaciones de la Isla, á entregarse á su diversión favorita, como la única digna de su estirpe, sin que por ello dejaran

de ayudarlos gentes de mediano pasar y pobres vergonzantes.

Es inverosímil lo que se cuenta de las casas de juego existentes á la sazón, y con especialidad de la mencionada, que parecía la más favorecida de todas, y frecuentaban hasta cadetes del regimiento *Fijo de la Habana*, formado por jóvenes de las principales familias y que gozaba el privilegio de no prestar servicio fuera de esta plaza.

Mucho dieron que hacer esos cadetes con sus aventuras amorosas y mucho con sus frecuentes desafíos. En el cuartel de la calle del Empedrado esquina al recinto de la muralla, tenían su sala de esgrima, distinguiéndose en el florete D. Pedro Bombalier, D. Tellesforo Torrea y algunos más. Pancho Semmanat era tan poco afortunado en los asaltos con botón, como feliz en sus lides de veas, sable ó espada en mano, en el terreno.

Cual sucede siempre á los cuerpos militares privilegiados, la tropa veterana de línea no veía con buenos ojos al *Fijo*, por cuyo motivo hubo no pocos lances entre los oficiales de éste y los del ejército.

Entró una mañana en dicho salón de esgrima un señor de elevada estatura, delgado, musculoso, cuyo enérgico rostro, largos bigotes y movimientos elegantes y varoniles, podían dar á entender que era militar, si no lo

indicase ya su uniforme de capitán de caballería.

Tres personas encontró allí: un caballero de mediana estatura y marcado aire francés, y dos jóvenes en traje de esgrima y florete en mano. Uno de ellos, como de veinte años, era de aventajada talla. Ancho de hombros, alto de pecho, reducido de cintura, blanquísimo de cutis y bien parecido, llamaba la atención por sus expresivos y grandes ojos negros.

El otro, por lo contrario, de treinta años, era pequeño, hundido de pecho, muy moreno, con ojos chicos casi cerrados naturalmente y una boca que parecía unas veces sonreír y otras llorar, sin que se moviera la línea divisoria de sus estrechos labios.

—¿Es ésta la sala de armas de los oficiales del «Fijo de la Habana?» preguntó el recién llegado á estos tres individuos, después de saludarlos con sequedad y de observarlos atentamente.

—Sí, señor; es esta, contestó el más corpulento de los jóvenes. ¿Qué se le ofrecía á usted, caballero?

El visitante dió dos pasos hácia el centro de la sala y con acento de las Islas Afortunadas, exclamó:

—Lo mismo será que hable con tres que con todos. Yo soy, señores, el capitán cono-

cido con el nombre de Segundo Lombea y Cortino.

—Muy señor mío... interrumpió ceremoniosamente el joven.

El recién llegado continuó, perdiendo un poco la serenidad:

—Pues bien, señores. Sabedor de que los oficiales de este regimiento tienen aterrados á todos los vecinos de la Habana, imponiendo su voluntad á título de valientes, vengo á lanzarles un reto para que pase á recogerlo el que quiera ó me envíe sus padrinos al pabellón del Cuartel de la Fuerza.

—Debo advertir á usted, respondió el mismo joven, que los aquí presentes no pertenecemos al *Fijo de la Habana*. El señor y yo, somos estudiantes de Derecho, y el señor es un caballero extranjero que no se mezcla en ciertas cuestiones. Puede usted tomar asiento y esperar, si quiere, á alguno del *Fijo*.

Estas palabras no dejaron muy contento al capitán de caballería, á pesar de que no había en ellas nada que saliese de la más estricta corrección.

—¿Es usted fuerte en la esgrima del sable y la espada? le preguntó.

El estudiante pequeño y de color cetrino, contestó:

—Es el primer tirador de la Habana.

—¡Alabado sea Dios! exclamó el provoca-

dor. ¡Eso es precisamente lo que yo buscaba! El mejor tirador de la Habana para darle una lección.

—La recibiré con gusto, dijo el joven de gran estatura. Dentro de una hora tendrá usted mis padrinos en el Cuartel de la Fuerza.

—Está bien, replicó el de caballería; lo cual no quita hábermelas después con los oficiales del *Fijo*.

En esto, el señor ya anciano de aspecto extranjero, dirigiéndose aparte al recién llegado, le dijo de una manera que los dos jóvenes que le acompañaban no pudieran oírle:

—Señor D. Segundo Lombea y Cortino: ya ve usted que le conozco. Es usted uno de los mejores tiradores de espada de Europa. Sé que usted ha viajado exhibiéndose, pagando un duro por cada estocada de florete que recibiera y cobrando una peseta por cada estocada que diera á su contrario. Yo soy profesor de ese joven de veinte años. Su padre me lo ha confiado. Llega mañana, después de seis meses de ausencia, y no debo permitir el duelo. Suplico á usted que me ceda el lugar de mi discípulo.

—Sr. Conde de Brisnes: ya ve usted que también le conozco, repuso Lombea y Cortino con amabilidad. Admitiría gustoso, si usted no tuviera más de sesenta años. Hace diez que usted era uno de los pocos que po-

dían medirse conmigo; pero hoy, con mis treinta, si no me deshonra batirme con un buen discípulo de usted que me lleva la ventaja de no contar sino veinte, sería ignominioso que yo aceptara un combate con usted, que se acerca á los setenta.

—Como la cosa duraría poco, no me cansaría... dijo el caballero francés.

—No me conoce usted, conde, replicó el capitán.

Este diálogo quedó interrumpido por la intervención de varias personas que habiendo llegado al salón mientras hablaban el conde de Brisnes y el capitán de caballería, se enteraron de lo que pasaba y se dirigieron en el acto al último.

El que parecía estar á la cabeza del grupo era de mediana estatura, aspecto reposado y pacífico, distinguiéndose por la belleza de sus facciones que parecían femeniles, aunque expresaban una voluntad invencible.

—Señor capitán, dijo. Somos oficiales del *Fijo*, y considerándonos retados antes que estos señores, venimos á reclamar el derecho de prioridad para batirnos con usted.—Yo, por mi parte, me atrevo á esperar que usted me prefiera.

—Si es usted D. Francisco Senmanat, desde luego.

—Soy el mismo.

Después de enérgicas reclamaciones por parte del joven discípulo del conde, del anciano francés y de varios oficiales del referido regimiento, se convino en que el primer duelo lo efectuaría Lombea con Senmanat.

Entonces el retador, al despedirse cortésmente de todos, preguntó á su primer interlocutor:

—Y usted, joven caballero, ¿podrá usted tener la bondad de decirme su nombre?

—Me llamo Manuel Agüero, y estoy á las órdenes de usted, sin dejar de insistir en mi derecho de batirme con usted antes que el Sr. Senmanat.

—Eso es imposible, contestó Lombea, con tono cariñoso. El hecho de estar usted á cargo de este caballero (dirigiéndose al conde de Brisnes), y de traer el nombre que ha pronunciado, me convence, recordando antecedentes de Francia, de que es usted hijo de D. Francisco de Agüero, y con un hijo de D. Francisco de Agüero no se batirá nunca Lombea y Cortino.

El conde de Brisnes dió á éste un apretón de manos de agradecimiento.

Los padrinos de Senmanat salieron en el acto con Lombea para avistarse sin pérdida de tiempo con los de éste, y ajustar las condiciones del combate que debía realizarse al siguiente día.

II

SITUACIONES DESLINDADAS.

A las 9 de la mañana había concluido la escena que se acaba de relatar y á las cinco de la tarde el conde de Brisnes entraba en una lujosa habitación ocupada por Mr. Angelucci, Cónsul de Francia, que ejercía el cargo con el título de Inspector general del comercio francés en la Habana.

—¿Qué me trae usted á estas horas, amigo conde?

—Algo curioso y tal vez digno de que lo estudiemos, contestó éste.

—Veamos.

El conde contó lo ocurrido en la sala de esgrima.

—Y desde entonces acá, ¿qué ha pasado? interrogó el cónsul.

—Creo que todo se ha limitado á acordar las condiciones del combate, replicó de Brisnes, y que pelearán mañana temprano, quedando con toda probabilidad Senmanat muerto ó mal herido.

—Amigo de Brisnes: esta vez ha quedado usted atrasado de noticias, dijo con una sonrisa el funcionario francés.

—¿Cómo? ¿Se han batido ya?

—No se baten.

—¿Han arreglado pacíficamente el asunto esos dos hombres? ¡Es imposible!

—Hoy á las doce, hablando yo con el Capitán General, en su gabinete, le anunció un ayudante que había llegado el capitán Lombea y Cortino, á quien él envió á buscar. El general me dejó en el gabinete, y dirigió algunas palabras en la sala al capitán, quien le contestó á gritos empuñando la espada. Acudieron varios oficiales que se llevaron á Lombea con dificultad, y hace una hora que éste ha salido por la boca del Morro en una goleta de guerra con dirección al puerto de Guanaja, desde donde deberá ir á Puerto Príncipe á las órdenes del gobernador de aquella ciudad.

Un momento después de haberse llevado á Lombea de palacio, se presentó al general el señor Senmanat, por orden superior. También los ví desde el gabinete. La

conversación fué amable y hasta cariñosa, quedando Senmanat en libertad. Las últimas palabras que le dijo el general Vives las oí perfectamente: *Señor oficial, la nación necesita de sus servidores del ejército para que la defiendan y no para que se batan unos con otros..*

Pasemos á otra cosa más grave, añadió el Cónsul. ¿Cuándo llega el señor de Agüero?

—De un momento á otro. Hace un mes me escribió desde Nueva-York, anunciándome que á los pocos días se embarcaba para este puerto en la fragata *Isis*. El tiempo ha sido bueno, y no debe tardar en llegar el buque.

—Pues bien, prosiguió Angelucci; desde el momento en que usted lo vea . . .

Al llegar aquí el Cónsul bajó la voz y miró las paredes á uno y otro lado, como con temor de que le oyesen.

—Desde el momento en que usted le vea, continuó, avísele que el general Vives ha recibido denuncias comprometedoras acerca de él.

El Conde palideció.

—Está muy bien, contestó, agregando pocos segundos después: entiendo llegada la hora de que deslindemos nuestras respectivas posiciones.

—Prescinda usted de la mía. Está bien deslindada, dijo el Cónsul. Yo soy un modesto empleado de Francia, Inspector general de su comercio aquí, representante de sus intereses y fiel servidor de su gobierno. Usted . . .

—Le ahorraré á usted el trabajo de decirlo. Yo soy un republicano de toda la vida, que no transigí con el imperio, no transijo ahora con Luis XVIII, ni transijiré nunca con un gobierno que no sea del pueblo por el pueblo. Por eso he aceptado la protección de mi condiscípulo de colegio, compañero de armas y correligionario, desde las batallas de Valmy y de Jemmapes, donde peleamos juntos: por eso le he acompañado siempre, he educado á sus hijos y estaré á su lado hasta el último instante de mi vida.

Los sueldos que le he ganado durante treinta años están capitalizados en el Banco de Inglaterra y forman una fortuna que me permitirían vivir con lujo é independencia. Sin embargo, la mayor parte de estos ahorros será para la familia de mi amigo.

—Perfectamente; pero . . .

—Permítame V. que vuelva á interrumpirle, prosiguió el conde. V. se dice, sin duda: «El Sr. de Agüero está mezclado en asuntos políticos peligrosos para su vida, y

contrarios al cumplimiento de las instrucciones que me da el gobierno de Francia, y necesito saber á qué atenerme respecto de él.»
¿Es así?

—Así es, afirmó Angelucci. Mi gobierno está ligado con el de España y todos los de Europa para defender en las Antillas los intereses monárquicos, y según los documentos que he enseñado á V., piensa indemnizarse por los gastos de la expedición militar mandada por el duque de Angulema, admitiendo la cesión de Cuba. En ese caso, la causa que defiende el Sr. de Agüero será enemiga de Francia, y necesito saber, como se ha dicho, si llegado á este punto, V. estaría por Francia ó por Agüero.

—Responderé categóricamente. Yo soy un viejo parisiense enciclopedista volteriano, un radical que considera á las nacionalidades un atraso en cuanto se opongan á la libertad y á la justicia. La causa de España puede ser aquí la de la libertad y la justicia; pero la de Francia nunca. Con esto digo que en la situación que V. me señala, me mantendré al lado del Sr. de Agüero antes que al de Francia.

—Gracias, amigo, por la noble franqueza, dijo el funcionario francés abrazando al conde; y no por esto dejaré de seguir consultándole cada vez que se ofrezca, por que

no puedo privarme de los consejos de un hombre de tanto saber como V.; pero al mismo tiempo insisto en recordarle que el general Vives es uno de los europeos de más talento venidos á América: que sin recibir ayuda de ninguna especie de la Península (arruinada por la revolución y la invasión) tiene aquí un buen ejército formado por él, de treinta mil hombres, y una regular escuadra, formada también sin recursos: insisto en recordarle que Vives está al tanto de todo, tiene en su mano el hilo de todas las conspiraciones; que ha alcanzado la alianza activa y defensiva con los Estados Unidos y Rusia; que tendrá aquí pronto auxilios de Francia, que no se dejará arrancar este resto pequeño de los inmensos dominios de España en América, y que la vida del Sr. de Agüero se halla en gravísimo peligro.

—Agradezco igualmente las advertencias de V., amigo mío, y hasta mañana.

—Aguarde V., dijo Angelucci; que vamos á acompañarle.

—No se tome V. esa molestia, contestó el conde; sabe V. que vivo á corta distancia . . . á doscientos pasos de aquí.

—Aún cuando así sea. Desde que oscurece no se puede salir á la calle, y ha oscurecido desde hace rato.

—¿Y cuántos iremos en la expedición?

preguntó el obsequiado, aceptando tácitamente el ofrecimiento.

—Mi cocinero, mi ayuda de cámara y yo. Son dos normandos que me acompañan á todas partes.

—¿Y la casa, quien la cuida?

—Un piquete de tropa que me envía el general Vives.

Pronto salieron los criados, armados con espada, y llevando los cuatro sendas linternas por añadidura.

III.

UN TRAYECTO DE DOSCIENTOS PASOS

Eran las ocho de la noche.

La calle estaba oscura, á consecuencia de no haber entonces alumbrado público ni tampoco luna, y las estrellas estaban veladas trás densas nubes.

No se veía á tres pasos de distancia de las linternas, y los dos corpulentos normandos semejaban gigantes, entre los inquietos reflejos de las luces que conducían.

De repente el cónsul, que iba al lado del conde, y como éste y los criados con la espada desnuda, dió la voz de alto.

Era innegable que un grupo de hombres se movía en la esquina de la calle de Santa Teresa frente á una puerta lateral del convento de San Francisco, ocupado hoy por la Aduana.

Apenas se detuvieron nuestros cuatro excursionistas, pudieron oír que también por el lado de donde venían se adelantaba otro grupo hácia ellos.

Entonces el conde comenzó á comprender que hubiera hecho mejor aceptando la hospitalidad de su compatriota que su custodia.

—¿Quién vive? preguntó con voz firme á los que se acercaban por retaguardia.

—¡Boca abajo los cuatro y después no moverse si no quieren morir! contestó otra voz.

La misma orden de *boca abajo los cuatro*, salió del grupo de la esquina de Santa Teresa; añadiendo:

—No traten de defenderse, porque somos muchos.

—¿Será la ronda, que nos toma por ladrones? preguntó el cónsul.

—No, desgraciadamente. Son ladrones que han sabido, sin duda, que traigo mucho dinero encima. Debo dárselo antes que permitir el sacrificio de Vds.

Mientras esto decía el Conde, Angelucci colocaba con gran rapidéz á los cuatro espalda con espalda, tomando él una linterna con la mano izquierda y dándole la otra á su liberal aristocrático amigo.

Todavía en aquella época se enseñaba en

algunas salas de esgrima el uso de la espada y linterna contra espada y daga, que estuvo en boga por el siglo XVI y XVII, según cuentan las crónicas de Sevilla, Madrid y otras ciudades de España, y los dos caballeros franceses de nuestra historia eran prácticos en ese ejercicio. Sus linternas servían para el caso, porque se manejaban por un asa y podían cerrarse ó abrirse.

Los normandos se agacharon hasta ponerse casi tendidos en tierra, para herir con el menor peligro posible á los que se les aproximaran.

De tal manera apercebidos, el cónsul exclamó con voz de trueno:

—Señores asesinos, podeis comenzar la obra.

Dichas estas palabras, dió tres pitazos de auxilio.

Los dos grupos que se adelantaban en dirección convergente hácia los extranjeros, detuvieron el paso, cuchichearon algunos instantes como en consulta, y al notar que del Consulado Francés salía á la voz de auxilio gente que por el ruido acompasado de su andar parecía tropa, se declararon en fuga, diciendo: ¡la guardia!

Los salvadores eran cinco: cuatro soldados y un cabo.

Esperaron los nueve en pelotón algunos

minutos hasta cerciorarse de que los agresores habían desaparecido sin dar señales de volver, y de los cinco veteranos de la guardia tres volvieron al consulado, continuando los otros dos con los expedicionarios, que á paso cauteloso y lento llegaron en corto tiempo á una casa de la misma calle de los Oficios, situada esquina á la de Cuna, donde residía el Conde.

Tocó éste á la puerta principal, y sin hacerse aguardar mucho la abrieron los jóvenes Manuel y Esteban Agüero, saludándole el más alto con finura, y el segundo con afectuosidad extraordinaria.

—Estábamos ya con cuidado, le dijo, apretándole nerviosamente la mano.

IV

EL NEGRO BERNABE.

La casa era espaciosa. Manuel, Esteban y el Conde habitaban el entresuelo, y el piso principal lo ocupaban dos personas importantísimas en esta narración: Da Mercedes Agüero, Marquesa viuda de Consalvo, y su hija María, hermana la primera de don Francisco de Agüero, cuya llegada de Nueva York se esperaba de un día á otro. La acompañaba en calidad de amiga una prolecta señora irlandesa: Mrs. Merril. La servidumbre, compuesta de veinte y siete personas, negras ó mestizas, estaba repartida: las hembras no casadas en el piso alto, los ayudas de cámara ó *criados de mano*, en el entresuelo y los porteros, cocheros, caballeros y fregadores de suelo en la planta baja. Eran pocos criados para los que estila-

ban entonces las familias ricas cubanas.

El Conde preguntó cortesmente á sus discípulos por Da Mercedes y Da María.

—Están en el oratorio, le contestaron.

—Suplico á ustedes, hijos míos, les digan que por estar muy estropeado me retiro á mi cuarto á descansar; pero que si desean encargarme algo, que no tengan reparo en hacerme llamar.

En seguida se dirigió á su habitación, á cuya puerta estaba ya esperándolo, vestido de limpio dril blanco, el negro Bernabé, que entró tras de él en la amplia alcoba, sencillamente amueblada.

—Siempre listo para servirme, le dijo á éste el conde, tocándole afectuosamente el hombro. ¿No te he suplicado que no me cuides tanto?

—El Amo, contestó Bernabé, me encargó muchas veces antes de irse que lo tratara á Su Merced como á él mismo, y no creo haber faltado. Además, siempre me hubiera portado bien con el Conde, en agradecimiento de sus bondades.

Estas palabras las pronunció sin afectación y con la naturalidad de un hombre bien educado y de corazón sincero.

—Gracias, amigo mío. Y antes de que te retires te voy á hacer una pregunta.

—Estoy esperándola, señor Conde.

—¿Podrás decirme por qué Esteban huele tanto á mantequilla y me ha dejado parte de ella en la mano al apretármela y en el puño de la camisa?

En efecto, había pequeñas porciones de esa substancia en la mano y la camisa del anciano.

El negro, en lugar de reir á esta pregunta cómica, abrió desmesuradamente los ojos, y con expresión de terror y tristeza exclamó, bajando la voz:

—¡Oh! Yo siempre dije cuando el Amo recogió al niño Esteban de diez años y lo adoptó como hijo al igual del niño Manuel, que Esteban tenía mala cabeza.

De Brisnes quedó á su vez asombrado. No podía comprender la importancia que concedía Bernabé al hecho de que Esteban oliera á manteca de vaca, ó mantequilla, como se dice en el país, y tuviera untadas las manos en ella.

Era el Conde hombre aseado, enemigo de grasa en la ropa y el cutis, y al verse con la mano y la camisa embadurnadas de mantequilla, sabiendo que ésta no le gustaba para comer á Esteban, hizo la observación á que procuró dar forma chistosa; pero con motivo del efecto que sus palabras produjeron en el correcto criado, se llenó de extrañeza y de curiosidad.

—Explícate, le dijo.

Bernabé le hizo misteriosamente señã de que se esperase, salió del cuarto, recorrió los pasillos y volvió en seguida, pronunciando quedo estas palabras:

—Está en la azotea mirándonos por esta ventana.

El de Brisne cerró la ventana, como hacía todas las noches.

El negro comenzó así su narración:

—Desde hace tres días vigilo á Esteban.

El francés notó que no le llamaba respetuosamente *niño Esteban*, como era uso en los esclavos respecto á los blancos decentes.

Continuó el siervo:

—Se ha puesto con frecuencia en la azotea, donde estaba hace un momento, á observar al señor Conde cuando Su Merced venía á este aposento por la noche. Quise saber lo que miraba, y recordará Su Merced que anteanoche entré aquí con pretexto de preguntar si á Su Merced se le ofrecía algo que mandarme.

El señor Conde tenía en la mano varios papeles que me parecieron billetes de libras esterlinas del Banco de Londres.

Ayer cuando Su Merced salió la siguió. Yo al mismo tiempo le seguí á él. Su Merced entró en el Consulado francés. Esteban dió vueltas con disimulo á la plaza de San

Francisco, sin perder de vista el Consulado, y vino acá cuando obscureció. Ya había yo llegado de retorno. Me encontró en el zaguán, me encargó que avisara que no lo esperaran á la mesa, y se dirigió á la puerta cochera del patio que da á la plaza Vieja. Yo continué observándolo, para lo cual me adelanté, al amparo de la sombra, hasta cerca de donde él estaba, y me consta que abrió la cochera. No sé cuántas personas hablaron sigilosamente con él, pero sí que él salió acompañándolas. La puerta cochera quedó cerrada.

Me pareció prudente quedarme en la casa, y asegurándome de que los criados estaban en sus puestos para acudir á mi llamamiento, en caso necesario, me puse á esperarle. Á las dos horas, pude notar la vuelta de Esteban, por la cochera, un minuto antes que la de Su Merced por la puerta principal: ví que el niño Manuel la abrió para Su Merced al lado de Esteban, y yo corrí á esta habitación como lo he hecho para servir al señor Conde.

—Está muy bien, dijo éste, interesado vivamente por las relaciones del etiope, y agregó: pero ¿qué tiene que ver todo esto con la mantequilla?

—¿No comprende Su Merced? preguntó Bernabé, poniendo en duda la sinceridad de la interrogación del de Brisnes.

—Te doy mi palabra de que no comprendo la relación de la mantequilla con lo que acabas de relatar, expresó el Conde.

—Yo quisiera no comprenderlo tampoco, dijo el negro.

—¡Pero acaba de revelarme el misterio! exclamó el Conde con impaciencia.

Bernabé, vacilante y balbuciente, replicó:

—¿El señor Conde no sabe lo que se llama aquí un *mantequillazo*?

—No.

—Cuando quiere en este país burlarse uno de un individuo ó darle una paliza, sin que él lo vea ni pueda defenderse, ó asesinarlo impunemente, se suele emplear el medio de esperarlo tras una esquina, un pilar ó el hueco obscuro de una puerta; y con un papel lleno de mantequilla, puesto en la palma de la mano, aplicarle la mantequilla á los ojos, dándole un fuerte golpe, y el desgraciado, sin vista y vencido por el dolor, queda á merced del contrario.

—Ya comprendo lo que es un mantequillazo, dijo el Conde; aunque tampoco quisiera comprenderlo.

Hubo un rato de pausa.

Después prosiguió el anciano:

—Mucha prudencia, Bernabé, no dejes de seguir alerta, y veremos lo que se hace. La almohada es buena consejera.

Concluyó la entrevista con un fuerte apretón de manos entre los interlocutores, y el Conde, cuando quedó solo, registró con la vista toda la habitación, se aseguró de que las ventanas y las puertas estaban bien cerradas, apagó el candil, metió en la obscuridad un paquete de papeles bajo las almohadas y trató de conciliar el sueño.

EL TRESILLO.

Cuando salió Bernabé de la alcoba eran las nueve de la noche, según simultáneamente lo anunciaban el gran reloj de escape de la extensa antesala y la sonora campana de la torre de San Francisco.

Doña Mercedes de Agüero, su hija y la señora irlandesa que les servía de compañera, salían á la misma hora del oratorio, de rezar la novena, y se dirigían al gabinete inmediato á la sala de recibo.

Encontraron en el oratorio arrodillado á Esteban, profundamente sumergido en meditaciones religiosas.

La irlandesa lo miró con indiferencia, doña Mercedes con desdén y María con bondad.

Las tres damas hallaron en la antesala á Manuel, paseando.

—¡Qué lástima, dijo doña Mercedes, dando cariñosamente su mano á besar al joven; ¡qué lástima que éste sea un volteriano!

—Tía, contestó Manuel con dulzura, ya me iré convirtiendo; lo verá usted.

—Y será de veras, si te conviertes, estoy segura; pero de todos modos, añadió, créeme que te prefiero volteriano á Tartuffe.

Mrs. Merrill y María se miraron con inteligencia, como indicando que entendían la indirecta á Esteban.

Este, que las seguía de cerca desde el oratorio, oyó el tiro y pareció no entenderlo.

Doña Mercedes era una mujer de notable belleza, á pesar de sus cabellos grises. Tenía un carácter alegre y franco, modales fáciles y naturales, y se vestía con propiedad y esmero, siguiendo rigurosamente la moda francesa. Había pasado en París la mayor parte de su vida, y estaba en constante comunicación con aquella ciudad para proveerse de cuanto necesitaba en vestidos y enseres de casa.

La señora Merrill era fina, muy inteligente y muy instruída: el tipo perfecto de la institutriz y ama de llaves: siempre útil, siempre honrada y nunca desagradable.

En cuanto á María, he aquí lo que escri-

bió de ella nuestra compatriota la condesa de Merlin, que la vió de cerca:

«Su rostro y formas podían considerarse la realización, mejorada, del tipo soñado por Murillo al crear su virgen de la Ascensión y por Rafael al idear *La Perla*. La blancura y transparencia de su cutis, la brillantez de sus ojos negros y los cambiantes de sus rubios cabellos, contrastaban por modo sorprendente y contribuían á destacar su busto perfecto sobre formas escultóricas. Todo el que la veía se impresionaba al extremo de pensar ó decir: «esta es la mujer más bella que yo he visto.» Agreguemos el atractivo especial de una expresión inteligente, ajena de toda afectación, y se completará la pintura de esta criolla educada en Francia, iluminada por la aureola que corona una frente de quince años, como dijo Victor Hugo.

Sentáronse los cinco en cómodos sillones, puestos en el *petit salon* frente á una ventana alta de rejás, por la cual entraba una débil brisa; llegaron á poco el conde de P . . . y el Marqués de A . . . , que frisaban en los cincuenta, y no tardó mucho tiempo sin que se entablara un tresillo fuerte entre Da Mercedes, el conde de P . . . , y el Marqués de A . . . , mientras Esteban hablaba de viajes con la Sra. Merrill y Ma-

ría con Manuel de su amor, sin que estas dos últimas personas pudiesen ocultar que eran novios, á gusto de la familia.

—Es la mejor pareja que puede verse en la tierra, dijo el Marqués á Da Mercedes, contemplando á los prometidos esposos.

—Tienen un gran defecto, contestó ella: son demasiado jóvenes: ella 16 años, él 22; pero las circunstancias exigen que no se pierda tiempo en casarlos.

Todos los presentes oyeron estas palabras y sabían que el caracter inflexible de Da Mercedes aseguraba que se cumplirían los propósitos de que el matrimonio se efectuaría pronto.

—Se recibe él de abogado en Junio: en Septiembre la boda, y si Dios lo permite, quedarán arreglados los intereses de ambos en Mayo del año que viene para poder irnos á Francia.

Esto fué dicho por la misma señora, en respuestas á insistentes preguntas del Conde, y con la satisfacción que se experimenta ganando á las cartas. Acababa de cerrar la sesión con mil tantos á su favor. El tanto valía un doblón.

Duró la partida una hora. En una sesión se podía arruinar una familia rica.

A las diez y media en punto se despidieron los visitantes.

Durante el tiempo transcurrido desde que se sentaron en el gabinete, ¿qué se dijeron María y Manuel?

Esos nada que constituyen las conversaciones de los enamorados. Promesas bobas, proyectos insensatos acompañados de suspiros una veces, y de sonrisas, otras.

Mrs. Merrill por su parte, hablando con Esteban, se detuvo un poco en todo, sin tratar de decir mucho sobre ninguna cosa. Su compañero mostraba interesarse en lo que ella le decía.

Al salir el Marqués y el Conde, dieron afectuosamente la mano á Esteban, y no quisieron por delicadeza interrumpir las frases que á la sazón se decían los novios, á quienes se contentaron con saludar de paso con una benévola sonrisa.

Así que los dos títulos de Castilla bajaron la escalera, D^a Mercedes dijo:

—El adios dado por los dos que se han ido ahora al Sr. D. Esteban pudiera significar: *hasta luego*.

La señora aludía á la posibilidad de que Esteban fuese á reunirse con los salientes en la casa de juego inmediata, esquina á la calle de Amargura.

—Tú, Esteban, continuó la madre de María, tienes treinta años, y puedes hacer lo que quieras. Si sales esta noche, no lo hagas

sin avisar al portero y á Bernabé para que aseguren bien la puerta.

—Será usted complacida, señora, contestó humildemente el interpelado.

—Voy á hacer una pregunta, prorrumpió Mrs. Merrill, quizás con el objeto de variar el tema de la conversación en lo referente á Esteban. Habiendo, según todos reconocen, tanta inseguridad personal en las calles que no se puede salir á ellas, apenas llega la tarde, sin exponerse á ser asaltado, ¿cómo estos señores van por todas partes y á todas horas llenos de brillantes, sin que nada les suceda? Sentiré que sea indiscreta mi curiosidad.

—Manuel, que no se muerde la lengua podrá explicarlo, manifestó D^a Mercedes.

—La creencia general, dijo Manuel, es que las familias principales de la Habana apadrinan y hasta abrigan á los malhechores, quienes á su vez no las molestan.

—¿Habrá quien extrañe que nos vayamos á Francia, los que podemos hacerlo?, observó D^a Mercedes; y dando las buenas noches, se retiró á sus ricas habitaciones, seguida de María, Mrs. Merrill y dos criadas negras que la aguardaban.

Esteban no salió aquella noche.

VI

EL CONDE Y BERNABÉ.

Levantóse el Conde de Brisnes con la aurora, y después de haberse cerciorado de que tenía en su poder billetes del Banco de Inglaterra por valor de veinte mil libras esterlinas, según se lo recomendó D. Francisco de Agüero en carta reciente de Nueva York que leyó por vigésima vez, se puso á examinar los sucesos de la víspera.

Conoció bien á Bernabé desde que este nació: Lo quería mucho; lo educó con esmero, é hizo de él un hombre instruido y útil, consiguiendo que doña Mercedes, su ama, le diera la libertad desde los diez años. Sabía que no era capaz de calumniar á nadie ni de hacer nada indigno; sin embargo, conocía el odio que Bernabé profesaba á Esteban y sus

justas causas, y comprendiendo que las pasiones, sobre todo la ira y la venganza, pueden extraviar á los hombres de alma más elevada, quiso suponer como base de su razonamiento indagador que el negro aprovechaba apariencias, en el fondo infundadas, para acriminar al que aborrecía; pero recordó que antes de que el mismo Bernabé le hubiera participado sospechas de que Esteban no fuese por buen camino, él también abrigaba algunas, parecidas, aunque vagas, y se ratificó en la consideración de que un ataque como el del día anterior, empleando tanta gente, no era fácil de intentarse sino con la seguridad de que por ser muy grande el esperado botín, siempre alcanzaría una buena porción á cada uno de los que acudiesen al reparto.

También eran graves indicios: el de las entrevistas con gente de la calle que casi vió Bernabé, el de la vuelta de Esteban un momento antes que la llegada del conde: su disimulo al ir á abrirle la puerta junto con Manuel, y la precipitación con que hizo las cosas olvidando quitarse todo rastro de mantquilla.

El de Brisnes pesó hasta las circunstancias atenuantes que podrían alegarse por la conducta criminal de Esteban, y las cuales serían en definitiva de fuerte presunción con-

tra el último, dadas las condiciones de su vida y de su carácter.

Esteban, era el único hijo de un matrimonio pobre procedente de Santo Domingo, y que murió de una fiebre aguda en un mismo día dentro del ingenio *Caridad*, donde tenía colocados á ambos cónyuges D. Francisco de Agüero. Este recogió al niño, lo trató con cariño, le dió una buena educación, y lo tuvo desde que nació junto con su verdadero hijo Manuel, como si fueran hermanos; pero Esteban había llegado á los treinta años sin una situación asegurada. En los últimos cinco años, ó sea desde que Agüero quedó viudo, las ausencias de éste se repitieron á menudo, sin que en las pocas semanas que permanecía en el país hubiese habido tiempo ni propicia ocasión para pensar en establecer la personalidad de Esteban.

Doña Mercedes, en las temporadas, cortas siempre, que pasaba en Cuba, lo trataba con desvío: lo mismo hacía en Europa y en los Estados Unidos, especialmente desde que también quedó viuda; y en todas ocasiones él era el hijo adoptivo de Agüero, obligado á mostrarse profundamente agradecido por ello, viéndose en realidad condenado á sufrir noche y día la comparación con Manuel; el Adonis, el fuerte, el más joven y el inmensamente favorecido por el talento y la fortu-

na; sin ocurrirse nunca ni al verdadero padre ni al verdadero hijo, sacar al recogido dominicano de una situación desesperada á fuerza de buena.

Le tocaría un capital seguramente de los bienes de Agüero, y de las futuras liberalidades de Manuel, cuando pudiera hacerlas; pero mientras tanto la vida de hijo de rico sin serlo, y de personaje siempre humillado, no le era muy grata.

Cometió faltas graves en el incidente, imperdonable sin duda para la señora Mercedes, que nunca hablaba de él, en que fué víctima la preciosa jovencita de raza negra Carmen, y esto podía constituir una circunstancia atenuante más á favor de Esteban, en el evento de que anduviese ahora en malos pasos, como se temía. Carmen había recibido una educación esmerada bajo la protección de su ama la propia Da Mercedes: hablaba y escribía bien el castellano: sabía el francés, tocaba regularmente el piano, y hacendosa y hábil en las labores domésticas, admiraba á cuantos la conocían. Iba á casarse con Bernabé, cuando de repente se apartó de la casa, refugiándose en Puerto Príncipe, y muriendo de pena. La sedujo Esteban.

Este suceso podía pasar á conocimiento de don Francisco de Agüero, que llegaba en aquellos días, y quizás el culpable ideara

huir, llevándose de cualquier modo dinero, al entrar resueltamente en la carrera del bandido.

Hechas estas reflexiones, el Conde tocó varios golpes ténues y repetidos en la puerta divisoria de su cuarto y del contiguo. Un instante después se abrió la de entrada que daba al corredor y se presentó Bernabé.

—¿Están levantados Manuel y Esteban? le preguntó:

—Sí, señor Conde. Esperan por Su Merced para ir á la sala de armas y al baño de mar.

—Diles que me hagan el favor de venir acá.

Bernabé salió. Los dos jóvenes no se hicieron aguardar.

—Amigo mío, le dijo el francés á Manuel, me parece que esta mañana habrás de ir sólo, si Esteban me complace quedándose aquí conmigo.

Ambos aceptaron la indicación en lo que respectivamente les correspondía, y el hermoso viejo y el pequeño y feo joven se miraron solos faz á faz en el cuarto. El balcón de la calle de los Oficios estaba abierto y daba al frente de los severos muros de San Francisco.

Sentados en sólidas butacas, entablaron la siguiente conversación:

—Querido Esteban, comenzó dulcemente el parisiense; he recibido la orden de entregarte dos mil libras esterlinas, y si quieres darme el correspondiente recibo te lo agradeceré.

—¿Y de quién es la orden?

—De don Francisco de Agüero.

Esteban guardó silencio por un minuto, al cabo del cual observó:

—Aceptaré ó no aceptaré ese regalo, según sean las condiciones ó consecuencias que de él se deriven.

—No hay condiciones de ninguna especie, por parte de don Francisco, ni más consecuencias que la satisfacción suya de haberte donado ese dinero, sin perjuicio de otras cantidades más que espera darte pronto.

El Conde dijo estas palabras con expresión de verdadero cariño.

Á pesar de todo eso, manifestó resueltamente el joven; creo que debo renunciar al regalo.

—No apruebo tu conducta, contestó el Conde.

—Hablaré con más franqueza, repuso Esteban: usted es un hombre á quien quiero y respeto tanto como al mismo señor de Agüero: usted es mi maestro y ha sido siempre mi amigo. No le ocultaré, pues, nada.

Hizo aquí una pausa y continuó así:

—Yo pudiera negar lo de Carmen. Nadie nos ha visto. Ella murió. Yo pudiera igualmente demostrar que se me calumnia. Pero á usted le confieso que cometí la vergonzosa debilidad. Mañana, hoy mismo quizás, llega don Francisco, se entera, si no lo han enterado ya, del suceso, y me veré en el caso ¿cómo? de todas maneras me veo en la necesidad de huir de esta familia y hasta de suicidarme. ¿Para qué aumentar lo odioso de mi memoria con el recuerdo de que acepté diez mil duros antes de marcharme?

La voz de Esteban se alteró y sus pequeños ojos se inundaron de lágrimas.

—No admito, dijo el Conde, las consecuencias que sacas del traspies que has dado y cuya gravedad no oculto, por la casa en que se ha efectuado. ¿Quién no ha tropezado en la juventud? Pero, aún cuando fuera indisculpable el error, no tendrías derecho á renunciar á dos mil libras esterlinas, porque equivaldría á un acto de hostilidad contra los que solo han pensado en hacerte bien, y no deben pasar por ingratos, no proporcionándote amplios medios de subsistencia al resignarse á tu salida. Digo amplios, añadió, porque sé que si esa cantidad no debe en rigor bastar á un hombre á quien se han creado costosas necesidades, tengo la seguridad de entregarte hoy mismo cuatro mil libras más,

lo que constituye un capitalito, que puede satisfacer á un caballero para lidiar con la vida, en cualquier país del mundo, y más en Francia.

—No insista V., Conde; no recibiré nada, expresó Esteban, como dando punto final á la conversación y levantándose para retirarse.

En aquellos instantes tocaron á la puerta.

—¡Adelante! gritó el Conde.

A esta voz se abrió la puerta, y entrando en el aposento uno de los criados normandos de la noche pasada, puso en manos del de Brisnes una carta y se retiró.

Decía la esquila estas líneas con sello del consulado francés:

Está próxima á entrar por la boca del Morro la fragata Isis, en la que debe venir el señor de Agüero.

El Conde enseñó el papel á Esteban.

El primero subió al piso principal y mandó la carta á Da Mercedes, pasándole aviso con la criada de que esperaba sus órdenes en el vestíbulo.

Da Mercedes, María y la Sra. Merrill se presentaron sin tardanza en traje de salida por la mañana, Estaban acostumbradas á estas cosas, y listas desde hacía una semana para que no las sorprendiera el suceso.

—¿Cree V., querido Conde, dijo la pri-

mera, que llegaremos á tiempo para recibirlo?

—Seguramente: el buque atraca al muelle de Caballería, y estaremos allí antes del desembarque de los pasajeros.

A los diez minutos salían de la puerta cochera cinco quitrines lucientes, tirados por sendas parejas de briosos caballos críollos, con arreos de plata, conducidos cada uno por su correspondiente calesero, negro, montado á la Daumont, como ahora se dice, llevando por librea chaqueta abierta con vueltas heráldicas y completando el uniforme ancho sombrero de jipijapa, polainas enormes de forma especial y zapatos bajos, las unas y los otros sujetos con hebillas inmensas de plata. Cada calesero usaba un pañuelo de seda al cuello, anudado con soltura por encima de la chaqueta, y portaba un machete de siete cuartas con sólido puño y adornos en la vaina también de plata.

Uno de los quitrines se destacó hácia el fondo de la ciudad y volvió á reunirse en el muelle de Caballería con los demás, después de recoger de la sala de esgrima á Manuel, que llegó al grupo formado á la orilla del mar por la familia, antes de que echara anclas el airoso barco.

Varios curiosos y algunos amigos aumentaban ese grupo, en el centro del cual se

destacaban Da Mercedes, erguida, hermosa, elegantemente vestida, y María Consalvo, imagen de la hermosura.

Poco á poco fueron acercándose personas que se extasiaban al contemplarla y se aproximaban, aunque á respetuosa distancia, en torno de ella.

—¡Es la misma Virgen Santísima! exclamó una negra.

—¡El cielo la bendiga! articuló otra.

No tardó la fragata en atracar al muelle. Bajó en primer término la plancha, cediéndoles los demás el paso, un hombre alto, sumamente trigüeño, de patillas canas y muy bien vestido, que llegando rápidamente al muelle, se adelantó hácia Da Mercedes, que lo abrazó al mismo tiempo que María, y Manuel, cada uno por distinto lado.

Este grupo llamó la atención del público, que aplaudió la escena.

Pasada la efusión del primer momento, tocó el turno á Esteban, el conde y Mrs. Merril, y sin pérdida de tiempo los cinco quitrines volvieron á la casa de la calle de los Oficios, ó mejor dicho, de San Salvador de Orta. En el primero entraron D. Francisco y Manuel, en el segundo la madre y la hija, en el tercero Bernabé, en el cuarto Mrs. Merril y en el quinto el conde de Brisnes.

Al llegar á la residencia de la familia se

adelantó en el zaguán D. Francisco. Al pié de la escalera lo esperaban los servidores, besándole la mano, rodilla en tierra, por orden de categoría, desde Bernabé abajo.

—Mi hermana, dijo D. Francisco dirigiéndose al conde, no pierde el gusto de estos espectáculos teatrales que pronto se acabarán.

Doña Mercedes, que oyó la observación, contestó:

—Ni tú olvidas ideas filantrópicas irrealizables.

VII

LA FIESTA IMPROVISADA.

El almuerzo fué espléndido, resonando á los postres los indispensables taponazos de las botellas de Champagne.

A la una estaba el inmenso salón lleno de visitas, la mayor parte pertenecientes á la familia, que por el lado del difunto conde de Consalvo, padre de María, era muy numerosa, y afamada por sus preciosas mujeres de extraordinaria blancura. A cada momento llegaban de todas partes criados lujosamente vestidos con recados de bienvenida y de felicitaciones y con exquisitos presentes.

Catalina cantó con Manuel un duo de *Tancredo*, acompañado magistralmente al piano por el Sr. D. Enrique González, su

maestro, siendo muy aplaudida la exclamación:

Ah! se de mali miei!

Cantó la señorita María el alegre *Jarabe mejicano*, y no faltaron canciones coreadas en que tomaron parte algunas mamás, desempeñando Manuel y su *hermano* el papel importante de atenderlas á todas y obsequiarlas, sin perjuicio de los honores de la casa, que hacía con naturalidad Da Mercedes, no pudiendo ocultar su complacencia por aquella improvisada fiesta de familia.

De repente se oyó un inusitado ruido de pasos que partió del piso bajo é iba aumentando y acercándose por las escaleras.

Era el general Vives, seguido de dos ayudantes, que las subía, mientras los porteros, caleseros y demás servidores se apresuraban á tratar de mostrarles sus respetos.

Pequeño, de menudas facciones, ojos grandes, recto de cuerpo y modales delicados, tenía un aspecto simpático. Saludó afectuosamente á Da Mercedes, á quien había visitado algunas veces, y al Conde de Brisnes, al cual conocía como apoderado general de Agüero y amable portador de sumas á nombre del mismo y de su hermana, con que ambos contestaban á los pedidos del Capitan General para atenciones urgentes.

Frasquito, que ya se había enterado del

aviso que le envió el cónsul francés, recibió á la primera autoridad con la debida cortesía, no exenta de inquietud.

—¡A cantar y bailar! dijo Vives. ¡Que no se interrumpa el regocijo por mi llegada!

En efecto, se restableció pronto la animación, y D. Francisco pidió al General que entrara en el gabinete, donde se jugó la visca al tresillo y que dominaba el salón y la atesala.

Desde ésta, paseando con rostro amable el conde observaba atentamente á los interlocutores, sin perderles un gesto. Vives era recia afable, risueño, verboso; Agüero serio y reservado.

Bernabé se acercó al Conde.

—¿Tiene su Merced algo que decirme? le preguntó.

—Sí, le contestó en secreto. —Prepara do. Ensilla tres caballos, y vigila la puerta para preparar armas, y vigila la puerta del fondo, para que se pueda salir cuando se quiera.

—Todo eso está hecho, conde. —Solo que he ensillado cuatro.

En este momento subió Bernabé quien saludando al Conde le hablara de cosa sin importancia.

—He visto desde el gabinete al general, y por si fuera necesario...

decirles que en cualquier caso pueden ustedes refugiarse en mi Consulado, seguros de que nadie les tocará.

—¿Hay noticias de Francia y España?

—Sí. El duque de Angulema ha entrado en Cádiz. El Rey Fernando está en libertad, la paz queda establecida; las tropas francesas se retiran por ser innecesarias.

—Y su Excelencia, el Vizconde de Chateaubriand ¿á qué altura está en sus proyectos sobre América? preguntó con cierta sorna el aristócrata republicano.

—Propone dividir la parte española del Nuevo Mundo en monarquías borbónicas, y persiste en adjudicar para Francia la isla de Cuba, en pago de la expedición de Angulema; pero encuentra gran oposición en Channing.

Dicho esto, el cónsul se adelantó á saludar á doña Mercedes.

En tanto Esteban se había hecho notable entre la juventud femenina, tratándola con familiaridad respetuosa, si así puede calificarse una confianza excesiva, en realidad, con una forma de completo comedimiento. Bocas lindas no cesaban de llamarlo con cualquier pretexto y para lo más nimio, y él dejaba á todas complacidas, con seriedad inquebrantable.

La que mayor inclinación parecía mos-

trarle era la prima de María, Catalina Consalvo, señorita famosa por su belleza, y no dejó de correr la falsa voz de que eran novios ella y el joven á quien el señor Agüero quería paternalmente.

Como bailador, Esteban se llevaba la palma, aunque Manuel se distinguía mucho en ese ramo de educación á que daba tanta importancia Lord Chesterfield. Manuel lucía gallarda figura que todas celebraban y admiraban, teniéndole muchas cierta envidia al contemplarlo y suponer que les hacía sombra. Esteban rescataba sus defectos físicos con el esmero de su traje y porque realzaba á su compañera, ya en el ceremonioso rigodón, ya en la cadenciosa contradanza criolla, ya cuando al violento compás del vals, se confundía con aquella en vueltas vertiginosas, perdiéndose entre las parejas á lo largo del salón interminable.

Á los diez minutos de entrevista con Agüero salió del gabinete el General, quien al despedirse cariñosamente de los hermanos, dueños de la casa, llamó á todos los que asistían á la fiesta, anunciándoles que les iba á dar una gran noticia. Las señoritas y señoras lo rodearon.

—Dentro de pocos días, les gritó, darán en esta casa un gran baile, con toda formalidad, en celebración de la llegada de don

Francisco de Agüero. Esta reunión de hoy es íntima, y no basta para festejar tan importante acontecimiento.

—¡Viva! ¡Viva! gritaron, batiendo palmas, los concurrentes.

—¿Y cuál será el día? preguntaron muchos.

—Eso lo fijará doña Mercedes, contestó Vives.

—Dentro de una semana. Es decir, el sábado que viene. Desde hoy se harán las invitaciones, replicó la distinguida dama.

Aceptada la idea, y muy aplaudida, el Capitán General se retiró, acompañándole hasta la portezuela del coche el señor de Agüero, el Conde y Manuel.

Esperábalos arriba de vuelta el Cónsul francés, quien llamando á parte al señor de Agüero, le preguntó:

—¿Le ha dicho á usted algo del señor Cañizares?

—¡De Cañizares! exclamó con asombro Frasquito.

—Sí, de uno que ha venido con usted en la fragata.

Agüero palideció.

—No. Nada me ha dicho. Y usted, señor Cónsul ¿podría decirme algo?

—A eso he venido, y no se lo he confiado ni al mismo Conde, repuso el Cónsul,

agregando: me consta que el Sr. Cañizares, el compañero de viaje de usted, fué conducido misteriosamente del buque á palacio, y de allí, después de celebrar una entrevista con el general, llevado á la «Cabaña,» habiendo pedido él desde su calabozo un confesor, en la creencia de que no viviría muchas horas. Cómo he averiguado esto, no puedo decirlo; pero lo sé de cierto.

La emoción de Agüero fué tan profunda, que difícilmente pudo dominarla.

Enseguida entró en el salón, y bailó un minué con su hermana, en medio de las aclamaciones de la familia y los amigos.

VIII

EL FIN DE LA FIESTA.

A las cinco de aquella misma tarde pagó D. Francisco de Agüero su visita al general, quien lo recibió con agasajo.

Se habló de los Estados Unidos, del presidente de aquella república, John Quincey Adams, con el cual Vives tenía particular amistad, habiéndolo tratado mucho en Washington.

Concluyó la conversación estrechando el Capitán General la mano á Agüero, y diciéndole:

—Me habían llenado la cabeza de chismes respecto de usted, y veo que, al contrario de lo que me aseguraban, es usted un

hombre leal. Si no lo hubiera encontrado así le diría:

Soyons amis, Cinna, c'est moi qui t'en convie.

Este verso lo pronunció Vives con el acento francés más puro.

Y añadió en buen inglés:

Set us be friends for ever.

Agüero comprendió lo grave de la alusión, y contestó:

—Mi general, cualesquiera que fuesen mis opiniones en el vaivén de la política, siempre admiraré en usted al hombre de talento y al caballero.

Concluyó aquí la visita.

El conde de Brisnes esperaba á Agüero dentro de un carruaje, cerca del atrio de palacio.

¿Qué hacemos, Frasquito? le preguntó. ¿Nos vamos al Consulado? ¿Salimos á caballo para la plaza donde nos espera el bergantín? Dispón las cosas con tiempo.

—No te alarmes, Carlos, contestó don Francisco. Tenemos tiempo sobrado para hacer la molienda en el ingenio de Puerto Príncipe.

—¿Y ese Cañizares? . . .

—Nada tiene que ver conmigo. No me conoce, ni sabe á derechas quien soy. Yo si estoy enterado de que es un agente de San

Martín y que viene de Buenos Aires á tratar con quienes no estoy ni estaré probablemente nunca en contacto.

En dos minutos llegaron de vuelta á la casa.

La concurrencia había duplicado.

A las seis se sirvió la cena en tres mesas de cincuenta cubiertos cada una, respectivamente colocadas en tres aposentos, y, como sucedía aquí en situaciones análogas, los negros esclavos que servían á los comensales sumaban, poco más ó menos, la mitad de éstos, y los que no los servían, pero participaban del festín de alguna manera en la cocina y pasillos, eran más numerosos que las señoras y caballeros asistentes al banquete.

Parte de las *dotaciones* de varios cafetales é ingenios inmediatos, que pertenecían á Da Mercedes, habían acudido, llenando patios, corredores y algunas habitaciones de la espaciosa mansión.

Los pavos y lechones asados, las gallinas de Guinea, los venados y otros manjares se prodigaron tanto que recordaron las eternamente citadas bodas de Camacho. Hubo brindis, décimas improvisadas, tiple, güiro, vino y cerveza á pedir de boca; licores de todas clases y café á discreción.

Levantados los manteles, se rezó un corto rosario en el oratorio, dando la voz Doña

Mercedes, se jugaron juegos de prendas, se cantó, se tocó el piano, el violín y el arpa; se bailó un poco, y á las once se retiraron todos, dándose cita para el gran baile del sábado.

Muchos de los asistentes, de cercano parentesco con la familia de Consalvo, beodos y arrastrando sus títulos, se dirigían de allí á la vecina casa de juego de la plaza de San Francisco.

Agüero los vió desde el balcón y pudo reconocerlos á la luz de los hachones de los esclavos que los acompañaban.

—¿Crées tú, le dijo señalándolos el Conde, que con esos desventurados se puede hacer algo bueno?

—No; con otros de menos dorada cuna, contestó Frasquito.

—¿Otros? replicó riendo el demócrata con blasones de la época de Carlo magno, y añadió: los otros que haya, si los hay, son peores en todos sentidos que esos.

Frasquito bajó la cabeza; y dando fin al diálogo, dijo:

—Ya es tiempo, Carlos, de descansar. Tranquilízate: no tengo que recibir cartas, visitas ó papeles de nadie, ni visitar ni escribir á nadie, ni hacer nada que me comprometa, ni es posible que se me pruebe ninguna infracción de la ley.

IX

EL GRAN BAILE.

La semana que transcurrió desde el día de la llegada de Frasquito hasta el del baile que anunció espontáneamente el general Vives, haciendo bueno el dicho Doña Mercedes, fué tranquila y sin acontecimiento notable.

Los *muchachos*, como todavía llamaban á Manuel y Esteban, no obstante los treinta años del último, continuaron dando su clase de esgrima en el cuartel de la calle del Empedrado y bañándose en la playa de San Lázaro, así como estudiando Derecho para recibirse de abogados en la Universidad á fin de curso.

Manuel, con el pensamiento y el corazón

entregados al culto de su prima María, solo se ocupaba en adorarla.

Hasta los diez años creció al lado de su otra prima Catalina Consalvo, algo menor que él, y las gentes de la casa solían llamarlos Pablo y Virginia. María entonces apenas hablaba.

Otra década trascurrió educándose él en Francia é Inglaterra, en compañía de Esteban, bajo la inmediata dirección del Conde de Brisnes, y la asidua vigilancia de Frasquito, y no olvidó á Catalina; pero una tarde, paseando á caballo por el Bosque de Bolonia, vió adelantarse como hácia él una soberbia carretela muy elevada, *high up in the air*, como dicen los ingleses, y tirada por un tronco de bríosos normandos. El cochero y los lacayos usaban cabellos empolvados, pantalón corto y sombrero de tres picos. Era un tren de corrección intachable, completando el cuadro, como corona de ramillete, una hermosa señora elegante y lujosamente vestida, que llevaba al lado una señorita ataviada con sencillez, como correspondía á su estado, y que podía exhibirse en procesión, proclamándola reina de la hermosura.

Manuel detuvo su caballo en el recodo de una alameda para poder contemplar el mayor tiempo posible aquella aparición mi-

lagrosa: fijando las dos damas sobre él miradas encantadoras, y sublimes sonrisas.

Eran su tía Da Mercedes y María Consalvo. Acababa la última de salir del convento.

El amor más profundo suele presentarse de súbito; y así como Romeo al ver á Julieta en el baile desde un aposento exclamó: ¿quién es aquella que hace palidecer las antorchas que la circundan, y considerar indigno á su compañero de tocarle la mano? así también Manuel decir podía en semejante momento ¿quién es esa que todo lo engalana y que me roba el albedrío?

Con el uniforme de la Escuela Politécnica era el ginete más gallardo del paseo. Después del cariñoso reconocimiento mutuo, acompañó la carretela al estribo toda la tarde.

Desde entonces continuó su pasión desarrollándose. No solo era María de perfecta hermosura. Era de tanto talento, de tanta gracia y de tan buen corazón, que no había mujer como ella en el mundo.

El amor de Manuel llegó al delirio. Se fijó el matrimonio por Da Mercedes y su hermano, de retorno en la Habana, para cuando Manuel fuera investido de Doctor en Derecho, y solo faltaban dos meses al cumplimiento del plazo.

El baile hizo época en la siempre fidelísima ciudad. No se recordaba ninguno anterior de igual lucimiento. En la sala principal se ostentaban grandes cuadros de familia, entre ellos varios retratos de Virreyes, jarrones del Japón, lunas venecianas, gobelinos, miles de guirnaldas de rosas naturales, adornos de plata y oro, y cuanto pudiera ostentarse de lujosa elegancia en un palacio, brillaba en la residencia de doña Mercedes.

Rompió el baile con el rigodón de honor: siendo las primeras parejas, el general Vives y Da Mercedes, D. Francisco de Agüero y la Condesa viuda de Consalvo.

La bella Catalina, hija de ésta, que no había olvidado su amor de la niñez, mostraba gusto en estar siempre hablando de Manuel con Esteban, dando pábulo á la suposición indicada de que sentía afición hácia el último.

Manuel estaba en el quinto cielo. En un intermedio salió del salón á descansar, mientras María entraba en los aposentos que servían de *boudoir*, cuando de repente lo llamó Bernabé, tirándole con nerviosa mano del brazo, y conduciéndole con rapidéz á un cuarto obscuro del fondo de la casa.

Quiso preguntar lo que había al negro, quien le recomendó el silencio y que mirase

hacia una parte de la misma habitación, adonde llegaba el reflejo de luces lejanas.

A los pocos momentos se dibujó en las sombras un bulto de hombre y enseguida otro de mujer. Manuel los reconoció perfectamente.

El hombre era Esteban. La mujer María.

En voz ténue, que oyó con toda claridad Manuel; María dijo á Esteban:

—No me casaré con nadie sino contigo: le dió en la boca un apasionado beso y desapareció por un lado, mientras él se alejó por otro.

Manuel fué bajado sin conocimiento por la escalera del fondo á su cuarto. Bernabé avisó al conde lo que acontecía y corrió en busca del sabio Dr. D. Tomás Romay.

Circuló por la concurrencia la noticia de la enfermedad de Manuel, y se suspendió el gran baile, quedando vacíos los inmensos salones tan brillantemente engalanados.

Cuando llegó el doctor, ya había hablado con el conde, sin que nadie lo advirtiese. Después de un concienzudo reconocimiento del enfermo, exclamó Romay:

—No respondo de la vida de este robusto joven, si no me lo llevo ahora mismo á mi casa, advirtiendo que no admito que vaya á verlo nadie más que su padre, y esto á determinadas horas.

—Solo siendo V. la eminencia científica que es, admitiría yo esta imposición, dijo Frasquito con el alma acongojada.

Media hora más tarde estaba instalado Manuel en casa del médico.

Acompañaron al paciente su padre, y, por modificación á última hora de la orden primitiva, el Conde de Brisnes.

X

EN CASA DEL MEDICO

Por la madrugada Manuel abrió los ojos, miró con extrañeza por todos lados para convencerse de que no estaba en su alcoba, examinó atentamente á su padre y al conde, sentóse en la cama, se descargó con la mano abierta un golpe en el cerebro, lanzó un ¡ay! agudo, como si recordara algo, dió un salto de tigre hasta el medio del cuarto, y cerrando los puños y tendiendo los brazos, rugió estas voces entre dientes:—¿Dónde está el infame?

A virtud de este esfuerzo cayó abatido en un sofá. Al cabo de algunos minutos, volvió á levantarse, y reconociendo á Don Francisco, se tiró en sus brazos llorando y sollozando.

—Ya está salvado, dijo Romay al Conde.

El acceso de llanto fué largo. Siguiólo un recalmón, y acto continuo el joven volvió á derramar torrentes de lágrimas á los gritos de ¡Padre mío! ¡Padre mío!

—Ahora aseguro más la curación, observó el médico, dirigiéndose á don Francisco, que lo miró con rostro cadavérico y le preguntó:

—¿Usted me asegura la vida y la razón de mi hijo?

—Lo juro.

El Conde, con la previa aprobación de don Tomás, se acercó á Manuel y le dijo al oído:

—Ten valor, y alégrate de haber sido puesto á prueba antes de casarte. Yo tuve también esa fortuna.

—He principiado á conocer lo que es la vida, exclamó Manuel: la vida no se puede comprender sino después de un gran desengaño; pero si puede uno convencerse de esta verdad, no es fácil suprimir el dolor del alma.

—Tu vencerás tus dolores, sobre todo si atiendes al deber de no aumentar los de tu padre, que solo por tí y para tí vive.

—Yo por mi parte, maestro mío, prometo á V. vivir por él y para él.

Agüero, que tenía perfecta conciencia de la dignidad, orgullo y fuerza de voluntad

de su hijo, adquirió la certidumbre de que éste se sobrepondría á todos los sufrimientos morales que le hubieran sorprendido en la incomprensible deslealtad de su prometida esposa, y semejante observación comunicó á su rostro fúnebre la animación de la vida.

Estaba él herido también en su vanidad de padre. Le sublevaba la idea de que el ser nacido de sus entrañas y en el cual veía cualidades de primer orden: talento, nobleza de alma, instrucción, hermosura varonil, gracia, elegancia y los atractivos de la riqueza, hubiese sido despreciado para preferir á la criatura deforme y repugnante que él había recogido y tratado como á hijo propio; y no le indignaba tanto la traición del ingrato como la aberración de la preciosa niña.

—No debe culparse á nadie, articuló claramente, hablándose á sí mismo: un monstruoso resultado antropológico debía esperarse de la mezcla de una familia como la de Agüero, en la cual predomina la locura, con otra como la de Consalvo, en que la estupidéz impera. Mi hermana es inteligente, pero tal vez tiene algo de lunática; y en este caso el atavismo se presentó en la hija, inclinándose al padre, que era el hombre más bruto que he conocido.

Manuel y el Conde, que habían oído estas palabras, se rieron.

La crisis había pasado. El enfermo volvió á la cama. A los viejos les tenían preparados catres de campaña en la misma habitación, situada en el piso alto y admirablemente ventilada, y los tres inesperados huéspedes del Dr. Romay durmieron sin novedad hasta las nueve de la mañana, en que se les dió aviso de que dentro de media hora estuviesen listos para el almuerzo.

Sirvióseles aparte en una habitación, lejos del comedor, y como el doctor prohibiese á Manuel la salida á la calle, el padre y el maestro decidieron acompañarle todo el día.

El muchacho les dijo:

—Estén ustedes seguros de que yo puedo volver á casa, ver á María y á Esteban á todas horas, presenciar su matrimonio, quedarme solo y hacer todo cuanto deba hacer un hombre sano de cuerpo y de espíritu. Por encima de mis más desgarradoras decepciones se hallan mi orgullo y la honra que debo á mi noble padre y á mi santa madre.

Romay, que estaba presente, al ver el buen giro que tomaban las cosas, sólo prescribió cambios frecuentes de lugar, sobre todo para dormir, y que se tratara de sostener el ánimo del joven en la esfera de sus naturales sentimientos elevados.

XI

UN CLAVO SACA OTRO CLAVO

El conde de Consalvo, entenado de doña Mercedes, ó sea hijo del primer marido de la referida señora, heredó el título y un gran capital; pero si conservó el uno, no así el otro, merced á su vida de crápula y escándalo, separado sin intervención judicial de su esposa, quien por su parte sostenía á su prole, compuesta de un varón y una hembra, con la renta que voluntariamente le pasaba una hermana, y las liberalidades con que la socorrían la propia Da Mercedes y don Francisco Agüero.

La condesa residía con su padre D. Juan Gil, antiguo y excelente empleado de Hacienda, cuyo pequeño sueldo también servía para atender á los gastos de su hija y sus

nietos, único consuelo suyo después de la muerte de su consorte.

A la casa de ese señor Gil, esto es, á la casa de la condesa de Consalvo, se decidió que fuera á pasar la noche Manuel, en lo que se tuvo buen acierto, siendo recibido el joven enfermo con cariño verdadero por toda la familia, y especialmente por Catalina, tan admirada á causa de su discreción y su belleza.

Nada se perdonó allí para agradarle, y primero con medias palabras y después en conversaciones que fueron cada vez más íntimas, llegaron ambos primos á recordarse mutuamente su primitivo afecto.

Ni el público concurrente al baile, ni la misma doña Mercedes, se habían enterado del verdadero motivo del súbito mal de Manuel, sospechando aquella con temor que había sido un ataque de locura, y creyendo los demás familiares y amigos que el daño consistió en una corriente de aire que hubo de sorprenderle sofocado después de un vals.

Los únicos sabedores de lo que en realidad ocurrió eran Manuel, el conde de Brisnes, D. Francisco de Agüero, la Sra. Merrill, Esteban, Bernabé y el Dr. Romay, de ninguno de los cuales podía esperarse una indiscreción, y menos que de todos del último, fiel observador del secreto médico.

Catalina, dos años menor que su primo, le superaba en el conocimiento del corazón humano, siendo la mujer por su precocidad y sus estudios prácticos en la materia, más entendida en ella á los quince años que el hombre á los veinte.

Comprendió y predijo desde la Habana la pasión de Manuel por María, primos suyos y primos todos entre sí: comprendió y predijo el matrimonio de los primeros, por poseer cada cual opulenta fortuna y se resignó con anticipación á la derrota en vista de la desigualdad con que tenía que luchar, siendo pobre y cinco años mayor que su rival; pero no perdió del todo la esperanza de vencerla si la casualidad le presentaba ocasión propicia para tal empeño.

Todos los encantos y seducciones de una honrada mujer de talento en la plenitud de su hermosura, fueron empleados por Catalina en aquella conversación para agradar á su primo, y obtuvo, con efecto, algún resultado.

Una vez convencida de que ni sus magníficos ojos, ni su nariz correcta, ni su boca hecha por los amores, ni sus encantos todos, tenían á la vista de Manuel nada que envidiar á las facciones y bellezas de María, con la fuerza de su natural ingenio, adquirió la seguridad de «haberle gustado mucho.»

Catalina, hacendosa y activa, llevaba el peso de los quehaceres de aquella casa modesta, pero en la cual el orden y el aseo contribuían poderosamente á llenarla de comodidades. Todo esto lo pudo apreciar Manuel, sin ver que se trataba de hacérselas notar, y cuando llegó la hora de retirarse al cuarto que le tenían aderezado, halló pormenores delicadísimos. En el espejo del tocador notó un pequeño güiro en cuya seca cáscara había grabado él á los diez años con la punta de un cuchillo el nombre de Catalina. El cogín de un sofá tenía bordado el nombre de Manuel, trabajo hecho por ella cuando niña.

D. Francisco y el Conde de Brisnes, sin que lo supiera el joven, se quedaron allí aquella noche, por si algo ocurría, y se convencieron de que durmió tranquilo.

El siguiente día lo pasó en un soplo. El café con leche por la mañana, el agua de coco al medio día, el pollo asado á la comida, todo lo que le gustaba á los diez años, lo halló tal como entonces le agradaba. Estuvo horas sentado junto á Catalina, viéndola co-ser, dió una lección de gimnasia á su primo Julián, hermano de ésta, y pronto llegó con la sombra de la noche la hora de ir á dormir á otra casa.

En el momento de la despedida, á la bella joven se le arrasaron los ojos de lágrima.

mas, y él le dijo entonces á D. Francisco que con su inseparable amigo francés había ido á buscarle:

—Papá: yo quisiera quedarme aquí si quiera un día más.

—Con mucho gusto por mi parte, aunque fuera toda la vida, siempre que lo permitan la condesa y el Sr. Gil.

La condesa contestó:

—V. sabe que esta es su casa, tanto porque sus moradores lo respetan viendo en V. un protector y un pariente, como en el sentido recto y natural más estricto.

La casa, en efecto, era de la propiedad de Agüero y se la tenía cedida á la condesa para que la viviera siempre.

Los primos fueron á la sala y tocaron un vals á cuatro manos: Agüero y el conde se retiraron á la casa de la calle de los Oficios.

Gil entonces, acercándose á su hija, le dijo:

—Pero entendámonos. ¿No ha anunciado á todo el mundo Da Mercedes el próximo matrimonio de María con Manuel?

—Sí, pero él desde hace tres días está fuera de la casa: y ella está por su lado encerrada en un cuarto sin dejarse ver de nadie. Dicen que las relaciones entre ambos se han roto. A él lo trae enfermo aquí su pa-

dre para distraerlo; no podemos cerrarle la puerta . . .

—¡Está bien!; está bien!, interrumpió el Sr. Gil con amargura: ya comprendo porqué mi esposa (que en paz descansa) me decía que nuestra nieta servía para remedio.

—Déjela V., padre, exclamó con voz suplicante la condesa: la pobrecita está pasando las horas mejores de su vida!

El viejo se arrellanó, como tenía de costumbre á esa hora, en un sillón de cuero de la antesala, encendió un tabaco y murmuró:

—Las cosas se deben hacer siempre bien hechas. Y no porque seamos pobres, pueden los que nos amparen exigirnos humillaciones que empañen la honra.

Amaneció el siguiente día. Frasquito y el Conde francés hicieron compras para los ingenios, cafetales y haciendas ganaderas del primero y de Da Angela, situados unos cerca de la Habana y otros en el Camagüey, y se encaminaron á las siete á la residencia de Gil, antes de entrar en la cual Agüero dijo:

—Esta Catalina vale un imperio por sus méritos, sus virtudes y sus encantos, y me agradaría que se casara con Manuel. Siempre tuve los ojos fijos en ella para mi hijo; pero se empeñó Mercedes en que el mucha-

cho fuera marido de su niña, y de allí vienen todas las desgracias.

Cuando los dos amigos entraron en la habitación de Manuel lo encontraron vestido para salir, aguardándolos:

—Padre mío, dijo el joven: no solo estoy completamente curado de la herida hecha á mi amor propio, sino que siento la imperiosa necesidad de unirme para siempre con Catalina.

La idea, que coincidía con la del padre, fué aprobada también por el maestro.

La petición formal de la joven se efectuó en el acto por Agüero, dirigiéndose á Gil y á la condesa, quienes previo el consentimiento de la novia, convinieron en que se efectuara pronto el enlace.

Dado este paso, que dejó su corazón satisfecho, Frasquito celebró, acompañado, como de costumbre, del Conde de Brisnes, una conferencia en el cuarto del último, con la Sra. Merrill, sin que nadie en la casa, excepto Bernabé, lo supiera.

—Señora Merrill, díjole el padre atribulado, suplico á V., de rodillas si es necesario, que me comuniqué cuanto sepa y piense acerca del triste suceso que ha venido á llenar de dolor á esta familia.

—¿Me dá V. toda la libertad necesaria para relatar hechos y exponer conceptos?

—Todos, señora.

—Pues entonces, diré que desde el momento en que la señorita María advirtió el deseo de su madre de destinarla á esposa del señorito Manuel, comprendí en ella la tendencia á rechazar lo que juzgaba una tiranía. A ella le agradaba muchísimo el primo, y reconocía con orgullo las dotes de belleza varonil y de talento que le distinguían; pero las celebraciones constantes de doña Mercedes le producían mal efecto. La niña, de mediana inteligencia . . .

—De pequeña inteligencia, interrumpió Agüero.

—De pequeña inteligencia, pues, si usted quiere, se erigió en víctima del despotismo materno, igualándose á las heroínas que se han pintado en dramas y novelas, sacrificadas á las ambiciones de la familia, y encontró un pretexto su imaginación en la personalidad de Esteban, quien inferior en todo y por todo á Manuel, supo aprovechar la naturaleza de la niña para que la infeliz considerara cualidades todos los defectos de que él adolecía. Con infernal astucia logró extraviar el pensamiento y el sentimiento de la joven, inspirándole la convicción de que las demás mujeres lo adoraban, y cuando llegó á su climax el efecto de este engaño, la atacó oportunamente, ocasionándole

un arranque de amoroso delirio que consistió en un apasionado beso y una promesa de matrimonio, arranque presenciado por Manuel desde la sombra.

—Muchas gracias, señora, esto es lo que sabe V. hasta entonces. ¿Podiera V. agregar lo que desde entonces acá forma la situación ó el *status* con relación á este acontecimiento, de mi hermana, la niña y el dichoso galán?

La voz de Frasquito tomó en estas palabras un sonido de trepidación nerviosa, causado por la indignación anticipada que le producía la idea de que cesasen aquí las revelaciones de Mrs. Merrill.

Esta lo comprendió y se apresuró á responder:

—Tengo el deber sagrado de no ocultar á V. nada de lo que sepa en el asunto que nos ocupa; pero suplico á V. la calma, aún cuando en lo que resta por decir no existe nada que deba alterarla.

—Prosiga V., señora, en la convicción de que no estoy molesto ni impaciente, sino muy sereno.

—Da Mercedes, continuó Mrs. Merrill, ignora la verdad de lo acontecido, creyendo que todo consistió en un ataque de demencia, enfermedad á que dice está sujeta su familia. Su mayor preocupación estriba en

atenuar los dolores de V. y consolar á María por los que supone que experimenta á causa de la indisposición del novio. La chica, por su parte, no comprende tampoco lo que pasa, no imaginando haber sido vista por nadie en la fugáz escena de la noche del baile, é inclinándose á aceptar la versión de la locura de Manuel. Y cuanto á Esteban, nadie puede saber lo que trama y lo que piensa, encerrado como está en el mayor disimulo.

—Pero ¿se ven y se hablan él y María?

—Delante de Da Mercedes algunas veces, cuando yo no haya podido evitarlo, y las palabras que se cambien entre ellos tienen que ser breves, no habiendo ser á quien más desprecie la señora que él; lo cual (dicho sea de paso . . .) añadió la Merrill, contribuye no poco á aumentar la pasión de María por Esteban.

—¿Y pueden verse y hablarse fuera de la presencia de mi hermana?

—No lo concibo. Da Mercedes no se aparta de ella; Bernabé, su madre Luisa, su hermana Rosario, la madre de Carmen y otros, dirigidos todos por el mismo Bernabé, no hacen más día y noche que acecharlos, enterados como están de sus proyectos, por haberlos comprendido al verle con expedientes y escribanos recogiendo datos sobre el caudal perteneciente á María, para usar los

derechos que corresponden al marido de manejar los intereses de la mujer. Yo tengo la condición de la gente irlandesa, de dormir como las grullas, en un pié y con un ojo abierto. No es posible que Esteban escape á la vigilancia de que está rodeado.

En resúmen, creo que si el individuo puede por la ley casarse con María y entrar en posesión de todos los bienes de ella, intentará hacerlo, cuando cuente de seguro con la aprobación inquebrantable de la niña. Pero me parece también que hasta no estar disuadido de no tener éxito en su plan no abandonará su proyecto, y no aceptará ningún arreglo que se le proponga.

Frasquito agradeció profundamente la franqueza de Mrs. Merrill, que corrió enseñada al lado de su discípula.

XII

EL PLAN DE CAMPAÑA

Quedaron solos los dos amigos.

—Yo confieso, expresó Frasquito, que me equivoqué al poner mi lástima y protección paternal en un ser cuyos perversos instintos no podía prever, ni mucho menos imaginar que los había de desenvolver, á medida que le dispensara favores; pero no es tiempo de filosofar. Lo sucedido es fatalmente inevitable para el Gran Arquitecto del Universo. ¿Qué debo hacer ahora, querido Carlos, en estas aficciones de mi alma?

—Yo pienso, mi amigo y salvador, respondió el Conde, que has dado valor y vida á un chacal, creyéndolo un cordero, y á las fieras se las mata.

—Veamos si en este caso podemos evitar

el castigo ó darle una forma que se aparte de la venganza vulgar, observó Frasquito.

—No veo otra cosa que la muerte, dijo el Conde. He tratado de ahuyentar de tu lado á ese monstruo, sacrificando mis ahorros como sabes . . .

—Sacrificio que nunca hubiera permitido, porque yo debo pagar mis faltas . . . interrumpió D. Francisco.

—Bien, Frasquito, prosiguió rápidamente De Brisnes: le he hecho ofrecimientos para libertarnos de él y los ha rechazado. ¿Y sabes porqué los ha rechazado? Porque ya tenía embaucada á la niña, ya tenía cercana la realización de su proyecto, y le pareció pequeña la suma que se le daba, al lado de la que espera de su maquinación, é inmenso el sacrificio de renunciar á un propósito infame para efectuar en cambio una acción buena. Sí, continuó el conde con exaltación: ¡es preciso matarle, cueste lo que cueste!

Frasquito calló, diciendo tras un breve rato:

—Aunque aceptara el principio, que no lo acepto, no veo el procedimiento.

—¡Yo me bato con él! dijo el francés.

—No se bate él con nadie, ni menos con ninguno de nosotros, que sabe que lo mataríamos.

—Se le dá dinero al Pelado . . .

—¡Pues bien! sea. ¿Te haces tú cargo de arreglar el negocio con el Pelado?

—¿Yo? . . . balbuceó el Conde.

—El Pelado vende á onza la puñalada, y si no muere el individuo en el acto, no cobra: yo tengo listas mil onzas para que desaparezca el malvado: dispón de ellas.

—¿Yo? . . . volvió á balbucear el Conde.

—Tú no asesinas, ni mandas asesinar á nadie, ni yo tampoco . . . Lo mejor es, por tanto, casarlos, si se quiere imponerles un castigo: ella pronto odiará á ese mono, y él odiará á esa furia, tanto menos explotable, cuanto que por el testamento del padre de María, hecho por mí, y el de la madre, como por otros documentos, todo lo que existe del caudal, y mucho más que hubiera me pertenece.

—¡Es verdad! ¡Yo lo sabía! exclamó el de Brisnes, dándose en la cabeza con la palma de la mano. ¡El castigo es el matrimonio!

—Pero esto sería también castigar á mi pobre hermana, quien no se conformará nunca con esa unión afrentosa. ¿Ha de sufrir ella por la culpa que yo cometí al meter un vivorezno en el seno de la familia?

—¿Entónces qué se hace?

—¿Hay, preguntó á su vez Frasquito, alguna base para acusar á Esteban de tentativa de robo y asesinato?

—No, repitió el Conde.

—¿Hay delito que pueda probarse en lo de la negra Cármen y en lo de María? ¿Hay pruebas para que yo pueda darme por ofendido, cuando por su conducta revela que no se considera ofensor en nada?

—No.

—Pues en ese caso, lo mejor es dejar correr las cosas, advertidos del peligro que se corre para poder evitarlo: portarme como un caballero con él como con todos, y según los acontecimientos, atemperar mi conducta á lo que merezca la suya. Por hoy mi principal idea es evitarle sentimientos á mi hermana, y menos seguirá ella sufriendo, si se la mantiene en la creencia de la locura de Manuel, que presentándole su desgracia en toda su magnitud, bajo su verdadero aspecto.

—De ese modo, objetó el Conde, seremos cómplices de las intrigas de Esteban.

—Es verdad. Yo estoy en realidad agradecido en el fondo á ese tunante, porque gracias á sus maldades ha evitado que mi hijo cometiera un error, y le ha proporcionado la ocasión de reparar una grave falta, así como de hacer un enlace dichoso; pero no por ese egoísmo debo permitir que se realicen los proyectos del pillastre, en mi casa, sin ponerle correctivo ni presentarle dificultades.

—Ya nos vamos acercando á lo justo y razonable, observó el conde parisiense.

—Pues no andar con disimulos, ni se finja con Esteban una satisfacción que no existe, ni se exprese el deseo de una reparación. Si él se conduce bien, lo veremos con el debido recelo, y si mal, no nos sorprenderá, sino nos hallará preparados á toda emergencia.

—¿Y á Da Mercedes? . . .

—A mi hermana yo le diré toda la verdad.

XIII

LA OBCECACION DE MARIA

Dofia Mercedes se negó á creer la versión de su hermano sobre la enfermedad de Manuel, por la cual se había interrumpido el baile.

Interrogó á la señora Merrill, al Conde, á los criados y después á la misma María, y se convenció de que ésta y Esteban llevaban relaciones amorosas.

Estuvo encerrada en su cuarto todo un día, sin hablar con nadie, ni derramar una sola lágrima.

El golpe dado á su orgullo por María, en todos sentidos, en el de los humos aristocráticos, en el del propio decoro, en el de la inteligencia, en el del elevado buen gusto, y en el de la lealtad femenina, nunca

desmentida en su casta, le inspiraba indignación constante.

Caro pagaba la satisfacción que sintió al ser llevada al altar por el conde viudo de Consalvo, uno de los personajes de más elevada alcurnia y de mayor gerarquía y prestigio de Cuba: caro el convencimiento de que si el hijo del primer matrimonio del propio conde se arrastraba estúpido por las calles en la embriaguez, la hija del segundo enlace, por su belleza, su talento y sus virtudes, y por un matrimonio con su primo, hermoso, ilustre y potentado, la colmaría de contento.

La niña se había colocado por carencia de elevación moral, á nivel inferior al de la negra Carmen, y esto lo reconoció Da Mercedes, á pesar de las atenuaciones que buscaba su amor propio de madre.

No dirigió á María una sola reconvencción, ni le dió un solo consejo; pero le significó sin cólera y con firmeza, que su deber le impedía permitir que su hija cayese en el abismo de la abyección, y que sabría cumplirlo.

—Desengáñese usted, mamá, exclamó María; hágase lo que se haga, yo estaré siempre por Esteban.

—¿Pero no ves, desgraciada, que cometes un error ridículo? dijo llorando por primera vez doña Mercedes.

—Igual error se comete imponiéndole á una un cariño que no siente.

—¡Si no he querido imponerte ningún cariño por nadie, hija mía! ¡He creído que tú lo sentías y lo aprobé con toda mi alma! ¡Y vienes á preferir á un hombre tan despreciable!

—Algún mérito ha de tener él, cuando todas en la Habana lo prefieren.

—¡Ninguna, hijal! ¡Te has obcecado! ¡E estás ciega!

—¡Yo misma lo he visto! Hasta Catalina, que se moría por Manuel, lo ha dejado por Esteban.

—Mira si estás engañada, que Catalina nunca ha hablado con Esteban, sino para que éste le dijera á su primo que ella lo adoraba. Y tanto es así, que ha logrado atraerse á Manuel, con el cual se casa dentro de pocos días. Mi hermano Frasquito la pidió ayer, indignado por el desprecio y burla que le has hecho á su hijo.

Estas palabras causaron impresión en María, segura de que su madre no faltaba á la verdad, y comprendiendo por instinto que era natural la determinación que se le anunciaba por parte de Manuel y de Frasquito.

Al cabo de un corto intervalo de tiempo, dijo:

—Sucedá lo que suceda, aunque se cai-

ga el mundo, yo me casaré con Esteban.

—Buen papel harás rechazando al caballero para escoger al despreciable.

—Prefiriendo, interrumpió María, al pobre huérfano tiranizado por sus protectores, que nada han hecho por él, para renunciar al rico y al dichoso.

Cuando doña Mercedes oyó estas palabras, convencida de que el caso era gravísimo, se retiró á su cuarto, pidiendo á Dios serenidad para sufrir la desgracia que sobre ella caía y resolviendo morir ó ver morir á su hija, antes que casada con Esteban.

Su primera medida fué ordenar á éste que saliera de la casa, no solo por el inaudito atrevimiento de requerir de amores á su hija, sino porque lo consideraba un criminal empedernido, sin derecho á estar en sociedad con personas honradas.

En el evento de que Frasquito no apoyase la determinación, ella se mudaría á otra casa inmediatamente.

El hermano aprobó la idea de despedir al ingrato, y se decidió que él lo haría.

—Las ocultaciones y tapujos entre hermanos siempre son malos, dijo doña Mercedes. Si desde el principio se me hubiera comunicado lo que pasó, yo habría hecho castigar al pícaro por mano de Bernabé, y no se sufriría ahora la horrible desgracia . . .

pero se ha dejado que el mal tome cuerpo . . .

A tratar á Esteban como correspondía, en la forma más benévola, se redujo el plan de campaña.

Don Francisco mandó con un criado que avisara á Esteban que lo esperaba en su despacho; pero antes de salir el fámulo se presentó el que debía llamar éste.

Pálido y desencajado, se arrojó Esteban á los piés del que había sido su padre adoptivo, pidiéndole en primer lugar licencia para separarse de la casa, y sometiéndose voluntariamente al castigo que merecieran las faltas por él cometidas.

—Apruebo que te hayas adelantado á dar semejante paso, díjole el anciano levantándolo del suelo. Si has cometido aquí faltas, ó más que faltas, no quiero juzgarlas; pero se ha hecho insoportable tu presencia para mi hermana.

—Lo sé, y estoy deseando realizar cualquier sacrificio, incluso el de la vida, para merecer el perdón de todos.

El dominicano se echó á llorar amargamente.

—Tienes desde ahora el perdón de todos, sin excepción de mi hermana, con tal de que ceses de causarle enojos, y renuncies á los

proyectos que hayas podido concebir de matrimonio con María.

—Juro por el alma de mis padres que jamás volveré á ocuparme de ella.

—Te agradeceré que lo cumplas, Esteban. Ahora, oye, añadió el viejo: le dí desde Nueva York la orden al Conde de Brisnes de que te diera dos mil libras esterlinas; no has querido aceptarlas, y no permito el desaire. Recíbelas, y yo estaré al tanto para que prosperes en tus trabajos honrados.

Esteban, aunque haciendo remilgos, tomó esta vez las dos mil libras esterlinas en billetes del Banco de Inglaterra, y se retiró con vivas muestras de dolor inconsolable.

En seguida que Esteban desapareció de la casa llevándose el inmenso equipaje que le pertenecía, Frasquito dejó de guardia al de Brisnes y le dijo estas palabras:

—Ya todo está hecho. Se ha pedido la licencia matrimonial de Manuel y Catalina. Se ha separado de esta casa á Esteban, se ha resuelto que Mercedes y yo vayamos al ingenio que tenemos en Puerto Príncipe, *La Caridad*, y ahora voy á despedirme del general Vives para avisarle mi salida de la Habana, según habíamos convenido.

XIV

LA SUERTE ECHADA

En aquel tiempo la planta baja del palacio de la Capitanía General estaba ocupada por la cárcel y las escribanías, habiendo ido la primera tres lustros después al edificio fabricado al efecto por orden del general D. Miguel Tacón, y no habiendo totalmente desaparecido de aquel lugar las segundas hasta hace también pocos años.

Al subir Frasquito, dirigiéndose al piso alto en que residía D. Francisco Dionisio Vives, Capitán General de la Isla de Cuba, entraba en las Escribanías Esteban, de tal manera disfrazado, que su antiguo protector no lo hubiera reconocido.

Hizo anunciarse Frasquito al funciona-

rio que desempeñaba la primera Autoridad, quien lo recibió como acostumbraba, con muchos miramientos.

—¿A qué debo el obsequio de su visita? le preguntó.

—Vengo á avisarle á V. que pasado mañana pienso ir con mi hermana á nuestro ingenio «La Caridad», situado en Puerto Príncipe.

—«La Caridad» . . . «La Caridad» . . . dijo Vives ojeando unos cuadernos de planos. Hay muchos ingenios de ese nombre. Este debe encontrarse cerca de Guanaja . . . Aquí está . . . *propiedad de D. Manuel de Agüero* . . .

—Mi difunto padre, advirtió Frasquito. Mi hermana y yo lo heredamos.

—Ya sé bien á donde se dirige V., tacaño. ¿Y qué camino seguirá usted para llegar allá?

—Saldré de la Habana á Guanaja en el bergantín *Veloz*, y llegados allí en una hora, en volante ó á caballo, estamos en el ingenio.

—Precisamente tengo cerca de allí una fuerza respetable.

—¿Cuántos hombres? preguntó Frasquito.

—Más de mil, si no me equivoco.

—Mucha gente es para aquel aislado sitio.

—Pues, mire V., puede ser que mande alguna más. De todas maneras, agregó: vea usted de mi parte antes de salir de aquí al brigadier de marina D. Miguel Gastón: avise su llegada por un propio desde Guanajay al Gobernador de Puerto Príncipe, y visite de mi parte también al jefe de la columna que está cerca del ingenio «La Caridad.»

—Muy bien mi general, y esperando lo más que tenga V. que mandar . . .

Frasquito tendió la mano en son de despedida.

—Perdone V., tocayo, dijo Vives deteniéndole. No se vaya usted todavía. Tengo que decirle algo más.

—Espero tranquilamente sus órdenes.

Frasquito se sentó.

Vives, por el contrario, se puso á dar rápidos paseos, y de pronto deteniéndose frente á Agüero y mirándole faz á faz exclamó:

—Hablemos con franqueza, amigo mío. Estamos V. y yo empeñados en un juego peligroso. V. sabe lo que intento y pienso; yo tengo la obligación de saber lo que V. piensa é intenta. Si V. necesita interrogarme para enterarse de mis medios y propósitos, puede V. hacerlo, seguro de que seré franco. Responda V. á su vez con la misma franqueza á mis preguntas.

—Principie V. á hacer las suyas, mi general.

—¿Ha visto V. en Venezuela á don Andrés Sanchez?

—Aun cuando lo hubiera visto, que no lo he visto, tendría que responder que no.

—¿Por qué, señor Agüero?

—Porque entiendo, mi general, que mis respuestas no han de ser nunca en perjuicio de tercero: de lo contrario, equivaldrían á una delación.

—Está bien. La pregunta era inútil. Además, con la teoría de V. no responderá V. nunca á nada. Adoptemos otra forma, Señor de Agüero: cuando V. salió de Cuba para el viaje de que ha llegado recientemente yo no había venido aun á esta isla. Lo que ha dejado V. hecho fuera, hecho está. ¿No es así?

—Así es, mi general.

—Pues bien: ¿se compromete V., como caballero á no seguir haciendo nada favorable á lo que realizaría el objeto de su viaje? Mejor dicho: está V. de vuelta en Cuba como súbdito español. Lo que haya V. hecho fuera de la isla, fraguado antes de mi llegada á ella, no lo tomo en consideración; pero desde que nos conocimos tengo el deber de impedir y castigar lo que V. haga para turbar el orden.

En vista de esto ¿promete V., señor Agüero, no intentar á la ley de aquí en adelante?

—Ya que V. invoca la franqueza, con franqueza contestaré. El albur está jugado. Se han corrido las cartas, y dentro de unos días, unas semanas ó un mes, sabremos á quién le habrá tocado la suerte. Quiere V. saber si mientras nos enteramos del resultado favorable ó adverso yo faltaré ó no á la ley, y yo le juro á V. que no faltaré á ella.

—Perfectamente, tocayo, esto es en efecto lo que yo quería saber.

—Ahora interrogaré yo, mi general. ¿Me asegura V. no perseguirme ni juzgarme por los resultados de lo que haya podido hacer antes de conocerle?

—Lo aseguro bajo mi honrada palabra.

—Gracias, mi general. Entonces podré embarcarme para Guanaja.

—Buen viaje. Y si la carta que sale no es la mía, no se mueva V.

El general y el hacendado se despidieron, dándose un cordial abrazo.

ESTEBAN Y MARIA

Mientras D. Francisco de Agüero hablaba con su hermana, comunicándole las verdaderas causas de la enfermedad de Manuel, Esteban pudo hablar un minuto con María, la cual le manifestó la absoluta confianza que Mrs. Merrill le inspiraba.

No aprobó Esteban esa confianza; pero indicó á su novia un medio de que pudiera él escribirle por conducto de la institutriz ó dueña irlandesa, sin que hubiese peligro de que nadie más que ella entendiera el escrito.

Dióle en el acto un billete que guardó en su seno.

Nadie pudo haberlo visto, según la convicción del astuto doncel, y sin embargo, dos

personas se enteraron perfectamente por sus propios ojos de la entrega del papel: la Sra. Merrill y la madre de Carmen; la primera, merced á su vigilancia de persona ilustrada: la segunda, en virtud de su asechanza salvaje. La irlandesa, por medio de espejos perfectamente colocados, podía ver desde ciertos puntos lo que pasaba en un extenso radio, desde el gabinete ó *petit salon* hasta un extremo de la serie de aposentos que ocupaba Da Mercedes: la negra no perdía de vista á la niña, arrastrándose por el suelo á pretexto de quitar alguna mancha.

Puestas en combinación, se apoderaron de la cartita mientras la bella joven dormía, y se la llevaron á Da Mercedes. Esta la abrió: era un papel envuelto en otro á manera de sobre. El papel, de tamaño pequeño como el de una esquila, no tenía una palabra escrita, sino unos pequeños agujeros caprichosamente hechos.

Ama y servidora comprendieron lo que aquello significaba, y sacando otro papel igual por aquel molde dejaron el que había servido de modelo, donde lo tenía escondido la chica, en la convicción de que pronto recibiría ésta una carta por conducto de Mrs. Merrill.

Esta recibió, con efecto, al día siguiente una carta para María, llena de manifestacio-

nes de respeto á la resolución de cortar las relaciones con ella, carta que colocada sobre el papel agujereado dejaba ver unas palabras que reunidas decían lo siguiente:

«Si eres para mí siempre fiel, no te abandonaré nunca, donde quiera que te lleven, y me casaré contigo por la ley.»

XVI

LOS TIEMPOS DE VIVES

En aquellos azarosos tiempos el bandolerismo llegó á organizarse en la Habana con la mayor disciplina. El ejército de malhechores obedecía á un sólo jefe y estaba dividido en tandas, según los trabajos á que cada una de estas se dedicaba.

La más importante era la encargada de cobrar el impuesto respectivamente asignado á los hombres ricos, guardando relación con sus proventos y con los servicios que prestasen á la *noble* asociación en las esferas gubernamentales, para mantenerla libre de toda eficaz persecución y de todo castigo.

A la cabeza de esta sección estaba el mismísimo general en jefe de los bandidos: Juan Pérez, caballero de alta posición, que se co-

deaba con marqueses y condes y se hom-
breaba con algunas autoridades principales,
que unas ignoraban y otras tal vez aparen-
taban ignorar el origen de su influencia.

Ejercía un imperio diabólico, secundado
por ministros hábiles y fieles, extendiéndose
su poder á todas las esferas sociales y
ocupándose muchas veces en actos de bene-
ficencia.

Sociedades parecidas las hubo en Italia
hasta hace poco tiempo: las hay todavía en
Sicilia y prosperaron por modo extraordina-
rio en California en los primeros tiempos de
la anexión á los Estados Unidos.

La segunda sección del ejército de Juan
Pérez ejercía el *cobro del barato* en todas las
casas de juego de la ciudad; cobro en este
caso consistente en la exigencia diaria de la
contribución señalada á cada una de esas ca-
sas; y además en un cinco por ciento de toda
ganancia que hicieran los jugadores, no por
liquidación general después de la partida,
sino por cada albur que se tirase. Para la per-
cepción de esa gabela había hombres espe-
ciales en cada mesa.

Los asaltos y robos en grande escala y
las raterías estaban sujetos á reglas.

Los asesinatos se sometían á una orde-
nanza muy severa, en honor de principios
humanitarios y de los intereses de la asocia-

ción. Tenían que hacerse con el permiso del jefe, quedando los infractores sujetos á la ley del Tali6n. El capitán á cuyo cargo estaba ese ramo era *El Pelado*, al cual se le concedía por consideraci6n especial á sus méritos y servicios el privilegio de *matar por gusto* á una persona al mes, siempre con previo conocimiento y aprobaci6n de Juan Pérez, á fin de evitar que la víctima escogida por aquél para satisfacer sus instintos fuera socio ó individuo *bien visto* ó *persona grata* de la *honorable* compaa.

Las feroces inclinaciones de ese malvado pueden juzgarse por el siguiente hecho, cuyo recuerdo aún se conserva vivo entre las tradiciones populares:

«Una mujer pobre, en cinta, joven aún y bonita, estaba de pié á la puerta de su casa, dibujándose en toda su redondez y relieve su abultado vientre. *El Pelado*, que pasaba por el frente de la infeliz, se acerc6 á ella con disimulo, sac6 el cuchillo y le infiri6 una profunda herida que la abri6 desde la ingle hasta el est6mago. El efecto instantáneo de esta improvisada operaci6n cesárea fué la muerte de la madre y de la criatura; y cuando al asesino le preguntaron por qué había cometido tan horroroso crimen, contest6: «Porque no pude contener el deseo de no desperdiciar la ocasi6n que se

me presentaba de matar á la vez la madre con el hijo, de probar si la navaja, que era nueva, tenía buen filo, y de oír el hipo de sorpresa que había de dar la mujer al recibir el golpe que la mataba.»

La proeza pudo salirle cara al *Pelado*. El terror que inspiró este crimen de *gaieté de cœur* ó sea por puro capricho, aterró á toda la ciudad. La gente dejó de ir á las casas de juego, y la autoridad se preparó á disponer una persecución activa por medio de la tropa á los bandoleros y á cerrar las *banecas*.

Entonces Juan Pérez hizo meter en un cepo al *Pelado*; se juzgó á éste sumariamente, se le condenó á la última pena, y sólo alcanzó el culpable el perdón del Jefe, después de mil promesas de que no volvería á matar á nadie sin previa autorización superior.

El cuartel general de Juan Pérez era el palacio del Marqués de C . . . , celebrando sesiones ó juntas con sus ministros unas veces en el piso bajo, ó en la residencia del Conde de P . . . ó de algún otro potentado.

Todo esto lo sabía el general Vives; pero en la situación en que se encontraba no era fácil que se ocupara en impedirlo.

La Isla estaba llena de logias masónicas, de *torres* de comuneros y de conspiradores.

Había llegado él á desempeñar la Capitanía General de Cuba cuando se desmoro-

nó el imperio de España desde Méjico hasta la Patagonia, y si aún en algunos puntos no se abandonaba la lucha, ya se tenía por cierto que el único resto del Nuevo Mundo dado por Colón á Castilla que podía conservarse por la nación conquistadora y civilizadora de casi todo él, eran Cuba y Puerto Rico. A conservar ese resto dedicó sus esfuerzos Vives, y no alcanzaban recursos para atender á otros fines que á los de conjurar la tormenta levantada contra las Antillas por la democracia que *ébria de libertad é igualdad de la raza europea y africana, se avanzaba triunfante hacia las Antillas españolas para seguir su acción emancipadora por los Estados del Sur de la Unión Americana*, donde existían millones de esclavos etiopes. Así se expresó en la Cámara de Washington un representante por Virginia. Era probable que algunos dedicaran su atención á la propaganda que hacían los insurgentes de la Costa Firme.

—Salve yo la bandera y quede para otros la obra de establecer una buena policía rural y urbana que limpie el país de foragidos, decía Vives.

Más de lo que hizo para estar apercebido á cualquiera emergencia era imposible.

Consideró antes que todo la causa de la soberanía nacional, y como los fondos que levantaba entre las clases ricas y en las re-

caudaciones de Aduanas no le alcanzaban para más, no obstante su buena administración por Arambarri y después por Pinillos, á servir esa causa se limitó no pretendiendo abarcar más de lo que podía.

Sin duda un profesor de moral no aceptaría todos los principios emanados de la conducta de este gobernante; pero hasta la fecha la política no ha solido estar conforme con los deberes que impone la conciencia al regular el derecho y la justicia.

XVII

VUELTA A ESTEBAN

Esteban, que desde una escribanía vió subir las escaleras de palacio á Frasquito, entabló una conversación misteriosa con un hombre de mediana estatura, muy flaco, ojos saltones que se movían rápidamente de un lado á otro debajo de grandes espejuelos de oro; traje de dril blanco, y ancho sombrero de fina jipijapa, como suelen presentarse todavía los hacendados ó dueños de ingenio. Era un abogado, célebre por sus trapisondas perversas, llamado Jaime Ranlier.

Ambos hojeaban una pieza de autos.

—Ya le digo á usted, expuso en tono casi imperceptible el de los espejuelos: después de D. Manuel recae la herencia toda en Da María.

Siguieron hablando algún tiempo, y agotado el tema de la entrevista, Esteban vió bajar las escaleras del palacio á D. Francisco.

Diez minutos después las subía él, y sin hallar dificultades, como si todo estuviese preparado á recibirle, presto se vió en un cuarto especial frente al Capitán General de Cuba.

—Joven D. Esteban le dijo éste: los informes que desde hace algún tiempo viene usted comunicando al gobierno de España son inapreciables; pero me ha parecido imprudente la forma por usted escogida para celebrar nuestras entrevistas.

—Puede S. E. estar seguro de que nadie, absolutamente nadie, me reconoce.

—Muy bien. Me tranquilizan estas palabras de usted, puesto que me consta su talento y su astucia.

—Esto es favor que me concede V. E.

—¿Y qué nuevos informes trae usted ahora?

—Los apuntes que ahora pongo en manos de V. E., contestó Esteban entregando un papel á su ilustrado interlocutor.

—Y esos apuntes . . . ?

—Comprueban lo que yo había tenido la honra de indicarle á V. E. como probable. . .

—¿Cuál es por fin la fecha de la salida de Sucre?

—Perdone V. E. No es ya de Sucre, si no de Paez. La salida está fijada para el 10 de Diciembre de este año.

—Mucho saber es, precisar con dos meses de anticipación el día en que zarpará la escuadra colombiana-mejicana, cuando parece natural que ni el mismo Bolívar lo haya fijado todavía.

—V. E. recordará que todo lo anunciado por mí se ha ido cumpliendo.

—Cierto; pero alguna vez pudiera fallar una noticia.

—Mía, nunca, afirmó calurosamente Esteban.

El general dijo:

—Vamos, hable usted sin pena. Usted es ambicioso, y aún cuando el erario está exhausto, siempre se podrá disponer de una cantidad . . .

—V. E. no me conoce, contestó con aire de dignidad ultrajada Esteban: yo no pido ni aceptaré nunca dinero por lo que haga . . .

Vives lo miró con asombro. No esperaba semejante respuesta.

El segundo novio de María Consalvo continuó:

—Una de las mayores pruebas que pueden verse del extravío de los ánimos en nuestra época, es que un hombre de tan indisputable gran talento como V. E., haya podido suponer que yo procedía en este asunto por interés pecuniario. Mucho he sufrido, mucho he pensado antes de dar el pa-

so de hablar con V. E. Todo lo debo á D. Francisco de Agüero. Mi padre no hubiera hecho tanto por mí como él; pero el agradecimiento á mi bienhechor, ni me obliga á seguirle en sus extravíos contra la patria, ni me ordena permitirlos. No soy, pues, un delator que tiende su mano para que le paguen su denuncia, sino un patriota que cumple con su deber, sufriendo el mayor de los tormentos.

Con mis ahorros y trabajos—continuó—he reunido un capital, aumentado por diez mil duros que el Sr. de Agüero acaba de darme á pesar mío. Me basta mi posición para vivir bien y decorosamente.

Vives permaneció varios minutos reflexionando, sin decir una palabra.

¿Se habría equivocado respecto de Esteban? Colocado éste en la situación en que según él se hallaba, procedía como buen patriota y como al Gobernador de Cuba convenía.

De pronto dijo:

¿Cual es el apellido de usted?

—La Nodal, para servir á V. E. Me llamaba Agüero hasta hoy; pero vuelvo á usar mi apellido, que es el de mi padre.

—A la nación le interesa, Sr. La Nodal—prosiguió Vives—que sean recompensados sus buenos servidores. Ya el gobierno sabe

la inmensa importancia de las informaciones dadas por usted en lo referente á Cañizares, con lo cual ha quedado destruida por completo una conspiración formidable. También debe saber lo descubierto, gracias á la vista penetrante de usted, sobre la maquinación del *Aguila Negra*, y la conspiración que estamos en vías de inutilizar de los *Soles de Bolívar*; y ni usted tiene el derecho de no aceptar recompensa, ni yo el de consentir que usted se quede sin ella.

—Perdóneme V. E. Ya que V. E. se afana para que yo pida y acepte algo, pediré y aceptaré solo que se me haga justicia.

—¿Que justicia reclama usted?

—Mi general; suplico á V. E. pase la vista por esta instancia documentada que le presento y que yo traía en el bolsillo, previendo el caso de que V. E. se mostrase, como lo ha hecho, decidido á recompensar mis acciones.

¿Está todo en regla y debidamente comprobado?

—No tiene ningún defecto el expediente. Consta en él de modo innegable que el condado de Besanes, perteneciente á mi abuelo paterno en línea recta, caducó por acontecimientos imprevistos en 1795, cuando se inició la gran emigración de Santo Domingo á Cuba, y me corresponde revivirlo por

ser el heredero á quien legítimamente pertenece.

—Está concedido. Yo escribiré á la Corte, y no dudo que antes de seis meses entre usted en posesión del título.

—Vuelvo á pedir mil perdones á V. E. para hacerle otra indicación.

—Venga la indicación, señor La Nodal.

—No tenía yo entendido que fuera indispensable recibir de Madrid el nombramiento para entrar en posesión de un título de Castilla.

—Desde luego que no, si es un título nuevo que como razón de estado haya premura en dar, porque entre las autorizaciones extraordinarias que me han sido conferidas, está la de adelantar esas credenciales, para cuyo objeto las he traído en blanco firmadas; pero debe ser distinto cuando se trate de un título que se reviva y en que puedan lesionarse otros derechos . . .

—Aquí no los hay; pero aun cuando los hubiera, siempre habría medios de contentar á todos los interesados. Antes de herir y desairar á quien sirve eficazmente y puede seguir sirviendo á la patria, cuando ella no solo está en peligro, sino que se halla moribunda, no debe vacilarse en conceder el reconocimiento de un título, con tanto mayor motivo, cuanto que en el presente caso, acom-

pañía á la justicia la invocada razón de estado. Suponga V. E., mi general, que yo sucumbiera en estos momentos bajo el peso de la amargura que me causara la injusticia de no dárseme lo que es mío. En las críticas circunstancias del día, agotarse una fuente de información que asegura el éxito pudiera acarrear graves consecuencias. . . .

—Verdad es. No estamos en momentos de andarnos con escrúpulos de monja. ¡Pelillos á la mar! Tendrá V. en debida forma, dentro de tres días, su título de Conde con toda la antigüedad que alega esta instancia. ¿Se halla V. satisfecho, conde?

—V. E. me colma de complacencias, contestó Esteban saludando reverenciosamente.

—¿Desea V. algo más?

—Ya que V. E. se ha empeñado hoy en complacerme, le ruego que. . . .

Aquí el nuevo conde se acercó al oído del general y le dijo algunas frases en secreto.

El general por toda respuesta sacó de la gabeta de una mesa un botón dorado y se lo entregó diciéndole:

—¿Quiére V. más todavía?

Esteban puso una rodilla en tierra, y besó la mano del general.

—Gracias, mi bienhechor, dijo, y se dirigió á la puerta del cuarto como para retirarse.

—¿Y ahora, hasta cuándo, conde? preguntó Vives.

—De mañana á pasado llegará el bergantín de Jamaica.

—¿De Jamaica? inquirió con inquietud el general.

—No hay aún temores por ese lado.

Esteban salió.

Vives miró con desprecio hacia la puerta por donde aquel desapareció.

—Será lo que se quiera este extraño personaje, murmuró; pero si yo no lo aprovechara en los actuales momentos cometería una locura.

XVIII

PIRATAS

No existen en toda América mares teñidos de sangre con tanta frecuencia y abundancia como los del archipiélago que se ofreció á las miradas de Colón al fin de su primer viaje, ni costas más combatidas en los siglos diez y siete y diez y ocho como las de Cuba, á la cual llamó el insigne navegante la más bella tierra que ojos humanos vieron.

Á consecuencia de la prohibición impuesta por España al comercio extranjero del Nuevo Mundo, por ella 'ocupado, y del cebo que brindaban entre otras producciones el oro que de este hemisferio se transportaba á la península ibérica, ya de particulares, ya pertenecientes al *quinto del Rey*, se poblaron el mar caribe y el golfo mejicano de embar-

caciones piráticas con que holandeses, ingleses y franceses no solo causaban imponderables perjuicios al tráfico de la nación conquistadora, sino que invadían territorios con verdaderos ejércitos, tomaban por asalto ciudades fuertes, libraban combates navales y hasta se apoderaban de puntos valiosos así en el continente como en las islas, llegando á hacerse firmes de una parte de la Española, parte cuya posesión se reconoció á Francia después de la guerra de los siete años.

Unas veces con el nombre de bucaneros, ó *boucanniers*, y otras con el de *free booters*, ó filibusteros, se hicieron siempre notables por su actividad y osadía, siendo una escuela á que ha debido Inglaterra sus principales marinos en ciertas épocas.

Pero no cesaron con el abandono de Haití las guerras en el mar Caribe. Las que sostuvo España alternativamente con sus dos rivales, la soberbia Albión y la vecina transpirenáica, se extendieron á este archipiélago, en el cual no quedamos poseedores sino de Cuba y Puerto Rico: consecuencia precisa de desventuras naciones.

Ni tampoco después de cimentadas estas pérdidas por la fe de los tratados dejaron las espumas del mar de las Antillas de verse rojas de sangre, porque la contienda trabada en el inmenso continente repercutió, como

sucede con los terremotos, en las aguas, y las de estas islas y las de todo el litoral centro y sur-americano se vieron cruzadas por escuadrillas y buques corsarios sueltos con la bandera de Colombia ó Méjico, tripulados por ingleses, norte-americanos é individuos de otras naciones que estaban en paz con España.

Hasta la misma Francia en la época de nuestra historia, no se mostraba muy propicia á los intereses españoles en América, puesto que el tribunal de presas de Burdeos declaró mala presa la de un barco con bandera colombiana que conducía á bordo contrabando de guerra.

Por semejantes razones, sin duda, la bahía de la Habana se dice que sirvió para armar y tripular en guerra, sin inconvenientes por parte del general Vives ni del segundo jefe de todas las fuerzas navales de la América Septentrional, D. Angel Laborde, numerosos barcos corsarios, á los cuales se dió el nombre de *musulmanes*, y que bajo la aludida bandera colombiana hacían depredaciones en buques de las potencias que, no obstante hallarse en paz con España, no hacían nada para impedir ni castigar las hostilidades cometidas por súbditos suyos contra ésta.

También han llegado hasta nuestros días

rumores de que algún barco *musulmán* atacó y despojó á buques españoles; pero abusos de semejante especie son irremediables en tiempos azarosos y turbulentos.

De cualquier modo, no puede dudarse que la conservación de estas islas se debe no sólo al talento político y administrativo del general D. Francisco Dionisio Vives, sino también al extraordinario saber, á la actividad y heroísmo del Almirante Laborde.

XIX

LOS SOLES

Todos los días, de siete á diez de la mañana, se reunían en las oficinas del Cónsul é Inspector General del Comercio francés en la Habana, el caballero Angelucci, que había sido enviado por el Ministro de Negocios Extranjeros de Luis XVIII, Vizconde de Chateaubriand, para desempeñar ese cargo, y el Conde de Brisnes.

La mañana á que nos contraemos, la conversación, que como de costumbre fué sostenida con interés por los dos amigos, no concluyó con las palabras de siempre *hasta mañana*, sino con éstas: *hasta luego*.

A las seis de la tarde en punto se presentó el señor Angelucci en casa de don Francisco de Agüero, invitado á comer por éste.

No asistieron á la mesa doña Mercedes, ni María, ni Mrs. Merrill, atareadas como estaban en preparativos de viaje, según se había hecho saber de antemano al cónsul, ni se exhibió un *menú* muy escogido. La comida, cual sucedía siempre, fué buena y no faltaron excelentes vinos, con tanto mayor motivo, cuanto que al invitado, procedente de Burdeos y muy conocedor en la materia, debía obsequiársele con las mejores muestras existentes en los sótanos de aquella casa, considerados los principales de la Habana, en lo tocante al Jeréz, Oporto, Chateau Lafitte, Borgoña y Champaña; pero se conocía que el único objeto de la reunión no era el de cumplimentar al amigo.

Celebró éste el arte del cocinero, traído de París por doña Mercedes, y tomados el indispensable café y el Cognac de rigor, se levantaron los comensales, que habían departido poco, preocupados todos en propias imaginaciones, y se aprestaron á salir juntos á una excursión nocturna, tomando las preocupaciones necesarias para defenderse de los bandidos.

Agüero, Manuel, el Conde de Brisnes, Bernabé, Angelucci y los dos normandos servidores de éste, formados en pelotón y armados hasta los dientes, emprendieron la marcha á paso lento desde la portada del

fondo, dirigiéndose por la calle de Santa Teresa á la plaza del Cristo, donde se detuvieron al frente de una casa baja de mísero aspecto.

Adelantóse el Conde, entró por una portezuela, y en breves segundos reapareció, haciendo señal á sus compañeros de que podían pasar adelante. Todos lo hicieron, menos Bernabé, á quien el portero le prohibió el acceso, y los dos normandos, á quienes Angelucci despidió encargándoles que volvieran á las once y media.

—¡Buena clase de liberales! exclamó el mismo Angelucci. ¡Excelentes masones! Proclaman la igualdad y no permiten que entre en su casa, aun cuando no penetre en el templo, un hombre negro.

Manuel resolvió quedarse fuera acompañando á Bernabé.

—Entre Su Merced, sin ocuparse de mí, dijo el último. Yo conozco las preocupaciones, y además carezco de todo derecho para presentarme en una logia como ésta, llamada *Los Soles*. Soy esclavo, y ni soy masón, ni me admitirían en el caso de que pudiera iniciarme.

—Tú eres un hombre libre, Bernabé: estás inscrito como tal: tienes tus papeles en regla, y eres mejor educado y más instruído que la generalidad de los blancos. Has que-

rido darme siempre el tratamiento de *Su Merced*, y yo he protestado contra ese empeño ofensivo para mí, tanto más, cuanto que mientras tú, que eres libre, me tratas como si fueras esclavo, todos los verdaderos esclavos de casa que me conocen desde niño me tutean.

Bernabé abrazó á Manuel con las lágrimas en los ojos.

—Yo quiero conservar, aunque sea en la apariencia, mi condición de negro esclavo en esta tierra, le dijo, porque así me conviene. Las preocupaciones son invencibles, y hasta en los países donde no existe esclavitud he notado prevenciones contra mí, á causa del color. No pretendo vencer lo imposible. Acepto mi desgracia: protesto en el fondo de mi alma contra la injusticia; pero no daré nunca ningún paso que ocasione conflictos. Yo no deseo entrar en esta logia; he venido hasta aquí acompañándolos á ustedes, cumpliendo con mi deber, para rechazar cualquier ataque de los malhechores. Ahora me quedaré solo fuera esperando, y seguramente nadie pretenderá hacer nada á un pobre negro. Si me obligan á defenderme será difícil que salga yo el peor librado. *Tú sabes*, querido Manuel, que necesito adversarios muy fuertes para que me venzan. *Entra*, pues, sin pena; ve lo que han venido ustedes á ver,

y ten la seguridad de encontrarme aquí cuando se acabe la *tenida*.

Manuel agradeció el tuteo. No había visto en ningún gimnasio, en ninguna parte, un hombre tan fuerte, tan ágil, ni tan resistente á la fatiga como Bernabé, verdadero tipo del hércules africano. Comprendió la razón con que le hablaba, y decidió entrar.

Ya venía á buscarlo Angelucci.

Cubrieron el templo y fueron ambos á sentarse en un rincón al lado de Frasquito y el Conde.

Estaba hablando el hermano *primer vigilante*, ó mejor dicho, había hecho una larga pausa, á fin de seguir su *plancha* ó discurso, cuando cesara el efecto de su anterior párrafo, demostrado en los gritos y aplausos de los hermanos asistentes. Así dijo:

«Sí, queridos hermanos míos, es preciso que conozcamos las señales de los tiempos, y estemos dispuestos á defraudar los planes de unos profanos, que validos de la autoridad, pretenden arrancarnos los sagrados derechos constitucionales. Es preciso que unidos como un solo hombre, demostremos el valor de los *hijos de la viuda*. Si aceptamos la situación que se nos impone, viviremos tranquilos en medio de la ignominia: si cumplimos con nuestra obligación de ciudadanos, sufriremos persecuciones tremendas; pero debemos an-

helar la suerte de los mártires antes que la ignominia.»

—Me parece, dijo Angelucci al Conde, cuando concluyó la salva de aplausos que acogió este párrafo final del discurso, que la perspectiva de morir como los mártires no es muy propia para entusiasmar al auditorio.

En aquel momento anunció el *Venerable* que el hermano *Espartaco* tenía la palabra, y entre atronadoras salvas de aplausos y vítores se levantó de su asiento un anciano mal vestido, de rostro lívido y expresión simpática, que con el más puro acento castellano y la voz temblorosa por la indignación de que parecía hallarse poseído, se expresó en estos términos:

—Hermanos míos: lo que acaba de manifestar el hermano *Leonidas* no es propio en la boca de un masón, porque si bien demuestra los sentimientos de heroísmo que le inspiran, no es adecuado al objeto de animarnos á conseguir la victoria del derecho y de la libertad que al fin columbro en los últimos años de mi vida. Los tronos vacilan, la aurora de la redención universal se alza, y no en momentos tales cumple á los hermanos que trabajamos en cumplimiento de los designios del Gran Arquitecto del Universo, producirse en términos que puedan traer el desaliento. Además, el hermano *Leonidas*

merece, á mi entender, la censura de la logia, y puesto que estamos aquí los que tenemos grados, desde el 18 hasta el 33, propongo que se le pida cuenta de su conducta, por hacer en este sagrado recinto espontánea promesa de no pretender ni aceptar nunca ningún título ni posición aristocrática en el mundo profano, y haber salido hoy en el *Diario* una real orden confiriéndole el título de Conde, lo cual arguye que se aparta de las corrientes de opinión seguidas por esta logia en los altos capítulos á que los presentes pertenecemos. En esta gran comunidad, cierto es, caben todas las gerarquías, todos los títulos desde el más elevado al más humilde; caben todas las religiones, con tal de que impliquen el reconocimiento de un Dios; caben todas las creencias, siempre que no se aparten de la moral; pero no cabe el incumplimiento de la palabra espontáneamente empeñada, no cabe el perjurio; y como además, la tendencia de este organismo es en el fondo la democracia, el hecho de que el hermano *Leonidas*, conocido en el mundo profano con el nombre de Esteban Agüero, aparezca ahora proclamado Conde, prueba que ha faltado á su promesa y que no debe seguir figurando en nuestras filas.

Un murmullo de aprobación siguió á estas palabras.

El que las pronunció era á la sazón el hombre más popular de la Habana entre los elementos liberales más avanzados: el Presbítero don Tomás Piñeres y Gutierrez, conocido en el mundo masónico con el nombre de *Espartaco*.

Frasquito, que en medio de las preocupaciones que embargaban su espíritu, no había parado mientes en que el hermano vigilante de la logia «Los Soles» era Esteban, se impresionó mucho al saberlo por las acusaciones de *Espartaco*, y al propio tiempo por la proclamación de Conde publicada aquella mañana en el *Diario Oficial*.

El hermano *Leonidas*, previa la venia del *Venerable*, contestó:

—Nunca hubiera creído, hermanos, que me vería en la necesidad de defenderme ante vosotros de ataques dirigidos á mí por parte de mi queridísimo y respetado maestro, que me inició en esta logia y á quien debo mis conocimientos en el mundo de la verdad.

Me ocuparé primero en el segundo de los dos cargos que me hace el hermano *Espartaco*, porque lo juzgo el de menor importancia.

Tanto como á él me ha sorprendido el nombramiento de conde á que alude, publicado en el *Diario*, y lo atribuyo á una habilidad del hombre que representa la primera

autoridad á nombre de la Junta Central y de las Cortes para llamar á los liberales á su lado. Pero debo advertir que cosas que no sienta bien solicitar ni tomar, si no se heredan, como los títulos de nobleza, pueden admitirse sin desdoro cuando provienen de los progenitores. La publicación en el *Diario* del condado que me corresponde no la he solicitado. Ha sido impresa como consecuencia de real orden remitida de Madrid, y no tengo yo la culpa de que resulte legítimo heredero de ese antiguo título de Castilla. Muy numerosos son los hermanos nuestros que usan en la vida profana títulos de nobleza heredados ó á ellos conferidos, sin que se les haya inculcado por la Orden, y sin que logia alguna los haya acusado; pero si en razón de las circunstancias especiales en que este país se encuentra, estuviese mal visto por mis hermanos que yo usara el nombre aristocrático que me dejaron mis mayores, estoy dispuesto á no tomar posesión de él, ya dejándolo caducar con el mero hecho de no satisfacer los derechos, las annatas y medias annatas á que esté sujeto, ya renunciándolo expresamente, incurriendo en el castigo que se imponga á semejante desacato. Todo estoy dispuesto á hacerlo, con tal de complacer á mis hermanos. Solo aspiro á su aprecio, y al perdón del ilustre ciudadano que me re-

cogió desde la cuna y á quien todo lo debo.

Esteban articuló estas palabras con marcada emoción. Muchos que conocían á Frasquito miraron á éste con curiosidad evidente, comprendiendo la alusión.

Frasquito pareció no comprenderla.

El primer vigilante continuó:

—En lo tocante á que mis frases, antes que á llenar de entusiasmo á los hermanos en la noble lucha que sostenemos, contribuyen á desanimarlos, yo entiendo que siempre á las buenas causas, y la nuestra es la mejor del mundo, conviene la luz de la verdad para defenderlas con acierto. Solo inspirados por la conciencia del peligro pueden llegar los humanos al heroísmo. Los tiempos están malos. Los déspotas se han reunido. La Madre Patria gime al peso de la reacción, la Santa Alianza amenaza extenderse por este hemisferio; y cuando todos los pasos de los defensores de la libertad deben ser cautelosos y firmes, ¿podrá ser provechoso engañarnos á nosotros mismos con ilusiones falaces, cerrando voluntariamente los ojos á la realidad contra un enemigo astuto, que todo lo observa y estudia para aprovechar nuestros errores? Vigilante soy, primer vigilante de la logia, y tengo la honrada convicción de que si algo valemos, si poseemos las virtudes suficientes para lidiar y vencer, con más

facilidad lograremos el triunfo contemplando las dificultades que nos rodean, que empeñados en ignorarlas. Al capítulo en que trabajamos, del grado Rosa Cruz adelante, no corresponde por nuestro rito la táctica necesaria para los aprendices. Todos estamos á prueba, habiendo ganado con valor y constancia el aumento de salario. ¿Qué mejor medio, pues, de *vigilar* cuanto nos concierne que estar alerta sin cesar y advertir los peligros? De todos modos, en el caso de que yo haya perdido la confianza de mis hermanos, suplico que se me encause: yo desde ahora me someto gustoso al juicio de los masones y á su sentencia, agradeciendo al hermano *Espartaco* la oportunidad que me proporciona de probar mi inocencia ó de corregirme si soy culpable.

Concluída esta plancha, el *Venerable* dijo:

—Se someten dos puntos á votación. El primero, si el hermano *Leonidas* puede aceptar en el mundo profano el título de Conde que ha heredado. Los que estén por la afirmativa, pónganse de pié.

Todos se levantaron.

Dijo entonces el *Venerable*:

—Aprobado por la Logia que el hermano *Leonidas* puede aceptar y usar su título de Conde en el mundo profano.

Y enseguida añadió:

—Pónese á votación si el propio hermano *Leonidas* merece censura, advirtiendo los peligros que amenazan á la Masonería.

Los que crean que merece esa censura, oírgase bien: los que crean que merece esa censura, levántense de sus asientos.

Todos se quedaron sentados.

El *Venerable* observó:

—La conducta del hermano *Leonidas* en las planchas que ha dirigido á esta logia, son aprobadas por ella.

Acto contínuo habló de esta manera:

—La satisfacción experimentada por todos los asistentes á la *tenida* de hoy, al aprobar por unanimidad los actos del hermano *Leonidas*, reconociéndolo como buen masón, no significa que la Logia desaprueba el proceder del hermano *Espartaco*. Al contrario, creo representar la opinión de todos, manifestando que ha procedido también como buen masón, desde el momento en que no tuvo inconveniente en revelar con su franqueza característica de castellano viejo, la mala impresión producida en él así por las palabras alarmantes sobre nuestra situación, del hermano *Leonidas*, como por el nombramiento de éste publicado en el *Diario*.

Aplausos unánimes acogieron esta declaración.

El *Venerable* prosiguió:

—Digo también, hermanos, como el hermano *Leonidas*, que el horizonte político se oscurece por nubes que ocasiona la duda. Hablando con toda claridad. Si efectivamente, como él indica, el Capitán General llegado á esta isla el año actual, hace pocos meses, está pénétrado de buenas ideas liberales, podremos con calma esperar el desarrollo de los sucesos; pero si, al contrario, está resuelto á dar fin á las libertades que ahora se ahogan en la Península con el auxilio del duque de Angulema, debemos reconocer que entramos en un período en que solo la prudencia, el orden y la disciplina podrán libertarnos de inminentes desastres. Ya en la catedral no se celebran sesiones políticas como en épocas recientes; sesiones en las cuales, si bien prevalecía un espíritu moderado, se confesaba la excelencia de los principios liberales: ya se temen persecuciones y castigos por el uso de nuestros derechos constitucionales; ya al propio tiempo que se vigila sañudamente á los honrados hijos del pueblo, á los hombres de la democracia como son los discípulos del ilustre maestro, honra de nuestra Logia, el hermano *Espartaco*, se da toda clase de protección al juego, y parece que no se pone empeño en castigar al bandidismo, cada vez más pujante; y ha llegado el momento de contener los arranques de la

indignación para conseguir por medio de la legalidad, y sin perjuicio de la patria, ni de ningún individuo, el progreso y bienestar de estas comarcas. Permitidas como lo han sido hasta los presentes momentos las sociedades secretas, entre las cuales se cuenta en primera línea la nuestra, natural me parece que no rechazemos la ventaja que se nos concede de trabajar en favor de nuestros propósitos humanitarios, altamente regeneradores; pero si por desventura la fuerza brutal nos negara el derecho de reunirnos, tengamos presente que nada obtendremos con una inútil resistencia. Estamos en espera de acontecimientos en que ninguno de nosotros debe tomar parte. Conservemos la fe, y no demos ocasión á estériles derramamientos de sangre. Mas debo añadir todavía. Se ha hecho por los enemigos del progreso caudal de argumentos contra nosotros, á pretexto de las vociferaciones á que se ha entregado una parte de la prensa libre, y aconsejo á nuestros escritores mucha cautela en este asunto, no solo evitando atacar la vida privada, siempre digna de respeto, sino prescindiendo de cuanto pueda demostrar que se dirigen bur-las ó insultos al que ocupa el trono y á los que le rodean, porque ni la misma constitución, á la cual hemos jurado obediencia, lo permite, ni los gobiernos establecidos por la

razón, y aún por la fuerza, tienen el deber de tolerar que se les ofenda y vulnere, cualesquiera que sean los derechos que á su vez tengan los pueblos para no soportarlos.

Un prolongado murmullo de aprobación recibió á estos consejos.

Espartaco murmuró:—¡Miserables!

Muchos de los presentes, acaso los más exaltados, sostenían que el país en su pequeñez, no debía efectuar nada que lo hiciera víctima de persecuciones, quedándole solo el recurso de esperar el resultado definitivo de los acontecimientos que se desarrollaban en la Costa Firme, y otros, la mayor parte, pertenecían el número de los *ojalateros*.

—Espero que te convenzas de que con gente como ésta, no puedes ir más que al patíbulo, dijo el Conde á Frasquito, el cual bajó la cabeza y acompañó á sus amigos hasta la puerta.

Al llegar á ella buscaron todos á Bernabé, y no lo encontraron.

—Tranquilizarse, señores, exclamó Angelucci; lo natural es que haya vuelto á la casa, en vista del recibimiento que le hacían los hermanos masones.

—No: contestaron á coro Agüero, Manuel y el Conde: Bernabé no abandona el puesto.

Los demás concurrentes á la *tenida* ex-

traordinaria de la logia *Los Soles* desaparecieron pronto de la plaza del Cristo.

Angelucci, mientras sus compañeros hablaban en montón, haciendo conjeturas sobre la ausencia de Bernabé, sacó el reloj, y observó:

—No son mas que las once y veinte. Esto ha concluído pronto. Yo cité á mis normandos para las once y media. Faltan diez minutos. Propongo esperarlos ese tiempo, pidiendo mil perdones por la molestia que mi imprevisión causa.

Manuel buscaba rastros por el suelo, registrándolo todo con su mirada de águila, y bajándose de vez en cuando como para recoger algo. Al fin, conturbado dijo á Frasquito:

--Papá, deben haber matado á Bernabé.

Llegaron entonces los normandos, quienes enterados de lo que pasaba, ayudaron en sus pesquisas á Manuel, encontrando por medio de sus faroles rastros recientes de sangre, un pañuelo blanco de hilo, con el nombre *Carmen*, bordado en una punta, un pedazo de paja que parecía arrancado del sombrero de Bernabé, y marcas en la tierra de muchas pisadas y resbalones.

Manuel daba rugidos sofocados de dolor y desesperación.

Frasquito callaba. El conde parecía abstraído, meditando.

Angelucci notó que la puerta de la casa donde habían estado se abría, dando acceso á cuatro hombres que salieron á la calle.

—Me parece, le comunicó en reserva al conde, que acaba de salir de *Los Soles* un rayo luminoso, igual en cuerpo y alma al general Vives, y que está mirándonos fijamente.

Un hombre pequeño se adelantó á Angelucci.

—¿Qué novedad hay? le preguntó.

El cónsul le enteró de lo que pasaba.

—Una de dos, dijo Vives, sin pensar en esconder su identidad á los Agüero ni al conde. O el pobre negro ha sido atacado por una banda de malhechores, ó lo ha preso la patrulla, llevándoselo por hacer resistencia. Es posible que no esté vivo. De todas maneras, añadió; si no está muerto, debemos encontrarlo.

Señor comandante, ordenó á uno de sus ayudantes. Hágame V. el favor de ir á todos los cuerpos de guardia, á todas las partes donde, vivo ó muerto, pueda encontrarse al negro Bernabé, de D. Francisco de Agüero, y pásenos V. aviso á palacio.

—Mi general, dijo Manuel; suplico á V. que me deje acompañar al señor comandante.

—No puede ser, Manuelillo, contestó Vi-

ves con afecto. Además, no tenemos aquí sino dos caballos, el uno para el comandante y el otro para su asistente, que siempre le acompaña.

Nadie veía los dos caballos, pero no tardaron en presentarlos de la brida dos soldados; saliendo inmediatamente á escape montados por sus respectivos ginetes, según lo dispuesto por Vives.

UN OBISPO.

Al arrancar los caballos, el grupo de Agüero se dirigió por su lado á palacio, mientras el general se encaminó por otra parte al mismo punto, en un coche que lo esperaba dentro del zaguán de una casa grande de la calle de Amargura cerca de la plaza del Cristo.

El cónsul francés se quedó en su residencia al cruzar por la plaza de San Francisco, y Frasquito, Manuel y el Conde, que habían tomado carruajes en la suya, no tardaron en presentarse á Vives, donde éste los había citado, conduciendo con ellos al Dr. D. Tomás Romay, que recogieron al paso.

El Capitán General los hizo subir á la sala.

—Tengo oído que quieren Vds. á ese criado como de la familia, dijo á Frasquito.

—Entrañablemente.

—Algo sobre él tenía que hablarles á Vds.; pero será ocioso antes de saber lo que le ha pasado.

—Presumo que dentro de pocos minutos lo sabremos, dijo el Conde de Brisnes, que en sus excursiones nocturnas en compañía de Angelucci, había llegado á creer que en la Capitanía General era fácil descubrir cuanto ocurriese entre los bandidos.

El ayudante del general, que había partido á caballo media hora antes, desde la plaza del Cristo, entró en la sala.

—He visto al negro Bernabé, participó aparte al general.

—¿Cómo está?

—Grave; pero no es caso desesperado del todo, según el médico.

—¿Qué le sucedió?

—Lo encontró la patrulla tendido en tierra, como muerto, y lo llevó al hospital.

—¿Está V. seguro de que fué la patrulla?

El comandante vaciló:

—Tanto como seguro no; pero sí lo estoy de que se halla en el hospital, puesto que lo he visto, como he dicho á V. E.

—Pues llevar á estos señores al hospital, junto con el Doctor Romay.

En los momentos de salir todos, Vives, deteniendo á Frasquito cariñosamente por el brazo, le dijo:

—Tengo antes de todo que advertir á V. una cosa.

—Mande V., mi general.

—¿No es mañana el día fijado por V. para salir en el bergantín *Veloz* con dirección á Guanaja?

—Sí, señor.

—Pues aconsejo á V. que aplace el viaje por algunos días.

—Será V. obedecido. ¿Pero se podrá saber el por qué de la contraorden?

—Sí, señor; á medio día cuando espero, venga V. á verme.

—Estaré á las doce en punto.

El general fué á acostarse, satisfecho de lo que había hecho en el día.

Los demás que estaban con él en la sala, llegaron rápidamente al hospital de San Juan de Dios, anexo á la iglesia de ese nombre.

Sobre una tarima se hallaba tendido sin conocimiento Bernabé. Había recibido una puñalada en la espalda que interesaba el pulmón derecho, según la opinión del médico de aquel hospital.

El Doctor Romay opinó que debía conducirse al paciente á su casa, donde sería

atendido con más esmero que en ninguna otra parte.

El facultativo del establecimiento piadoso objetó:

—No me atrevería á responder de su vida, si se trasladase á otro punto.

—Acabo de recibir unas ambulancias de los Estados Unidos, en que me parece pudiera llevarsele sin peligro: las mandaré, las examinaremos, y si Vd., señor doctor, muda de opinión, lo llevaremos á la casa. Si no, espero que me permitirá V. asistirlo aquí, proporcionándole todos los cuidados especiales que la rica familia de sus amos puede y quiere darle.

—Y que no faltarán á los demás enfermos, mientras él esté en el hospital, si no se admiten preferencias á nadie, añadió Frasquito.

—No se rechazan en rigor, puesto que hay sala de preferencia, repuso el médico.

—Aún cuando no vendría mal ese recurso más á los infelices dolientes, añadió con voz suave un sacerdote ya anciano, de gran estatura y rostro de varonil belleza.

—¡El obispo Espada! exclamaron todos, saludando con respeto al personaje que había hablado.

—Mi hermana y yo somos tal vez los que más hemos contribuido siempre al sosteni-

miento de este instituto piadoso; pero no tendremos reparo en aumentar los donativos, dijo Agüero.

—¡Aceptado! ¡Aceptado, desde luego, señor D. Francisco! replicó el obispo Espada. Venía yo de la catedral, pasé como de costumbre por el hospital antes de ir á recogerme al Cerro, y veo que estoy de suerte, sobre todo si se cura el enfermo.

En corto tiempo trajo Manuel en un quin la ambulancia, de casa de Romay, y aunque la aceptó el médico como buena, á ruego del Obispo se resolvió que á Bernabé se le llevara su cama al hospital y se le prodigarán todos los cuidados de la casa á que pertenecía, además de los que el propio hospital pudiera darle.

En media hora se colocó al enfermo en condiciones satisfactorias de comodidad, en todo lo que podía apetecerse, dadas las circunstancias. Se instaló allí Manuel, resuelto á no desprenderse del lado de la cama de Bernabé, hasta que no estuviese fuera de cuidado, se hizo venir á la madre de éste, exigiéndole palabra de no llorar ni hacer ruido que lo molestara, y Agüero con su amigo fué á su casa para descansar de las desazones del día y apercibirse á vencer las del siguiente.

El Dr. Romay también se retiró después

de dictar prescripciones que prometió seguir el médico del hospital, en honor de aquel que había sido su maestro, y el excelente Obispo Espada se arrellanó al lado de Manuel para acompañarle gran parte de la noche.

—No se figure V., apreciado amigo y querido discípulo D. Manuel Agüero, que me intereso por el herido y lo velo á causa de saber que halago con ello á una familia opulenta.

—Sé, interrumpió el joven, que algunas veces pasa V. la noche al pié de un infeliz desamparado de todo auxilio, y lo hace sin alardes de piedad, así como procura no echarla de descreído y campechano.

—Cumpló así con los deberes de un obispo, sin exagerar mi celo, ni rebajarlo. Soy liberal de veras, en cuanto esté de acuerdo con mis convicciones y el alto puesto que en la Iglesia ocupó.

—Todos lo sabemos, dijo Manuel.

—Tengo la seguridad de haber servido y seguir sirviendo á la religión y á la causa de la enseñanza en este país, y tranquila mi conciencia en semejante particular, confieso que me preocupa la actual situación de la Isla.

Manuel miró sorprendido á Espada, que continuó:

—Por ello, aprovecho esta ocasión para suplicarle diga á su padre de mi parte, que si quiere seguir mi consejo no salga para Puerto Príncipe, y si desea saber la causa de este propio consejo oficioso, tenga la bondad de preguntármela.

—Sr. Obispo, contestó Manuel, si yo hubiera abrigado la menor duda de la elevación de carácter de V., reconocida por todos los habitantes de Cuba, este rasgo me convencería de mi equivocación lastimosa.

—Gracias, amigo mío.

—Nunca he hablado con mi padre, créalo V., de ciertos asuntos; pero ni se me ha podido esconder que si él se mezclara en ellos, no se creería con el derecho de insinuarme que yo lo siguiera, en el evento de entrañar algún peligro para mí, ni yo he dejado de estar dispuesto á no separarme de él un momento, en ninguna circunstancia, por grave que fuera.

—Muy bien, Manuel.

—Somos inseparables, continuó éste, mi padre y yo, unidos como estamos por un afecto sin límites, estrechado cada vez más por el recuerdo de mi madre y por el cariño que profesa á la mujer con quien V. sabe que voy á unirme. V., señor Obispo, que me echará la bendición nupcial, está enterado de lo sucedido, y sabe el mal que habría oca-

sionado la desgracia de tres seres, si este amigo del alma moribundo, el leal Bernabé, no me hubiese mostrado á tiempo la realidad de las cosas. Lo que haga mi padre, lo haré yo, cierto de no cometer ningún crimen.

El Obispo siguió haciendo movimientos de aprobación.

—No sé porqué se tiene la creencia, continuó Manuel, de que él se halla comprometido en sucesos políticos relacionados con Puerto Príncipe. Es posible que en esta tierra de esclavos surjan espontáneamente los delatores. Yo nunca he averiguado nada, en este particular. Créalo V., aún cuando seguramente me juzga V. con prevención por suponerme excéptico en materias religiosas. Mañana á primera hora le comunicaré el noble recado de V.

El Obispo, que había dado algunas muestras de agrado, mientras fumaba un cigarrillo sujeto por elegantes tenacillas de oro, que manejaba luciendo una blanca y aristocrática mano, dijo:

—Gracias, mi buen amigo, el mejor de mis discípulos. Y ahora voy á hacerle una pregunta que está V. en libertad de no contestar. ¿Qué opinión tiene su padre del general don Francisco Dionisio Vives, Capitán General de Cuba.

—Me parece, señor, que muy buena:

Juzga, á lo que pienso, que cumple con el deber impuesto por su cargo, y me consta que ha influido mucho en su espíritu la conducta que Vives ha observado con él. Añadiré más aún, en la seguridad de que mi padre, si me oyera, no me juzgaría indiscreto. El general acaba de indicarle lo mismo que V. le aconseja; que nosalga mañana para Guanaja.

—La fiebre cede, dijo el médico, tomando el pulso á Bernabé. Tal vez no tenga ninguna novedad grave el enfermo, á las tres de la mañana.

El Obispo Espada se despidió, y escoltado por un piquete de lanceros, llegó en su coche en pocos minutos á su quinta del Cerro, por una calzada en mejor estado que la de ahora.

EL CONSEJO DE VIVES

A las doce del día en punto entraba Frasquito en el despacho del Capitán General de la Isla.

—¿Viene usted á saber la razón de mi consejo de anoche? le preguntó Vives.

Frasquito se inclinó con un cortés saludo de asentimiento á la pregunta.

—Venga usted á mi lado y siéntese para que nadie nos oiga,—añadió el general.

Obedeciolo Agüero.

Vives se sentó frente á éste, como para observarle la fisonomía.

—Estoy seguro—dijo—de la discreción de usted. Nadie sabe en la Habana lo que voy á comunicarle, y sería sensible que corriera la noticia antes de que pase el día.

—Sentiría que usted titubease en confiar en mi reserva.

—Confío en ella.

Frasquito calló, haciéndose todo oídos.

—Sepa usted, amigo mío—prosiguió el general—que el comodoro Daniels, al mando de la escuadrilla colombiana, recorre ahora las costas de la Isla.

Agüero no pareció sorprenderse.

—Agradeciendo la franqueza de usted,—dijo—le confesaré, con la misma ó mayor, que no lo esperaba tan pronto.

—Con semejante novedad, no me ha parecido prudente que salgan usted y la familia en el *Veloz*, expuestos á que los hagan prisioneros,—manifestó Vives, sin acentuar con ninguna ironía estas palabras.

—Me colma usted de bondades—contestó Frasquito.

—¿Y por qué no esperaba usted tan pronto este acontecimiento?

—¡Señor . . . !

—No conteste usted, si no quiere, á la pregunta. Yo la he dirigido porque ha hecho usted alarde de igual ó mayor franqueza que la mía,—expreso el general con viveza.

Frasquito comprendió que había dado una pifia.

—Con mi exclamación de *¡Señor!*—replicó—quise principiar á decir, que sabiendo

usted tanto como yo, que el movimiento proyectado contra estas costas no puede hacerse, ni se intenta hacer, hasta pasados dos meses, por lo menos, me extrañaba que á usted no le pareciera natural que yo no esperase el movimiento de Daniels, del cual me da usted noticia.

—No confundamos. El movimiento de ahora no es el proyectado para dentro de dos meses.

—Eso es otra cosa, —observó Frasquito.

—Pero ya que á usted le interesa, —continuó Vives—completaré mis nuevas.

—Como usted guste, mi general.

—Esta es una cuestión de pique. Hace pocos meses, nuestro Almirante Laborde, frente á Puerto Cabello, con la fragata *Sabina* y la corbeta *Ceres*, batió á la escuadrilla colombiana, el mismo día que avisté la Habana desde el mar. La *Ceres* apresó entonces á las corbetas enemigas *María Francisca* y *Carabobo*. Ahora han venido los insurgentes y se han llevado á la *Ceres*; pero Laborde los persigue al mando de la fragata *Sabina*, la corbeta *María Luisa* y el bergantín *Belona*, y pronto dará cuenta de ellos, recuperando la corbeta llevada. Si después de este golpe, todavía piensan en agresiones, tengo además listos, en perfecto estado de servicio, el navío *Guerrero*, el *Soberano*, las fragatas

Iberia, el *Zafiro*, la *Ligera* y *María Isabel*, el bergantín *Hércules*, y muchos barcos menores, sin contar con varios de alto bordo, que estoy esperando de España. Esta escuadra bastará para poner á raya á Daniels.

Frasquito se levantó.

—No me moveré de la Habana hasta que usted no me dé licencia,—dijo despidiéndose.

—Quiere esto significar—interrogó Vives,—que usted persiste de todas maneras en ir á su ingenio *La Caridad*?

—Tengo que preparar la zafra, hacer pagos y cobros importantes en la finca, y no debo prescindir de esto, si no determino arruinarme, y lo que es peor arruinar á mi familia.

—Siento mucho, Sr. Agüero, que se halle usted en esa posición.

—Y yo . más todavía,—contestó Frasquito.

—Dígame usted, tocayo, antes de marcharse: ¿en qué paró el criado de usted herido anoche?

—Lo acabo de dejar en casa con algunas esperanzas de que se salve.

—¿Y qué tal hombre es?

—Muy instruido y muy bueno.

En tanto Da Mercedes y María, Catalina, Manuel y el Conde de Brisnes, rodeaban

en una habitación del piso bajo de la casa de Agüero, á Bernabé, mientras que tirada en un rincón yacía una hermosa mujer negra, sufriendo el mayor de los dolores, el de una madre que cree perder á su hijo.

Suponiendo llegada la hora de llevarse muerto á Bernabé, la infeliz se levantó para volver á caer desplomada; pero pronto se irguió de nuevo, y acercándose al Conde, le dijo:

—La primera víctima fué Cármen, la segunda mi hijo. Faltan muchas más. Ese hombre no se cansará de matar munca. ¿A quién le tocará ahora, Dios mío?

EL BORRACHO

La casa del Conde de Consalvo estaba respirando contento y tranquilidad: tranquilidad, precisamente porque él no se hallaba nunca allí; contento, por la proximidad del matrimonio de Catalina, y á ésta tanto como á su madre, á su abuelo y al resto de la familia no les cabía la dicha en el cuerpo, comunicándose á los criados la satisfacción, que repercutía por último hasta en el perro y el gato, los cuales parecían comprender la llegada de buenos tiempos, notando las mayores atenciones que recibían.

Las mismas rosas de la reata se ostentaban más bellas y alegres que sus antecesoras, como agradecidas del esmero con que se las cultivaba; y el mismo regañón D. Juan

Gil creía notar que el rostro adusto de Frasquito y el impassible del Conde de Brisnes, se convertían en placenteros al entrar en aquella residencia, cuya elegancia y lujo eran el aseo y el orden.

Una mañana se presentaron estos dos personajes con el objeto de llenar una formalidad imprescindible para efectuar el matrimonio: pedir el permiso al padre de la novia, con el cual no se había contado.

Casimiro, negro criado de Da Mercedes, que tenía la misión de servir al Conde de Consalvo, iba todos los días varias veces á la casa de la condesa: á las horas de almuerzo y de la comida, para llevarle el uno y la otra, y por la mañana á dejar la ropa sucia y á llevarse la limpia del amo, que la misma Condesa le tenía siempre cosida y en buen estado, cuidando al mismo tiempo de que el sastre reemplazara oportunamente las piezas de manga y de que el sombrerero no lo dejara nunca desprovisto del apéndice del traje masculino para cubrir la cabeza; todo lo cual constituía uno de los renglones más costosos del gasto habitual de la familia.

Con tal motivo era el Conde de Consalvo el beodo mejor vestido de la Habana.

En medio de su vida lastimosa, pudo saber que su hija se casaba, y significó claramente por conducto de Casimiro, que estaba

dispuesto á no permitir que se prescindiese del trámite social y legal de solicitar su autorización al enlace.

Agüero le escribió que había ido repetidas ocasiones con tal objeto á la casa del Conde de Consalvo, no encontrándolo nunca en ella. La contestación fué verbal, encomendada al criado. Consistía en que estaría allí á las siete de la mañana del día siguiente. Verlo era el objeto de la visita de Frasquito y el Conde de Brisnes, á la cual se ha aludido.

A las siete y media en punto entró por primera vez en su casa el Conde de Consalvo, puesto que la abandonada por él, años atrás, separándose de su familia, era la casa solariega, caída poco después en manos de los acreedores.

Y entró con paso ligero y erguida la frente, saludando á todos sin mirar á nadie y sentándose con mucho desembarazo en un sillón de la sala.

D. Gil, al ver á su yerno, que trascendía á ginebra, exclamó:

—No le entro á palos por consideración á mi hija.

Catalina y la Condesa se metieron llorando en un aposento. Frasquito y el Conde se adelantaron hacia Consalvo, seguidos de un escribano con su escribiente; se realizó

la petición, contestando el padre de la novia afirmativamente, se extendió el acta, y el último salió de su casa tan tieso y tan de prisa como había entrado en ella, sin saludar tampoco de modo directo á nadie.

Llegado á la calle contuvo el paso, no pudiendo continuarlo de cansancio, y con el apoyo de Casimiro se dirigió al cercano *Café de Tabernas*, en donde se instaló en su mesa habitual y se le sirvió una dosis de ginebra, y otra, y otra, y otra, hasta que allá á las diez de la mañana Casimiro se lo llevó como pudo á un zaquizamí á cuya puerta los esperaba una mujer parda, nada gruesa, de seno caído, medio desnuda, desaseada y fea de remate, con más de cincuenta años por añadidura.

—¿Ya dió el permiso? preguntó con voz chillona al negro.

—Ya: contestó éste.

—¿Y no le dieron nada?

—Nada.

—Pues oye, Casimiro, deja á ése tendido en el catre, vuelve ahora mismo allá y dile á la Condesa que mande cuando menos seis onzas, sin contar con el remojo del día de la boda.

El negro se apresuró á obedecerla, y se presentó á la Condesa en el instante en que ésta refería á Manuel la triste escena que había pasado por la mañana.

No tuvo necesidad Casimiro de dar el recado. Antes de abrir él la boca, habían comprendido la Condesa y Manuel el objeto de la misiva, y el hermoso joven, sacando cabalmente seis onzas de la bolsa, las entregó al criado, quien se las llevó en el acto á Rosalía, que tal era el nombre de la parda concubina del Conde de Consalvo, reputada por la mejor bailadora de zapateo, caringa y contradanza que había en la Habana y sus contornos. Esos eran sus encantos.

XXIII

LA TRISTEZA DE LA ALEGRÍA

Estos incidentes, como era natural, cambiaron en tristeza la alegría con que amaneció la casa.

—No hay que dejar entrada libre á la pena, exclamó Frasquito: no existen motivos para desesperar. Grande es la desgracia que ese pobre hombre ha echado con sus vicios sobre sí y sobre su familia; pero al que se porta bien lo consuela la conciencia. Las desventuras inevitables no producidas por nuestras propias faltas, sino por las ajenas ó por la fatalidad, no deben abatir á ningún espíritu.

Agüero pronunció estas palabras como si hablara consigo mismo.

Y agregó:

—Además, ¿qué os falta para ser felices?

Teneis salud, sois jóvenes, no careceis de fortuna, os amais desde niños. No puede haber mejor comienzo para la vida.

Después de una pausa, reunida toda la familia en el jardín á la sombra de una hermosa parra, Agüero añadió:

—Soy de opinión que, en vista de haberse aplazado el viaje á *La Caridad*, estos muchachos deben casarse dentro de pocos días, sin esperar á la vuelta del bergantín, ni vulgarmente á los exámenes de la licenciatura de derecho, ni al recibo del *trousseau*. El Obispo Espada es de mi parecer. Consúltese la interesada más directa con la madre y el abuelo. Mi voto ya está dado.

En aquel instante avisaron que estaba el almuerzo servido, y la casa recuperó la alegría de las primeras horas de la mañana.

No fué, sin embargo, el almuerzo ruidoso. La felicidad es seria y callada.

El Sr. Gil, por su parte, no abría por lo regular los labios sino para dar paso á alguna geniada. Su hija la Condesa había casi perdido la costumbre de hablar desde la explosión de los vicios que llevaron á su marido á la ignominia; Frasquito y el de Brisnes tenían inquietudes de las que piden silencio, y los novios cuando ven al altar cerca se vuelven mudos.

Catalina, sobre todo, decidora de suyo,

no tuvo ni una palabra que animara ó promoviera la conversación en la mesa.

Acabado el almuerzo y levantados los manteles, Manuel se sentó al piano, cuyo instrumento dominaba.

Era aquella la época en que el mejor músico de los cantantes y el mejor cantante de los músicos, el inmortal tenor Manuel García, se hallaba en el apogeo de su gloria. Todo lo suyo estaba de moda. Lo que cantaba se repetía en el mundo entero: en Roma, Milán, París, Viena, Londres, Nueva York y hasta en la Habana. En Madrid principalmente y Sevilla, su patria, lo que procedía del cantor insigne, padre de la que fué la Malibrán, causaba delirio. Se le esperaba entonces en la capital de Cuba.

El joven Agüero había recibido una preciosa canción española de Manuel García, *El Bajelito*, cuyos versos podían aplicarse por los novios al bergantín *Veloz* que los esperaba para llevarlos al Camagüey, estirando el sentido de las palabras con la fuerza y la elasticidad suprema de la buena voluntad. La cantó magistralmente, y se rompió el maleficio que parecía tenerlos á todos tristes.

Los aplausos fueron tan entusiastas como los que el autor habría alcanzado, y se pidió la repetición, que obtuvo redobladas aclamaciones.

En honor de Manuel García cantó también su tocayo Agüero la serenata del *Barbero de Sevilla* que aquel hizo por encargo de Rossini.

Hasta el Conde de Brisnes, rompiendo su habitual indiferencia, cantó con animación extraordinaria y la gracia cómica de su tierra el duo de *Elixir de Amor*, en compañía de Catalina; cayéndosele la baba á Don Gil y á Frasquito, cada vez que decía: *questa povera innamorata a bisogno del liquore*.

Solo una persona no reía: la madre de Catalina, á quien corrían chorros de lágrimas por los carrillos cada vez que miraba á la hija de sus entrañas.

Hecha á la hiel del desengaño no podía saborear la dulzura de la esperanza.

XXIV

BERNABE Y EL JURISTA.

Al otro día de la resolución tomada por Frasquito de apresurar el matrimonio de su hijo para que se llevara á efecto por lo menos en el plazo de una semana, Bernabé fué declarado fuera de peligro, con la prescripción de que hablara poco.

Manuel y el conde de Brisnes que se reemplazaban día y noche en la asistencia del noble é inteligente etiope, dieron aviso á Frasquito, como con él tenían convenido, de la declaración del médico.

Entró Agüero en el cuarto de su antiguo esclavo, y le preguntó, recomendándole el mayor laconismo en sus respuestas:

—¿Me juras que Esteban no ha tenido nada que ver con la herida que has recibido?

—Lo juro por Dios y por esa madre que ahora no está aquí porque ésta es la primera vez que se aparta de mi lado y que cierra los ojos para dormir, desde hace quince días.

—¿Cómo ocurrió el lance?

—De una manera casual é inesperada. Pasaron por la puerta de la logia *Los Soles* varios marineros ingleses enteramente borrachos, me agolpearon, me defendí, estropeando á tres, y uno que sacó una faca me la enterró por la espalda.

—¿Estás cierto de que eran los tripulantes de fragata que el juez te ha presentado?

—Enteramente cierto.

—¿Cómo sabes que eran ingleses?

—Porque la cuestión principió trabándose de palabras con ellos, y yo no me equivoco al juzgar si los que hablan inglés son ingleses.

—Es verdad, dijo Frasquito; conoces ese idioma como un londonense.

—La fragata que los trajo á la Habana había fondeado media hora antes, y no es posible imaginar que pudieran haberse puesto de acuerdo ni con Esteban ni con nadie para asesinar me, mucho más cuando el capitán del barco asegura que son hombres honrados y que los conoce como tales desde hace tiempo.

—Bueno, Bernabé. La creencia de todos

nosotros fué al principio que Esteban había querido librarse de tí; pero averiguados los hechos lo juzgamos inocente de la acusación que le hacíamos. Ahora no sigas hablando y á curarte pronto.

El negro hizo con la punta de los dedos seña á Frasquito de que se acercara y dijo:

—Sin embargo, conviene no descuidarse.

Manuel y el Conde que habían presenciado la entrevista, aprobaron la advertencia de Bernabé.

Vigilaba Esteban por todos los medios imaginables la *casa de Catalina*, como generalmente se llamaba á la que residía la novia de Manuel, y algunas veces haciéndose el enconradizo con Casimiro lo pillaba al vuelo para sacarle alguna noticia ó confirmar otra.

El negro esclavo, por su parte, se hacía el remolón y el bobo, sin soltar prenda hasta no coger una ó más pesetas y en las grandes ocasiones hasta un peso.

Por este medio averiguó Esteban lo ocurrido cuando el conde de Consalvo, dirigido por Rosario, representó medio ébrio la comedia en la sala de su esposa de conceder la mano de Catalina, y lo más interesante aún, la resolución tomada por Frasquito de que el matrimonio se efectuara sin demora.

Pocas horas después estaba Esteban, (con-

de de novísima proclamación) en las escribanías de palacio, disfrazado hábilmente, hablando con el mismo abogado de otras veces.

—¿Quiere decir que si el matrimonio se efectúa, se pierde todo? le preguntó en voz tan baja que apenas si pudo oírla el abogado.

—La posibilidad de prole todo lo trastorna, contestó el de los ojos saltones y movedizos.

—Está bien, exclamó Esteban dando un gruñido de jabalí y desapareció en el acto.

El jurista dijo para sus adentros: «Si sabes hacer las cosas tendremos millones: si no lo sabes irás al palo.»

LA SEÑORA HERMANA DE AGÜERO

El general Vives había echado una siesta canónica y se hallaba muy bien de cuerpo y espíritu. Perfectamente acicalado, consultó su magnífico reloj cronómetro de French, que él mismo había comprado en Londres.

Eran las tres de la tarde. Al señalar el minutero esa hora entró el criado Claudio.

—¿Está allí ese caballero?, le preguntó.

—¿Está, Excelentísimo señor.

—Hazlo pasar adelante.

Esteban se presentó más cambiado que nunca.

El mismo general que sabía por experiencia como se metamorfoseaba, dudó que fuese él.

—¿Está usted seguro, de que es usted el que yo espero?, le preguntó.

—Tan seguro como lo estaba, mi general, de que iba V. E. á dirigirme esa pregunta, replicó Esteban con su voz natural tan conocida de Vives.

—Siéntese usted, buen amigo, y dígame lo que hoy me trae.

—Algo interesante.

—Pues no perdamos tiempo.

—Mi general, prorrumpió Esteban con voz cortada; vengo á pedir á V. E. un nuevo favor mucho más importante para mí que todos los que ya me ha concedido,

—Muy importante debe de ser entonces, interrumpió Vives, porque el del condado no dejaba de serlo.

Esteban contestó algo mohino:

—Por las palabras de V. E. veo que no está muy dispuesto á seguir concediéndome favores y comprendo que debo dejar mi petición para otro día.

—¡No! ¡No! ¡Hable usted!, dijo el general. Nunca he estado de tan buen humor como hoy. Si mis expresiones las ha interpretado usted como hijas de la intención de echar á usted en cara favores para autorizar una negativa, no me haga usted caso. Voy á confesarle que mi educación fué muy descuidada y mis ulteriores estudios en los libros escritos y en los de la experiencia no han conseguido quitarme la rudeza de mis pri-

meros años. Pídame usted lo que quiera, y si es posible otorgarlo será otorgado.

Esto fué dicho con tal sinceridad que Esteban se animó y dijo:

—Mi atrevimiento llega hasta el extremo de rogar á V. E. que hable á favor mío con Da Mercedes para que consienta en mi matrimonio con su hija.

Al general le dió la tosecita larga y pertinaz que solía acometerle cada vez que le exigían respuesta de pronto sobre un asunto que necesitaba reflexión detenida.

Las informaciones que de Esteban obtenía eran inapreciables. Las que esperaba de él en aquellos días entrañaban un interés inmenso. Al delator lo guiaba otro interés: el de realizar su plan de casarse con María, y si lograba su objeto era por lo ménos dudoso que le conviniese seguir prestando servicios al gobierno. Lo mejor en tal situación debía ser impedir los proyectos de Esteban, mientras éste no hiciera todas las revelaciones que se necesitaban, manteniéndolo engañado al propio tiempo.

Esto lo pensó Vives durante el minuto en que tosía.

—¡Concedido! ¡Concedido!, exclamó: esta tarde pediré á Da Mercedes la blanca mano de la niña.

Hubo enseguida un rato de silencio.

Vives fijó sus grandes ojos penetrantes en los pequeñuelos de su interlocutor, advirtiendo en ellos señales de agradecimiento y de complacencia inefable.

Poco á poco la expresión de esos ojitos fué variando y se convirtió en melancólica.

—¿Cuándo sabré el resultado de la entrevista, mi general?

—Mañana á estas horas.

—Hasta mañana, mi general.

—Hasta mañana.

—Este se figura que me maneja á su antojo, pensó Vives cuando se fué el denunciante.

En seguida llamó al criado y le dijo con rápidas palabras:

—Claudio; que se redoble la vigilancia sobre este hombre y no se le pierdan piés ni pisadas.

Claudio desapareció corriendo.

A las cuatro estaba ya el general en casa de Agüero á pedir en nombre de Esteban la mano de María á Da Mercedes.

Esta que había tenido aviso de palacio, pocos minutos antes, de la visita, lo recibió en la sala con toda ceremonia, desfundados los muebles y cubiertas las mesas de flores.

El Capitán General iba de gala.

La señora demostraba en su demacrado rostro y la expresión de sus ojos el sufri-

miento que le roía el alma; pero mantenía la frente levantada.

—Presumo á lo que usted viene, General, le dijo; y guardándole todos los respetos que debo á la autoridad y al caballero, procuraré responderle si salen ciertos mis temores.

No era hombre Vives que dejase pasar el incidente sin averiguar cómo sabía doña Mercedes lo que él iba á decirle; pero en un instante lo comprendió todo. Esteban enteró á María, y Da Mercedes directa ó indirectamente supo la promesa del general de pedir á la chica.

—Pues si sabe V. lo que vengo á pedirle, dijo ¿por qué no ahorra V. trámites, señora, y me dá una respuesta categórica?

—Si viene V. á pedirme mi hija para el conde de . . . no recuerdo el título, pero le daré su nombre de bautismo, para Esteban, me apresuro á manifestarle que nunca consentiré en semejante matrimonio, y que estoy dispuesta á impedirlo con todos los recursos que me conceden las leyes.

—Señora, respondió Vives con acento cariñoso: la felicito á V. sinceramente por su actitud digna. Yo pensé aconsejarle á V. la negativa dada espontáneamente por V.; pero tuve sospechas de que en el ánimo de V. influyera el nombramiento del *Diario* y el

favor oficial de que aparecía revestido el pretendiente, y quise poner á prueba el temple de alma de V.

—Los timbres aristocráticos de Esteban; la legitimidad de sus títulos, los respeto, mi general; pero conozco tan á fondo al que los ha heredado, que no puedo tratarle sino con desprecio y espanto.

—Pues bien, señora Da Mercedes, yo estaba decidido á hacerla desistir á V. de su consentimiento á esa unión, si la hubiera encontrado dispuesta á darlo; pero ya que la veo á V. resuelta á negarlo, debo quitarle hasta la idea de que renuncia á un yerno noble; porque esos papeles publicados en el *Diario* son apócrifos: guárdeme V. el secreto por algunos meses.

Da Mercedes miró con expresión de loca á Vives, no pudiendo comprender las contradicciones en que él incurría con sus hechos y sus palabras.

—No puede V. comprenderme y tiene V. razón, señora, continuó el general; pero sepa V. que cumplo con un deber religioso al participarle la verdad de lo que pasa. Por lo demás, la posteridad solo podrá juzgarme.

—Me deja V. en confusiones . . .

—En resumen, no la dejo á V. en confusión ninguna. Cada vez que V. me necesite

para impedir esa unión, acuda á mí; pero, cuide V. á su hija.

El Capitán General concluyó aquí la entrevista.

Aquella noche recibió Esteban la siguiente carta, trazada con letra buena y cursiva.

«Esteban de mi alma:

Ha venido el General á pedirme en tu nombre, como me lo anunciaste. Mamá le contestó que ni ahora ni nunca consentiría en mi matrimonio contigo, por noble que seas. No sé pormenores de la entrevista ni espero poder averiguarlos; pero me consta que la negativa fué terminante.

Atiende bien á lo que te digo. Cuando supe que eras tan noble ó más que yo, y ví publicado en el *Diario* tu título, lo sentí porque yo te he querido por tí mismo, por tus méritos, por la humillación en que te tenían. Hoy te veo en alta posición, y si hubiera podido disminuir un amor como el mío habría menguado. Ahora te juro, sin embargo, como siempre, que en todo lo que hagas por la justicia para casarnos estaré á tu lado. Cuenta con mi fidelidad invencible.

MARIA.»

A las cuatro de la tarde del siguiente día

estaba Esteban disfrazado, como la víspera, en el cuarto de Vives.

—Supongo, le dijo el General, que estará V. enterado de la rotunda negativa de Da Mercedes.

—Eso no quita el agradecimiento que me inspiró el honor que V. E. me ha dispensado.

Vives fijó con la misma insistencia que el día anterior sus grandes ojos en los chiquitos de Esteban, y creyó que éste no le hablaba con malicia.

--¿Usted sabe todo lo que pasó en la entrevista?

—Solo que V. E. me enaltecíó y la señora me desprimió, contestó con naturalidad Esteban, el cual no sabía realmente nada de lo que Vives hubo de decir sobre él á doña Mercedes.

XXVI

LA LEVITA DE ESTEBAN

—Ahora, amigo, dijo el general: ¿qué otra cosa desea V. de mí?

—¡Señor! contestó Esteban con aire compungido sacando un paquete de papeles cuidadosamente envuelto. ¡Señor! repitió en voz llorosa: entregaré á V. E. estos documentos solo con la prévia promesa de que por completas y terminantes que sean las pruebas en ellos contenidas de la culpabilidad de mi padre adoptivo D. Francisco de Agüero, V. E. no lo castigará con la pérdida de la vida.

Aquí el informante rompió en sollozos.

—Lo prometo, respondió Vives.

Esteban le entregó el paquete.

El General sospechó que al maligno hi-

jo adoptivo de D. Francisco, por venganza, ó siniestros planes, le convenía que éste desapareciera de la escena muriendo ó perdiendo los derechos civiles, y le dijo, recalcando las últimas palabras:

—Para tranquilizarlo á V. le manifiesto que haré lo que á V. *mas le convenga*.

Salió del cuarto Esteban con las lágrimas en los ojos y Vives abrió el paquete.

Su contenido era muy interesante sin duda. Leyólo con atención el Capitán General, y algunas partes las releyó varias veces quedando muy satisfecho.

—No hay duda, dijo para sus adentros; este tunante será todo lo malo que se quiera; pero presta inmensos servicios: lo de Puerto Príncipe tiene más importancia que lo de aquí; y si no completo mis datos con estos, tal vez se me vá de las manos la Isla de Cuba.

Tocó en seguida una campanilla.

Claudio se presentó.

—Vuelve á referirme el resultado de la vigilancia redoblada sobre este hombre.

—Es muy breve de contar. No se le ha visto hablar con nadie, ni entrar en ninguna casa, ni que nadie entrara en la suya.

—Bien. Continuar la vigilancia. Y que se obtengan mejores resultados; añadió Vives.

Claudio dijo:

—Si ese hombre ha traído papeles, los habrá tenido en el bolsillo desde hace más de veinticuatro horas.

—¿Y si los guardaba en algún punto en su casa?

—No es posible: toda su casa se ha registrado, sin exceptuar nada de lo que había en ella, menos su levita que él guarda sigilosamente.

—¿Y quién lo vigila en su casa?

—Su criado, que es mi hermano, y de quien respondo con mi vida.

—Pues recomiéndale que si falta por registrar la levita el servicio es incompleto.

Claudio comprendió que á su amo se le había pasado la incomodidad.

—Se completará el servicio, dijo, y saludando lentamente se retiró.

—Aguarda, Claudio, exclamó el jefe.

El criado se volvió, poniéndose con los brazos cruzados delante de Vives, quien le dió esta orden:

—Avisale de mi parte al señor Cónsul francés que me haga el favor de venir á verme: ¡oye! que nadie oiga el recado ni vea darlo.

Claudio saludó para irse.

—¡Espérate! añadió el General. Del mis-

mo modo le das igual recado al señor Alcalde D. Juan Ferrety.

Claudio bajó la cabeza, como diciendo que obedecería lo que se le mandaba; pero no hizo ningún movimiento, y preguntó:

—¿No manda S. E. otra cosa?

—Nada más.

El fiel servidor se fué.

LOS CUIDADOS DE VIVES

A los pocos minutos un ayudante de campo anunció la visita del Cónsul francés.

—Que entre en el acto, respondió el General.

Angelucci apareció pronto con su amable sonrisa.

—Siéntese V. aquí á mi lado, señor Angelucci, dijo la primera autoridad de la Isla.

El que se titulaba modestamente Inspector General del Comercio francés en la Habana se sentó al lado del Capitán General.

—He leído, le dijo éste, las tres comunicaciones oficiales que V. me trajo esta mañana y deseo hablar con V. sobre ellas.

—Estoy á sus órdenes, mi general.

—La primera comunicación se reduce á

la copia del pliego recibido por V. de la Subsecretaría del Ministerio de Estado de Francia, indicándole que habiendo variado en España el gobierno de las Cortes, con la restauración del legítimo monarca D. Fernando VII, mediante el auxilio militar del Rey de Francia, éste no consideraría completa su obra, si en Cuba no cesaba inmediatamente el acatamiento al régimen existente antes de la misma restauración, y que como por las noticias de esta isla dadas por V. se sigue acatando aquí ese régimen caído, Francia se consideraría obligada á compelerme con la fuerza de las armas á proclamar al Rey Fernando y á la Regencia establecida por la intervención del Duque de Angulema, á cuyo efecto se daban órdenes terminantes al almirante Bergeret, que se halla al mando de una formidable escuadra en la Barbada, y al conde de Doncelot, Gobernador de la Martinica.

¿Es esto lo que dice la comunicación que ha tenido V. la bondad de poner en mi conocimiento, señor Angelucci?

—Exactamente, mi general, replicó el francés amablemente.

Las otras dos comunicaciones, continuó Vives, son, una del mencionado almirante y otra del mismo Gobernador de la Martinica, expresándose en iguales conceptos y mani-

festándome el profundo sentimiento que les causaría el verse obligados á restituir por la fuerza de las armas al Rey D. Fernando en esta parte de sus dominios. •

—Todo eso es verdad, y yo ruego á V. me responda de una manera perentoria, para salir sin tardanza del territorio, si la contestación no es favorable, y no ha de estar acompañada por el hecho de la proclamación de D. Fernando y la cesación del sistema constitucional que ya ha cesado en la Península.

—Afortunadamente, señor Cónsul, replicó Vives; ha dado la casualidad de que medien entre nosotros relaciones personales amistosas, porque de no ser así la conminación á que se pretende sujetarme produciría un conflicto sangriento. Yo no soy en este país un gobernador de un partido liberal, aunque éste subsistía en la Península cuando se me obligó á ocupar la Capitanía General de Cuba: soy un funcionario del Gobierno existente en España, y mientras el Gobierno existente en España, cualquiera que sea, no me de órdenes, no obedeceré otras, ni mucho menos las que me comuniquen naciones extranjeras.

—¿Es ésta la contestación categórica de V., mi general?

—Esta es, sintiendo tanto más la situa-

ción que se me impone de rechazar la fuerza con la fuerza, cuanto que V. mismo sabe cómo voy preparando la época del orden.

—Voyme á casa, si usted me lo permite, á arreglar mis papeles consulares y mi equipaje para mandar la contestación de usted, según se me notifica de orden superior, al almirante Bergeret y al conde de Doncelot, y salir de esta tierra.

—Puede hacer usted lo que guste, señor Angelucci; pero antes desearía que me aconsejara usted con su lealtad acostumbrada, lo que en estas difícilísimas circunstancias debo hacer con su amigo y consejero el conde de Brisnes.

—Daré mi opinión franca y leal.

—El Sr. de Agüero sigue dándome motivos de intranquilidad, á pesar de sus promesas. El conde de Brisnes es su mejor amigo y lo ayudará siempre. Esta complicación nueva que puede traer dentro de pocos días á Santiago de Cuba ó á la Habana la escuadra francesa de estación en la Barbada y los diez mil hombres de desembarco que reunirá el conde de Doncelot, podrá ser aprovechada por los revolucionarios, y el conde de Brisnes no es hombre á quien deba permitirse impúnemente lo que se le antoje. Ya vengán á guerrear sin necesidad los franceses, ya desembarquen los colombianos

y mejicanos gente de combate, ya promuevan graves disgustos los masones, comuneros y carbonarios, siempre será peligrosa aquí la presencia de Brisnes.

—Señor, contestó Angelucci, usted es humano; el de Brisnes es un viejo que sirve de útil mentor á D. Francisco de Agüero, á quien siempre aconseja que siga los consejos de usted.

—Pero si Agüero se decide, como lo estoy viendo, á no seguirlos . . .

—Se sacrificará por él y con él, pero siempre protextando de que se interrumpa aquí el orden.

—Respeto mucho el parecer de usted; pero no puedo decidirme á pensar que ese hombre se resigne á una situación pasiva, cuando lo natural es que viendo la imposibilidad de impedir las tentativas de su amigo, resuelva ayudarlas . . .

—Señor General . . .

—No puede usted convencerme, dijo Vives, añadiendo para cortar el punto: hágame usted el favor de comunicarle verbalmente de mi parte que le ruego salga dentro de veinte y cuatro horas de la Isla para no volver á ella sin mi consentimiento.

—Será usted complacido, mi general, contestó Angelucci.

—Vuelva usted á despedirse, mi buen

amigo, le dijo Vives, dándole la mano con afecto.

El cónsul se la apretó cordialmente y salió de palacio.

Claudio entró en el aposento y anunció á su amo.

—Aquí está el señor Alcalde D. Juan Ferrety.

Entró un señor grueso y bien parecido.

Acercóse á él Vives, obligándole á sentarse y sentándose á su lado.

—Espero sus órdenes, mi general, dijo el recién llegado.

—Queda usted encargado, como hemos convenido, en prender á los conspiradores.

—Muy bien. ¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Tengo la gente lista?

—Se pondrá á las órdenes de usted don Domingo Armona, que además de su partida dispone de cien hombres de tropa escogidos.

—Esto alarmará á los conspiradores y se escapan.

—Los soldados no llamarán la atención porque irán completamente disfrazados.

—¿Puede usted decirme la lista?

—¿De los nombres de los soldados? Esta es innecesaria para usted, señor Alcalde.

—No, respondió éste, de los conspiradores.

—Aquí tiene usted copia exacta de la que usted me dió, contestó el general alargándole un pliego.

—Me atrevo (expresó tímidamente Ferrery) á preguntar si al regidor de la Habana D. Francisco Garay se le prende de la misma manera que á los demás.

—De igual manera.

—¿No hay más instrucciones?

—Sí. Debe asegurarse especialmente á D. José Francisco Lemus y al italiano Bion, que son de armas tomar.

Apenas salió, se presentó rápidamente Claudio.

—¡Corre! ¡corre! le dijo el general; no perder de vista á éste. ¡Mucho cuidado!

Claudio que era en realidad el jefe de la policía secreta de Vives, salió á buen paso.

XXVIII

PIÑERES.

Entró en esto un ayudante, y dijo:

—Mi general, un viejo harapiento que asegura llamarse D. Tomás Piñeres, manifiesta que ha recibido aviso de V. E. para que se presente á V. E.

—Que pase adelante.

El harapiento anciano, con paso débil y tembloroso, pero con mirada vivaz y altiva frente, se adelantó hasta colocarse faz á faz del Capitán General de la Isla.

—Siéntese usted, señor presbítero, le dijo Vives, levantándose y ofreciéndole un sillón solícitamente.

—Agradezco y acepto la atención de S. E., contestó Piñeres, sentándose.

—Le he llamado á usted, Sr. D. Tomás

Piñeres y Gutiérrez, porque espero su ayuda eficaz en las circunstancias difíciles en que me encuentro.

—Yo no puedo ayudar á nadie, general, replicó el viejo, porque tengo un pié en la sepultura y soy muy pobre; pero si estuviera en condiciones de ayudarle, puede V. E. creer que no lo haría, por impedírmelo mis creencias republicanas, no viendo yo en usted más que un representante de la monarquía.

—Pues á pesar de esa respuesta, que le honra á usted, no renunció á conseguir su auxilio.

—Vucencia verá . . .

—Suprime usted el tratamiento; se lo suplico.

—Verá usted, mi general, prosiguió Piñeres, que el deseo de usted es de realización imposible.

—Oígame usted sin prevenciones.

—Oigo.

—En primer lugar, no soy representante de la monarquía, sino de España. He venido á Cuba nombrado por la Junta Central y por las Cortes.

—Pero después que ellas han caído sigue usted en el poder.

—Sigo, y la Constitución está vigente en Cuba.

—Lo cual no quita que cuando reciba Vd. comunicaciones del nuevo gobierno, suprima V. la constitución como mueble inútil, según se hizo en 1814.

—Claro es; pero siempre representaré en la Isla á España.

—No á la España liberal que es para mí la única.

—A España, liberal ó retrógada.

—Ya ve V. mi general que en este punto no estamos de acuerdo.

—Se figura usted padre Piñeres, contestó dulcemente Vives; pero pronto se convencerá V. de que en esencia lo estamos. ¿Qué pretenden ustedes los liberales?

—Sostener aquí la constitución y obligar la Península á que vuelva á proclamarla, dijo Piñeres con energía.

--Eso es lo que veo en una proclama que se dice escrita por V.

—Y que en efecto he escrito de mi puño y letra, confesó el anciano.

—Esto significa, alegó Vives, que el programa de V. es puramente español, y que ni usted ni sus discípulos pretenden la separación de la Madre Patria.

—No la pretendemos.

—Entonces, dijo el Capitán General; tiene V. un propósito distinto por completo al de Peoli, José Francisco Lemus y otros de la

hermandad masónica á que V. pertenece.

—Esos miserables, contestó muy molesto el Presbítero, quieren someterse humildemente al nuevo régimen inconstitucional que se acerca.

—Ya lo vió V. en la última *tenida* de la logia *Los Soles*.

—Sí, es cierto. ¿Y cómo lo sabe V?

—Yo estaba allí disfrazado, con mi derecho de grado treinta y tres.

—¡Infames y cobardes!, gritó con voz ahogada gutural el fanático republicano.

—Pues bien, manifestó Vives con énfasis: esos hermanos masones, serán ó no miserables, infames y cobardes, como dice V., pero sí puedo probarle á V. ahora mismo que solo pretenden arrojar de Cuba á España y á todos los peninsulares.

—Pruébemelo V.

—¿Conoce V. la letra de Don José Francisco Lemus y sus costumbres y carácter?

—Mejor que él mismo. Es mi discípulo predilecto.

—Pues lea V., repuso el general, dándole unos papeles.

El padre Piñeres los leyó y revisó detenidamente, quedando en seguida desmayado, con la cabeza recostada en el espaldar del sillón.

Tocó el general la campanilla, y encargó que llamaran al médico.

Romay acababa de entrar en palacio para hacer su visita cotidiana á Vives.

Reconoció atentamente al padre Piñeres, y dijo al general:

—Este señor tiene un ataque de los que con más frecuencia padece.

—¿De qué?

—De hambre. No tiene ningún alimento en el estómago y la debilidad lo mata.

—Que traigan una gran taza del caldo que hacen para mí y una botella de vino de Chateau Lafitte, del regalado por el cónsul francés!

A los pocos instantes, vuelto en sí el presbítero de hábitos colgados, merced á unas sales que le aplicó á la nariz Romay, tomó con avidez el caldo y el vino, reponiéndose en diez minutos.

—¿Podemos continuar nuestra conversación este hombre y yo, Doctor?, preguntó Vives.

—Sin inconveniente, si ha de ser corta, contestó el médico, y, sobre todo, si se le deja dormir un momento.

Piñeres volvió á recostar la cabeza en el sillón y se quedó dormido un cuarto de hora.

Romay se fué sin decir á Vives que él había hecho condenar á Piñeres por calumnia.

Cuando despertó el presbítero se dió cuenta de lo que había pasado y tomó otro poco de caldo y otro trago de Chateau Lafitte.

—Mejor hubiera sido que no me hubiese usted cuidado, exclamó; pero ya que me ha vuelta V. á la vida, mi general, debo agradecersele.

—¿Recuerda V. los papeles que le dí á leer?, le interrogó Vives.

—Perfectamente.

—En estas circunstancias, amigo Piñeres, calcule V. que ya están en movimiento desde las islas de Barlovento tres navíos de línea, seis fragatas y nueve bergantines franceses con diez mil soldados, para desembarcar en la Habana y hacer aquí lo que Angulema en España: restablecer al rey D. Fernando y quitar la Constitución.

—¡Los batiremos!, gritó Piñeres indignado.

—Por otra parte, continuó diciendo Vives: el comodoro Porter por la costa Norte y el comodoro Daniels por la costa del Sur, me amenazan con desembarcos en combinación con gente de tierra. Yo, al licenciar y pagar á la tropa cumplida, me he quedado con cuatro mil hombres de guarnición para toda la isla.

—¡Tiene V. los nacionales!, dijo Piñeres.

—Pues si V., que dispone de ellos, me

promete los nacionales espontáneamente, he conseguido mi objeto, y puede V., á su vez, contar conmigo.

El general, contemplando á ese hombre casi sin poder andar, á consecuencia de una perlesía, cubierto de girones y sin medios de alimentarse, le dijo:

—Señor Piñeres me honraría V. si aceptara un pequeño recuerdo mío de treinta onzas . . .

Piñeres miró á Vives con amargura y orgullo.

—Eso sí, añadió él último: para que me las pague usted sin falta cuando pueda.

—Es imposible, mi general, que las acepte.

—Pero V. no tiene el derecho de suicidarse ni yo el de no tratar de impedirlo.

—No se asuste V. por mí, Sr. Vives, dijo el viejo: yo recojo todos los días un plato de la sopa del convento que reparten á la puerta del de San Francisco, y es muy buena.

El general juzgó inútil insistir, en la seguridad de que el anciano demagogo no aceptaría de él nada, y se propuso socorrerlo en otras formas.

XXIX

La expulsión de un peligroso Conde

Cuando en la Habana se tuvo noticia del descubrimiento de una conspiración titulada los «Soles de Bolívar» y la prisión de muchos individuos complicados en ella, trama que seguía Vives paso á paso, merced á las revelaciones de Esteban, las cuales coincidían con las posteriores de algún concejal del Ayuntamiento, la alarma fué grande en todos los círculos políticos y con particularidad entre los que más alardeaban de liberalismo.

Al saberse, no obstante, que los jefes no habían caído en manos de los agentes de la autoridad, no faltó quien creyera que el formidable *complot* no estaba del todo descubierto y que podía estallar el día ménos pen-

sado una revolución combinada con enemigos exteriores. Pronto se vió que esos jefes quedaron presos, el uno, acaso el más conspicuo, el comerciante Peoli, dentro de bahía, al salir por la boca del Morro, y el otro, el más popular y conocido, D. José Francisco Lemus, descubierto en Guanabacoa por el famoso funcionario de policía D. Domingo Armona, que tan buenos resultados iba dando en la persecución de malhechores.

Estos presos pertenecían á la jurisdicción militar; pero Vives los entregó á los tribunales, deseoso de no derramar ni una gota de sangre.

Realizado el arresto de Lemus varios días de haberle recomendado á Ferrety, uno de los Alcaldes Municipales el de todos los inclusos en una lista de conjurados en que figuraba aquel en primera línea, el Capitán General hizo llamar á palacio á D. Francisco de Agüero á quien dijo:

—Han acabado, amigo, los inconvenientes que se oponían á su marcha á Guanaja en el bergantín *Veloz*, para atender á los trabajos del ingenio *La Caridad*. Puede V. salir cuando guste.

—¿Le será permitido acompañarme á mi amigo y administrador general de mis bienes el Conde de Brisnes?

—Siento mucho decir á V., contestó Vi-

ves, según he manifestado repetidas veces al cónsul francés, que no puedo consentir más tiempo al Conde en la Isla.

• Mañana sale un buque para Cayo Hueso y otro para la Barbada: hágame V. el favor de preguntarle á cual de los dos puntos prefiere dirigirse para enviarle el correspondiente pasaporte, á ménos que no quiera ir á Cádiz, para cuyo puerto sale pasado mañana una corbeta.

—Pasaré á despedirme de V. dentro de un par de días, y daré ahora su triste recado á mi amigo el Conde de Brisnes, expresó Frasquito con marcado abatimiento.

Cuando desapareció éste del salón, murmuró Vives: ¡Lástima de hombre!

EL MATRIMONIO DE CATALINA.

No había nada más bello en clase de fincas campestres que los cafetales hechos en Cuba á fines del siglo pasado y principios del actual por franceses fugitivos procedentes de Santo Domingo.

Todavía se conservan algunos en la parte de Santiago de Cuba. Los del Limonar, Guamacaro, Alquizar, Artemisa, San Marcos y otros puntos pintorescos más ó menos inmediatos á la Habana y á Matanzas, fueron convirtiéndose en ingenios ó demoliéndose por falta de cultivo, durante la década comenzada en 1840, con motivo del ínfimo precio á que descendió el café entonces, por su aumento de producción en el Brasil, contra el cual no pudo competir en ese ramo la gran Antilla.

El cafetal *La Fé*, comprado por Frasquito á una familia francesa, era uno de los mejores. Su amplia casa de vivienda, donde podían cómodamente alojarse treinta huéspedes, estaba construida por un buen arquitecto. Los tendales ó secaderos eran de hormigón excelente sin solución de continuidad de ninguna especie, como inmensas piedras de mármol enterizas. Los cuadros del «arbus-to sabeo» guardaban unos con otros el mismo nivel cual cortados por un mismo rasero; las cercas, de limón todas, ostentaban la misma uniformidad: las anchurosas guardarayas, unas de cocoteros, otras de palmas, éstas de naranjos, algunas de mangos y las demás de diversos árboles frondosos como el tamarindo, revelaban el empeño de conservar la mayor armonía en el aspecto general de la finca, para que en todo su conjunto simétrico resaltase la delicadeza y hermosura de un extenso jardín de abundantísimas y variadas flores donde predominaban el jazmín y la rosa.

No se notaban allí los accidentados y sorprendentes contrastes del jardín inglés, con sus grutas escondidas, sus lagos, cascadas y bosques y sus arbustos aislados; pero sí se notaba que la simetría de los jardines franceses no solo era el fin estético de los fundadores de la heredad, si no el medio de

facilitar eficazmente los trabajos de la hacienda. Todo estaba en su puesto para el éxito mejor de la industria agrícola á que se dedicaba el establecimiento, y el mayor regalo de los amos, así como la menor fatiga de los esclavos.

Las negras del cafetal *La Fé* usaban por lo general el típico pañuelo de cuadros liado en la cabeza, con lazo á un lado y las puntas atrás, según la costumbre francesa entre las de su clase, sino grandes peinetas de carey los domingos y días de fiesta; pero tanto ellas como sus compañeros de trabajo se conservaban relativamente limpios durante los demás días de la semana, por no ser excesivas sus faenas, que hacían más soportables con sus alegres cantos á coro.

En esa finca y en el ingenio *La Caridad* jugaron juntos en sus primeros años Catalina y Manuel. La casa del cafetal se mandó limpiar y reparar á toda prisa, desde que se decidió el matrimonio, sin esperas ni dilaciones.

En la esquina izquierda del portal mirando hacia el frente de la casa, sentados en sus respectivas sillitas de cuero con tachuelas doradas habían pasado horas enteras los dos niños, tejiendo grandes hojas de palma real para la Virgen y farolitos para adorno de su altar. Al pié de una mata de

güira mató Manuel á un alacrán que iba á picar en una pierna á Catalina. En un tendal se cayó Manuel hiriéndose la frente y quedando una pequeña cicatriz encima de una ceja.

Todos estos lugares de recuerdos nímios se proponían los novios recorrerlos, y tomar la leche al pié de la vaca y comer las naranjas á la sombra del árbol y al pié del coco beber el agua. La condesa de Consalvo se reía como una boba al oírlos y el viejo Señor Gil, cuando pillaba un cachito de estas conversaciones se reía también como un tonto, tratando de hacerse el disimulado para no perder la respetabilidad y el prestigio de abuelo.

El resumen de tales conversaciones fué la declaración hecha francamente por la condesa de que ella no podía estorbar en nada á los novios, acompañándolos al cafetal, mientras allí estuvieran; que el Señor Gil expresó lo mismo respecto á su persona, y que la del muchacho Julián tampoco podía ser enojosa, existiendo la consideración, además, de que una temporada de campo sería para su salud muy conveniente: lo cual quiere decir que se resolvió la traslación de toda la familia á la finca.

Mientras tanto no se daban punto de reposo las modistas encargadas del *trousseau*

de Catalina, y como no se reparaba en gastos por parte de Manuel, pronto estuvo todo listo para la boda.

Confesáronse los novios con el Obispo Espada, y quedó señalado el matrimonio para el siguiente día, en la Catedral, sin ceremonias, ni convidados; pero dándole al acto religioso la mayor solemnidad y señalándolo con obras de beneficencia por indicación del ilustre prelado.

Ya éste había examinado en la Universidad, de que era protector, al joven, haciendo en él una excepción por la circunstancia de ser éste el más notable alumno de derecho del establecimiento; de manera que todo respiraba contento en casa de Catalina.

No se podía decir otro tanto de la de Frasquito, donde sufría profundos y constantes dolores del alma Da Mercedes, por ver en María el angel rebelde, obstinándose la niña en casarse con un hombre de perversos instintos y de criminal conducta.

Pero esta desgracia lamentada por toda la familia no debía influir en nada para que renunciasen á la ventura los dos primos.

Llegó el día de la boda y al salir Manuel de su cuarto, el Obispo Espada le entregó la siguiente carta:

«Hijo de mi alma, resúmen de todo lo

grande y noble que he adorado en la vida.

«Cásate hoy de todas maneras con Catalina.

«No dejes de hacerlo por ningún pretexto. Esta es la súplica de un padre.

«Todavía estoy lejos de la tumba; pero considera que estas palabras son como las últimas mías, y no las desoigas.

«Sé que cifras tu felicidad en tu unión con esa mujer tan inteligente, tan buena y que tanto te ama; pero aun cuando confío en tu discreción temo que por un error consideres que existe hoy algún deber para tí superior al de cumplir tu palabra á Catalina.

«No á mi lado sino al de ella es donde debes estar hoy. Yo soy viejo; no tengo peligros á que exponerme, y mi única obligación consiste en hallarme presente en un sitio en determinada fecha, y no es preciso que nadie me acompañe, gozando como gozo, una salud envidiable.

Dejo en manos del obispo Espada, nuestro sabio amigo, para que te los entregue, los documentos en que te traspaso en vida, desde ahora con los requisitos legales, todos mis bienes y derechos á cobrar mis créditos, llevándome conmigo una fuerte suma que recogió de lo mío el Conde de Brisnes desde hace algún tiempo y de la cual saqué para

Esteban dos mil libras esterlinas que le entregué á mano.

«Y ya que hablo de estas dos personas, te suplico mil y mil veces más, aún cuando lo creas innecesario, que no dejes nunca de estar prevenido contra las asechanzas de Esteban, mónstruo de perversidad dominado por la ambición y la envidia. En cuanto al conde, acabo de despedirme de él. Ha salido hoy para Cayo Hueso por disposición de la autoridad superior de la Isla; y solo sobrevivo á su ausencia por la esperanza de verte á tí y á Catalina, antes de dos meses, en el cafetal *La Fé*, para no separarme nunca más de vuestro lado.

«De Brisnes es el mejor amigo que he tenido, el hombre más abnegado y más inteligente que he tratado. Se me figura que podrás verle pronto.

Recibe la bendición de tu padre.

FRASQUITO.

El Obispo Espada abrazó á Manuel, después de esto leyó, interrumpido por las lágrimas, esta carta, y le hizo formal entrega ante escribano de los documentos y constancia del traspaso de sus bienes á que la misma carta aludía.

El joven estaba aturdido; pero recuperó

su sangre fría, y acompañado por el Obispo, fué á casa de Catalina.

La pobre joven y la condesa su madre leyeron entre sollozos la carta de Frasquito.

El joven Dr. D. Manuel de Agüero, arrugadas las cejas y chispeantes los ojos cayó en un sofá.

—¿Qué piensan Vds. hacer? preguntó Espada.

—Yo puedo sacrificarlo todo á petición de mi padre, menos la honra, y sé que la honra me dicta que esté á su lado en estos momentos. Mi propia esposa me desprecia-
ría si yo lo abandonara cuando va á exponer su vida, para refugiarme como un cobarde bajo las cortinas del lecho nupcial. En el *Veloz* llegará él á Guanaja en tres días con buen tiempo como el de ahora, yo me he puesto en cuatro á caballo desde la Habana en el ingenio *La Caridad*. Dentro de pocos minutos salgo para allá.

—La salida se puede posponer hasta mañana, observó el prelado, y efectuarse el matrimonio.

—Yo, exclamó con exaltación Catalina, soy tan fuerte como un hombre á caballo y siendo tu esposa te acompañaré.

Gil, que llegado de la oficina se había enterado de lo que pasaba, dijo:

—Pero señores, habiendo buena volun-

tad y recursos todo se puede allanar. En carruaje se va más de prisa que á caballo, y mandando desde ahora parejas por delante mucho más todavía. Saldremos todos antes de amanecer. En peores cosas se encuentra uno á cada rato.

—Bien, manifestó el Obispo Espada; si van dos, ó si va toda la familia es cuestión que debe dilucidarse después; pero antes que todo es la boda. Esta no impide nada y satisfará á D. Francisco Agüero.

Manuel le replicó:

—Señor Obispo: nos casaremos á la hora convenida. A las diez de la noche, en la Catedral.

—Los esperaré allí, y advierto, concluyó el Obispo con acento amable; que no admito contraorden.

—No la habrá, por mi parte, contestó Manuel.

—Ni por la nuestra, añadió Gil enérgicamente.

Antes de retirarse, Espada entregó al joven otra carta.

Era del conde de Brisnes que le decía:

«Manuel:

»No sé si te veré pronto ó nunca.

»El único encargo que te hago es que complazcas á tu padre.»

Estas líneas y la resolución tomada por

él de salir por tierra al ingenio *La Caridad* lo tranquilizaron.

La perspectiva de verse reunidos allá dentro de pocos días los contentó á todos.

—Mal desayuno hemos tenido; pero el almuerzo no es del todo malo, dijo el Sr. Gil, y se sentaron á la mesa, con la serena expresión de los que toman una resolución suprema.

Levantados los manteles, las damas se retiraron á sus habitaciones y Manuel y Gil se ocuparon en dar las órdenes consiguientes para emprender por la madrugada en *volantas* un viaje de ciento cincuenta leguas, por caminos infernales, llenos de baches, precipicios y tembladeras.

Se recogieron desde luego permisos de tránsito que dió el general, mediante determinadas instrucciones, de presentarse á las autoridades y jefes de fuerzas de los puntos, que se cruzaran, y se despachó enseguida á Bernabé que ya estaba bueno, con toda la gente y acémilas que se necesitaran, á fin de que se hicieran mudas de tiro y no faltaran provisiones ni medios de adquirirlas.

Mucho había adelantado para tan ímproba tarea, puesto que se tenía ya dispuesto lo conducente para que toda la familia del señor Gil y Manuel, Frasquito y de Brisnes salieran á la misma hora, en carruajes hacia

Artemisa. Se haría un viaje veinte veces más largo que el primitivamente proyectado, pero la diferencia entre el uno y el otro estribaba en una prolongación de camino. Los carruajes y las caballerías no faltaban ni tampoco la gente para ayudar y defender á los atrevidos viajeros, provistos de un buen armamento con licencia del general y especiales recomendaciones del Intendente D. Claudio Martínez de Pinillos, quien aprovechó la ida de Gil á Puerto Príncipe para encargarle algunos servicios en la capital de aquella comarca.

No se olvidó ningún pormenor, y los guías eran tan prácticos que no ignoraban la posición topográfica de ninguno de los ingenios, haciendas, hatos y potreros cuyos terrenos había que orillear ó atravesar en todo el trayecto.

Acerca de los preparativos referentes á la ceremonia nupcial, no hubo en la casa carreras, confusiones ni regaños. Todo estaba previsto: todo se realizaba naturalmente sin apuros; y cuando á las diez menos cuarto llegó un propio de la catedral, avisando que esperaba á los contrayentes y la comitiva, rompieron la marcha hacia los quitrines, en primer lugar la novia al brazo de su abuelo, padrino de la boda y enseguida el novio de bracete también con la novia. Los

testigos los marqueses de A. . . y los condes de P. . . aguardaban en la sacristía.

Se tuvo mucho cuidado en ocultar la noticia de la ceremonia y no había curiosos en la calle.

La noche estaba lloviznosa y oscura.

Al subir al quitrín la condesa, Manuel le dió la mano para ayudarla á entrar, como era de cortesía, y en aquel instante cayó de espaldas desplomado. Un puñal le había atravesado el corazón.

Cuando el obispo Espada, á quien se le avisó lo que ocurría con uno de los pajes, entró en la siniestra casa, encontró á Manuel agonizando tendido en el lecho nupcial y á Catalina, arrodillada á la cabecera de la cama más muerta que viva, siguiendo con ojos fijos en la boca del herido su respiración lenta.

Del otro lado del lecho estaba el Doctor Romay, con expresión de desconsuelo. La condesa yacía en un sofá sin conocimiento, rodeada de criadas negras que llorando á mares le daban á oler agua de Colonia.

El Sr. Gil, erguido en medio de la alcoba con los brazos cruzados y mirando hacia el techo, parecía protestar contra los decretos de la Providencia.

El obispo se adelantó con paso rápido hacia Manuel.

—Cáselos usted antes de que mueran, le dijo en voz muy alta Gil.

El obispo les unió las yertas manos, y los casó:

—Es inútil tratar de confesarlo, advirtió el Dr. Romay.

Ni él tenía pecado, observó el gran sacerdote; y continuó con unción los rezos de agonía.

De repente, exhaló un gran suspiro.

—Ha muerto, exclamó Romay.

Catalina se levantó, cayendo inmediatamente al través de la cama, y recostada la cabeza sobre la del cadáver de su esposo.

—Ambos han muerto, anunció de nuevo con voz fúnebre el doctor.

Al siguiente día fueron enterrados con mucha pompa y numeroso lucido cortejo en el cementerio hecho por Espada que se llamaba entonces Cementerio General, llevando ella á la fosa en que juntos los colocaron, el traje blanco, y ceñida la corona de azahares que sacó al salir de su casa para la iglesia.

El nicho fué llamado durante mucho tiempo: «la fosa nupcial de Catalina.»

LO QUE PENSÓ VIVES.

Principiaba Diciembre con tiempo frio, y la Habana se veia revuelta asi por la cuestion de los Diputados á Córtes, como por susurrarse con visos de certeza por unos, que habiendo recibido Vives comunicaciones oficiales del nuevo gobierno reaccionario, impuesto por las bayonetas del Duque de Angulema, estaba decidido á obedecerlo, mientras otros apoyados en el antecedente de que aquel general había venido representando á la constitución y era de conocidas ideas liberales, abrigaba el proyecto de no reconocer la restauración despótica.

Se llegó á decir en este último sentido que el propio Vives se hallaba comprometido á aceptar la dictadura que á nombre del

pueblo le ofreció el padre Piñeres, siempre que se levantara en armas contra Fernando VII.

Era esta versión la más generalizada; pero varios ilustres personajes entre los que se distinguían D. Martin Aróstegui, D. José de Arango, D. Pedro de la Cuesta y D. Joaquín Gomez, contribuyeron á tranquilizar los ánimos. También lo hicieron Saco, Luz y el padre Piñeres; así es que cuando el pueblo se lanzó á la calle inducido por algunos agitadores y confiado en el apoyo de la milicia nacional, ésta preparada por el último, é influida por el Obispo Espada, dió á la autoridad bastante fuerza para que hiciese cesar los motines y aceptar á las masas la monarquía repuesta, antes que prestarse á sumerjir la Isla, en el desconcierto y la anarquía.

Una noche salieron varios grupos de hombres bien aleccionados y quitaron en tres horas de todos los puntos en que se hallaba, la lápida de la Constitución, y al otro día todos los periódicos dejaron de publicarse, no quedando mas que el *Diario* de anuncios oficiales, sin que á nadie se le ocurriese lamentarse por estos tristes sucesos.

Pero ni esos hechos ni muchos más que agitaban el espíritu de Vives, eran parte á separarlo del interés que le inspiraba la familia de Agüero, y al saber la muerte de

Manuel y Catalina por boca del Obispo Espada la noche misma en que ocurrió, no pudo menos que atribuir el asesinato á Esteban, no por venganza contra Doña Mercedes, ni únicamente por envidia al notable hijo de Frasquito, sino por obediencia al plan que sin duda había trazado de que muerto Agüero como forzosamente sucedería en breve, en vista de que su delito, del cual no faltaban evidentes pruebas, le reservaba un próximo patíbulo, pasaba la herencia del caudal á María, con la que iba él á contraer matrimonio.

D. Francisco Dionisio Vives podía aceptor todos los medios para conseguir fines patrióticos en una sociedad corrompida que él no tenía tiempo de morigerar sino de impedir con astucia que saliese de los dominios nacionales; pero no debía por ningún concepto apoyar el crimen, antes bien, impedirlo ó castigarlo.

No lo pudo precaver, siéndole imposible imaginar que llegase al extremo por parte de Esteban de matar al hijo de su padre adoptivo, cometiendo un fratricidio, en el orden moral, mas espantoso si cabe que el de la sangre; pero debía castigarlo, y de todas maneras destruir los planes que habían presidido á la perpetración del horrendo atentado.

¿Pero debía y podía él imponer pena, aun cuando estuviere convencido del hecho punible?

¿No podía resultar inocente el condenado por la conciencia de todos, como había sucedido con el mismo sujeto en el caso de la herida de Bernabé?

Lo que la sana razón ordenaba era formar causa al presunto reo, y contribuir con todos los medios legales ante Dios y los hombres al esclarecimiento de la verdad y al cumplimiento de la justicia.

**Calumnias contra Vives y Espada
y sospechas contra Armona.**

El general tocó una campanilla pequeña de plata.

Claudio se presentó.

—¿Has averiguado lo que te encargué sobre el conde de Besanes?—le preguntó el jefe.

—¿V. E. se refiere sin duda á D. Esteban la Nodal conocido por Agüero?

—Sí; no perdamos tiempo.

—Ese caballero—dijo el criado—no durmió en la Habana la noche en que murieron don Manuel de Agüero y su novia. Estuvo disfrazado rondando la casa del crimen, y á penas los infelices perecieron, fué á su casa, montó un caballo que un hombre le tenía

preparado y salió solo á buen paso, camino de Matanzas.

—¿Y el hombre que le tenía el caballo?

—Lo guardo preso incomunicado.

—¿Qué clase de sujeto es?

—Es un negro mal vestido, descalzo, medio bozal con dos pesetas envueltas en un papel metido en el sombrero ó soplador sucio de paja que lleva.

—¿Y qué se ha sacado de sus declaraciones?

—Nada, porque ni se le entiende lo que habla, ni sabe absolutamente nada del conde de Besanes.

—Pero el conde, ¿en qué punto está?

—Los dos hombres más astutos, verdaderos sabuesos, de la partida de Armona, le persiguen.

—¿Llevan recursos?

—No les faltarán caballos ni comida.

—¿Nadie los acompaña?

—Sí: encontraron en Jaruco al negro Bernabé con muchos caballos y dos negros más, y el primero los sigue con toda clase de ventajas para cualquier evento.

—Pues, entonces, exclamó el capitán general, si esos no lo pillan no lo pilla nadie.

—Además, le ha enviado D. Domingo Armona aviso á Matanzas á la partida de

Solís para que detenga al fugitivo ó ayude á encontrarlo.

—Al fugitivo, no está bien dicho.

—Al conde de Besanes.

—Tampoco está en rigor bien expresado.

—Pues á D. Esteban la Nodal (alias) Agüero.

—Eso da más idea de la cosa—dijo Vives que había recuperado su tranquilidad en lo tocante al asunto á que se referían, desde que oyó á Claudio.

Este dijo con el mayor respeto como interrogándose á sí mismo:

—Si no es el de la fuga ¿cuál puede ser el objeto de este viaje de D. Esteban?

El de ir á Guanaja, al ingenio *La Caridad* y casarse con la señorita María, antes de que se sepa allí la noticia de la muerte de D. Manuel.

—Dificilillo será que logre casarse, observó, también como en forma de soliloquio, Claudio.

—Si no llegan mis órdenes á tiempo, dijo Vives; será muy fácil, porque . . .

«en queriendo la dama y el pretendiente aunque se oponga la demás gente.»

Claudio se retiró.

El general sacudió una campanilla de

oro, mayor que la de plata con que llamaba á su ayuda de cámara, jefe particular de su policía.

Entró un ayudante.

—Haga V., le mandó, que se comuniquen órdenes por toda la isla para que se prenda á D. Esteban la Nodal y Agüero y se le mande á la Habana por cordillera in-comunicado.

El Ayudante contestó:

—No tiene V. E. más que ordenar.

—Para más particulares, pídanse informes á Claudio.

El oficial se despidió con un saludo ceremonioso, y salió apresuradamente, dejando la puerta abierta para que entrase el Obispo Espada, á quien besó de paso el anillo.

El jefe episcopal de la Habana tenía como siempre el semblante sereno; pero Vives comprendió que llevaba algo importante que decirle:

—¿Qué me trae el más profundo y el más elevado de los obispos? le preguntó dándole también el beso de rigor en el anillo.

—Si alude V. á mi estatura, le contestó Espada: le responderé que vengo á reir un poco con el más pequeño y más grande de los generales.

Hacían contraste el Obispo y el General por la talla.

—Hable V., querido amigo, dijo el segundo.

El primero replicó:

—Pues allá va: me consta que muchas personas de gran viso de la Habana, han escrito al gobierno de Madrid, que V. y yo no solamente somos rabiosos liberales sino que no habiéndonos encontrado con fuerzas para negarnos á obedecer al gobierno del Rey D. Fernando VII, estamos en arreglos con Bolívar al objeto de hacer independiente á esta isla, incluyéndola en el estado de Colombia.

—Pues no le hallo á la noticia ninguna gracia para reirme, contestó Vives.

—En cambio yo la encuentro tan ridícula, que me inspira hilaridad.

—Poco á poco, señor Obispo, exclamó el general; las cosas ridículas y absurdas son las más temibles, cuando en forma de calumnia, se dirigen á los gobiernos contra los buenos servidores de la patria.

—Y de la iglesia, añadió Espada, asintiendo á las frases de su interlocutor.

—¿Quiénes son los que han influido en que esos hombres conspicuos manden á la Corte esas denuncias?

—Por mi parte no necesitaba averiguar-

lo. Con el abandono de Colombia por nuestras tropas, quedó vacante la diócesis de Cartagena.

—Ya sé, ya sé, interrumpió el general: esta gente que se viste por la cabeza es implacable: el Obispo de Cartagena, refugiado en la Habana, á quien V. y yo tratamos á cuerpo de rey, debe pretender la plaza por haberle parecido buena.

—Eso es exactamente, manifestó Espada.

—Y eso debía esperarse, en vista de la mísera condición humana; pero mi puesto, sobre todo en la actualidad, no puede desearlo nadie.

—Sin embargo, observó el Obispo: Si á falta de la diócesis de Cartagena, aceptable es la de la Habana, á falta del vireinato de Méjico buena es la Capitanía general de Cuba.

—¿Barradas? ¡Es imposible! preguntó y afirmó Vives. Es el general español más leal, más crédulo y más iluso. Si al llegar trayéndome las primeras comunicaciones oficiales del gobierno de D. Fernando VII, y si después, á cualquiera hora hubiera deseado el gobierno de esta isla, me lo habría comunicado francamente, pero escribir ó hacer escribir para que me quiten y lo pongan á él, eso es imposible en su caracter.

—Verdad es, manifestó Espada, añadiendo: pero ¿qué debemos hacer nosotros en esta ocasión?

—Entregarnos en manos de la suerte, y seguir cumpliendo nuestros deberes, eso es sin duda lo que dirá V. con unción evangélica; ¿no es verdad señor Obispo?

—No exactamente, contestó éste, porque yo no debo reconocer la suerte como filósofo cristiano. A Dios rogando y con el mazo dando, dicen los vizcainos . . .

—Lo cual traducido al romance, Monseñor Espada, quiere decir . . .

—Que bueno es estar siempre dispuesto á somèternos al Ser Supremo; pero que conviene al mismo tiempo ayudar sus designios en lo que justo creamos.

—Total, dijo Vives, que según V., debo llamar á los calumniadores, ponerlos como nuevos, arrojarlos del país, si es preciso, y escribir al gobierno la verdad y solo la verdad de lo que pasa.

—Perfectamente; y si después de esas explicaciones se tomase por quien puede hacerlo, la determinación de arrojarlos á usted del palacio del Gobierno y á mí del episcopal, bajaremos la cabeza y obedeceremos lo que se nos manda.

—Principie V. á escribir lo que le corresponde, señor Espada.

—Ya ese trabajo está hecho, respondió el Obispo, sacando un paquete y entregandoselo al general; solo que ha resultado, como verá usted, que no he hallado nada bueno que decir de mí, sino de usted . . .

—Seguramente me sucederá á la inversa, cuando escriba esta noche, y no hallaré nada bueno que decir á favor mío, sino en beneficio de V., dijo Vives.

Acto seguido tocó la campanillita de plata.

Apareció en la escena Claudio.

—Que pasen aviso á los coroneles Marcilio y Poncani de que se presenten á recibir órdenes.

—Esos dos ricachos son precisamente firmantes de las cartas enviadas á Madrid contra nosotros.

—Pues ahora les voy yo á envíar en persona al mismo Madrid para que puedan decir de palabra lo que aquí hacen conspirando contra España.

—¿Y cuando salen?

—Mañana temprano se ván en el paquete.

—Pero nuestras cartas irán á mano. ¿No es así, mi general?

—Las llevará en persona el Tesorero General D. Claudio Martínez de Pinillos.

—No pueden ir más seguras, ni por mejor conducto, dijo satisfecho el Obispo, agregando después:

—Variemos de conversación. Ya está agotado el tema de esta.

—Variemos, Monseñor.

—¿Ha recibido V. nuevas noticias del Conde de Besanes? preguntó Espada.

—No; pero debo recibirlas de un momento á otro. Tengo apostada gente para que me manden propios con las nuevas que haya de su persecución.

XXXIII

REPARTIENDO EL DINERO.

En esto se oyó un golpecito en la puerta de servicio por donde entraba y salía Claudio.

—¡Adelante! dijo Vives, y su servidor de confianza se presentó.

—¿Qué traes, Claudio?

—D. Domingo Armona quiere hablar con V. E.

—Dale entrada pronto.

En el dintel de la puertecita se dibujó la figura de un hombre joven, fuerte y bien parecido, rubio y con cutis rojizo como el de un marino tostado por el sol.

—Acérquese V., señor Armona. ¿A qué debo su visita?

—He querido dar á V. E. en persona

cuenta del incidente ocurrido en Jaruco con don Esteban.

—Vamos á ver. Pero lo trae V. vivo ó muerto?

—Ni vivo ni muerto.

—Entonces la relación que V. me prepara no debe interesarme.

—Puede que no esté del todo destituida de interés.

—¿Encontrásteis á Esteban?

—Lo encontramos.

—¿Dónde?

—Cerca de Jaruco.

—¿Iba á caballo ó á pié?

—Primero á caballo.

—¿Y después á pié?

—Sí, mi Capitán General.

—¿Alguno de vosotros lo alcanzó?

—Ninguno de nuestros caballos podía alcanzar al suyo.

—Entonces él se bajó porque le dió su buena voluntad.

—Sin duda.

—Por lo tanto lo hallásteis por casualidad.

—Por casualidad.

—Me gusta la franqueza.

—Es preciso decir siempre la verdad.

—Bueno. Explique V. lo que pasó.

—Seguro de no alcanzarlo, en vista de la

superioridad de su caballo, decidimos tratar de no perder su rastro andando lo más pronto que pudiéramos, con la esperanza de que cuando mudáramos nosotros de cabalgaduras, le echaríamos mano.

—Si él no mudaba también la suya, por supuesto . . .

—Es claro, repuso Armona algo amoscado.

—Siga V., dijo Vives, nada satisfecho de la narración.

—Entramos en unos *matojos*, y de repente le vimos á corta distancia caminando á pié entre unos árboles. Al verlo se tiró á pié Bernabé el negro: Esteban se metió en un ranchito y Bernabé detrás. Cuando llegamos los demás oímos un grito como de un tigre que daba el negro teniendo medio muerto á Esteban en el suelo entre sus garras. Le quitamos la presa con mucha dificultad: registramos la ropa del prisionero . . .

—Le encontrásteis un cinto de onzas ceñido . . .

Armona se cortó completamente.

—Vamos, diga V. la verdad, ya que se jacta de no ocultarla. ¿Cuántas onzas tenía la *víbora* como le llaman los mejicanos al cinto en que se guarda dentro de un forro el dinero?

—No se encontraron mas que veinte, dijo abchornado Armona.

—Que se repartieron en el acto.

—Y tuvo parte en la lechona Bernabé?

—Sí, mi Capitán General. Reclamó la suya el moreno: la cojió dando carcajadas, y cuando se volvió con un curricán hacia donde se hallaba Esteban . . .

—Claro está, interrumpió Vives dando una carcajada estridente, desapareció Esteban, y la del humo!

—Así fué, mi general, exclamó con energía Armona. Como un majá se metió entre las varas del rancho y el suelo y se fué, no habiéndose podido encontrar ni llevando perros.

—¿Y ahora me sale V. con esa embajada? le preguntó Vives con extraordinaria rudeza.

—Le juro á V., mi general, que no digo sino lo sucedido, manifestó con voz temblorosa Armona.

—Así debo creerlo; pero ¿será posible que no tenga V. mas noticias que dar de esta campaña que cuando os repartíais el dinero el preso se escapó y no se sabe por donde ha ido?

—Se puede averiguar todo por lo que traigo, mi general, pero permítame V. E. hablar sin interrumpirme, gritó Armona ya del todo descompuesto y próximo á la desesperación.

—Sr. Armona, modérese V., si no quiere que yo también pierda la paciencia.

—Mi general, cuando ya está un hombre resuelto á perder la vida . . . , respondió el perseguidor de bandoleros.

—Está V. arrestado, Armona; vaya usted al cuerpo de guardia. Yo puedo tener mucha indulgencia; pero hasta cierto punto. Está usted acostumbrado á toda clase de desafueros, desde que apaleó el año anterior á todo el colegio electoral del Santo Cristo porque creyó que alguien se reía de V., y yo no puedo permitir que V. por alto y fuerte abuse de mi indulgencia.

El Obispo Espada que durante esta escena había permanecido silencioso, se adelantó con amabilidad á D. Domingo Armona, le puso una mano en el hombro, y dirigiéndose al general le dijo:

—No me meto en nada de disciplina militar; pero ruego á V. que deje concluir la relación á este sujeto.

—Buscando por todas partes, se averiguó por pescadores que en aquella costa, distante unos trescientos pasos de allí, estaba hacía dos días una preciosa goleta que por sus dos palos muy altos parecía negrera, en la cual se había embarcado un hombre en mangas de camisa, poco mas ó menos á la hora en que desapareció Esteban.

—Todavía me falta algo, dijo Armona precipitadamente: en los bolsillos de la levita de Esteban se encontraron unos papeles que parecen de letra de mujer. Con un medio pliego de papel español hice un sobre, y sin leer los hallados documentos, lo cual pueden acreditar los cuatro allí presentes, lacré el sobre y se lo traigo á V. E.

—Ahora lo leeré, dijo el general; pero debo hacerle una pregunta: Y al famoso caballo oscuro, fuerte y corredor ¿se lo tragó la tierra?

—No, señor general, contestó Armona ya sereno, columbrando que la situación se despejaba: lo he traído conmigo, y está abajo en el patio, para que V. E. disponga de él como le parezca.

—¿Qué marca tiene?

—En un anca un hierro con las letras mayúsculas F. A.

—Francisco Agüero, murmuró Vives.

—Y debajo estas otras, marcadas también con hierro candente: I. C.

—Ingenio Caridad.

—¿Y está el jamelgo muy cansado?

—He vuelto montado en él desde Jaruco, y está fresco y sin señales de cansancio.

—Pues bien, puede V. quedarse con él, con tal de cuidarlo mucho y de que no lo saque V. de la Habana, por ahora, previendo

el caso de que se necesitara verlo, de resultados del expediente que se forme.

—Muchas gracias, mi general, dijo Armona con expresión de reconocimiento. Es el mejor caballo de camino que he visto.

—En cuanto al arresto, expresó Vives, está suspendido.

Armona salió del cuarto extasiado.

XXXIV

LA CARTA.

—Vamos ahora á ver los papeles, dijo Vives, abriendo el sobre lacrado y sacando varios pliegos pequeños de papel inglés superfino.

—Es una carta de amor perfumada, siguió diciendo el general: señor Obispo, á pesar de serlo V. y estar viejo, á V. le corresponde mejor que á mí leer la carta. Es de una chica preciosa, y probablemente se confiesa con V.: María Consalvo, la novia del celebérrimo Esteban.

—Es ella, con efecto, hija espiritual mía, observó Espada.

—Lea V. eso, mientras yo hago otra cosa mas urgente, manifestó el general, alargando la carta al ilustre prelado, y tocando

la campanilla de oro que era la destinada á advertir al ayudante de guardia que entrase en el gabinete de Su Excelencia.

—Hágame V. el favor de ir á ver al Comandante de Marina don Miguel Gastón y decirle de mi parte que le agradeceré venga en el acto á verme, dijo Vives al ayudante de guardia.

—Mientras viene yo leeré la carta en alta voz, manifestó el prelado, y diciendo y haciendo leyó lo siguiente:

«Adorado Esteban.

Seguiré tus instrucciones para que mis cartas lleguen á tus manos sin necesidad de Mrs. Merrill; pero no comprendo esa aversión hácia ella. Yo creo que es la única persona que por nuestra situación se interesa.

Me asegura que reconviene á mi madre por su obstinación en oponerse á nuestra felicidad. Todas las demás personas nos son hostiles, y la madre de Bernabé me parece una serpiente envenenada. Sus ojos, cuyas órbitas se mueven de un lado á otro sin cesar, me siguen á todas partes llenándome de terror. Pero hablemos de otra cosa.

Me apresuro á escribirte porque hace días que estoy notando gran misterio en todos los que me rodean. Hoy repentinamente me anuncian que partimos á Guanaja para de allí trasladarnos á "La Caridad." El viaje

también se rodea de misterio y por algunas palabras que he oído, entiendo que se obedece á una orden amenazante del General Vives. Si se trata de separarnos, no temas bien mío, por que no hay poder sobre la tierra que arranque de mi alma la pasión que por tí siento.

Yo no he querido nunca á Manuel: así lo comprendí cuando te conocí, y por lo tanto tus celos son injustificados. Éra yo una niña cuando llegó mi primo á París, y acompañó á mi madre al convento donde me educaba, para sacarme de aquel triste recinto por un poco de tiempo. La libertad inesperada que se me ofrecía y la completa ignorancia mía de lo que era el amor, me hicieron acojer con agrado la imposición, que no fué otra cosa, de mi madre para que aceptara á Manuel por esposo, colmando, me decía ella, la más grande aspiración de su vida.

El caracter afable de mi primo, su buena educación, su buen porte, y hasta el hecho de olvidar por mí sus amores de la infancia con Catalina, halagaron mi amor propio. ¡Infeliz de mí! yo creí que eso era todo! No sabía que ese afecto frío, y sin emociones no es el amor. Este amor que siento hoy y se ha apoderado de todo mi ser, que invade mis sentidos, que llena todas las horas de mi vida! Cuando llegas de improvi-

so á mi lado me estremezco; si me hablas ó fijas tus ojos en mis ojos, siento que se me salta el corazón del pecho, y si te acercas á mí y me estrechas en tus brazos como la noche en que te juré mi amor eterno, creo que voy á morir. Te amo Esteban, te amo!

Conociendo las ideas de mi madre, exajeradas en lo que se refiere á cuna y blasones, no me parecía extraño que encontrara completa superioridad en Manuel á tí, amor mío, puesto que mi primo reúne nombre, fortuna, talento, carrera, cruces, en fin todo lo que quiere decir aristocracia; pero hoy que haciendo justicia te ha devuelto el Gobierno el título y el nombre de tus padres, colocándote así á la altura de mi familia, no comprendo porqué persiste mi madre en creer que nuestro enlace es desigual. ¿Desigual? Sí; quizá. Yo creo que eres superior á mí y á tío Frasquito, al Conde de Brisnes, á mi madre misma, y á todas las personas que conozco.

—¡Tú tan noble, tan caballeroso, que has soportado con tanta dignidad las humillaciones que te han impuesto todos los de esta familia y las has sufrido de tal manera que yo misma he creído algunas veces que no las comprendías! Luego, observando mejor, he visto que tu actitud, era solo elevación de un alma privilegiada. Oh! Esteban mío, que feliz soy en ser amada por tí!

¡Cuanto he sufrido durante mis relaciones con Manuel! Si bien es verdad que sufro con la constante vigilancia que se ejerce sobre mí; con la pertinaz oposición á nuestro matrimonio, y lo que es mas ¿para qué ocultártelo? con el modo altamente despreciativo con que se espresan mamá y tío Frasquito y hasta el mismo Conde de Brisnes, cuando se trata de tí, me alegro de que se haya aclarado una situación insostenible ya. Sentirte cerca, no poder hablarte, y estar obligada á aceptar de otro hombre palabras de amor que hubiera querido oír de tus labios, era un martirio superior á mis fuerzas. Me aseguras que pronto terminará esta situación, porque estás decidido á depositarme cuando lleguemos á la «Caridad.» Quiera el Cielo que puedas realizarlo. Me parece que lo mejor es que te presentes allí con el Juez, y de ningún modo ir solo primero. He reflexionado mucho sobre eso. ¿Y cómo no reflexionar sobre el asunto más importante y deseado de mi vida? Ser tuya: vivir una misma vida, bajo un mismo techo; tener un alma entre los dos, ser mútuos nuestros pesares y nuestras alegrías, es el colmo de la felicidad sobre la tierra. ¿Lo crees tú así? ¿Por qué me amas? Yo no soy la más bella: Catalina, por ejemplo, lo es mas que yo y otras muchas. Mi educación é instrucción,

son muy superficiales, según dice Mrs. Merrill y el mimo de que siempre me han rodeado han hecho de mí un ser egoísta, puesto que jamás me ha ocurrido aliviarme de desgracias ajenas.

¿Qué méritos tengo para que se enamore de mí un hombre que vale lo que tú vales?

El misterio de que se rodea este viaje es cada vez mayor: lo ocultan hasta de Manuel. Según parece porque ofrece peligros, y quieren evitárselos a él, el privilegiado de la fortuna; pero no te los evitan a tí. Y luego asegura que te han tratado como a un verdadero hijo, sin establecer diferencia entre tú y Manuel! Nunca lo hubiera creído de mamá, cuando toda la vida la he oído hablar de sentimientos elevados, grandeza de alma, rectitud de principios. Palabrotas, todo palabrotas!

Pero en divagaciones pierdo un tiempo precioso. Cuando lleguemos al Ingenio, si es que llegamos, porque tantas cosas me tienen desconfiada, y nos hallamos todos recogidos en nuestras habitaciones, atraviesa el jardín con sigilo sin olvidarte de los perros, que sabes son fieras, y toca a la puerta del cuarto de Mrs. Merrill. Yo procuraré estar allí, y si no puedo, te entregará ella una carta en la cual te pondré al corriente de lo que pase durante el viaje. De muchos arbitrios ten-

drán que valerse para que yo no descubra hasta el mas mínimo detalle, porque mucho puede una mujer que ama como yo te amo.

Quisiera que volaran los días y llegara pronto aquel que nos uniera por la vida, para repetirte apoyada en tu pecho: tuya hasta la muerte

MARIA.»

LOS PLANES DE ESTEBAN

El Brigadier Comandante de Marina se anunció por conducto del Ayudante de guardia, y entró, sin esperar el aviso de que pasara, al gabinete.

—Amigo mío—le dijo Vives—es preciso mandar á la costa, allá por Jaruco, un barco.

—Todos los buques de la escuadra los tiene en operaciones D. Angel Laborde.

—En lo cual hace muy bien—contestó el Capitán General—pero al decir yo un barco, no me refiero á ninguno que pueda servir á Laborde.

—Explíquese usted y se le obedecerá.

—De una caleta ó de cualquier escondite de la costa, cerca de Jaruco, ha salido ayer

por la mañana una goleta muy bonita que parece negrera por lo alto de sus palos. Desearía que se enviase en su persecución cualquier barquichuelo, sin dejar salir á nadie que esté á su bordo.

—Muy bien; pero advierto que si el barquichuelo ha de montar siquiera un cañoncito, no podrá andar tanto como una goleta negrera.

—No es preciso que esté el barco artillado: con que lleve cuatro soldados basta.

—¿Y qué rumbo ha cogido la goleta?

—Para mí va hacia Guanaja.

—Mandaré la embarcación más lijera que tenga Regla.

—Envíe usted dentro de media hora por las instrucciones escritas.

—A las órdenes de usted, mi general—dijo Gastón retirándose.

El obispo Espada que había permanecido oculto en un rincón durante esta entrevista, salió de él cuando se ausentó el marino, y pronunció estas palabras, mirando su cronómetro:

—Esto es lo que se llama una visita larga: hace dos horas que estoy aquí. Siempre aprendo con Vives más de lo que me han enseñado los libros.

El aludido le estrechó con efusión la mano replicándole:

—Mucho tacto de codos, y avíseme siempre lo que sepa.

—Y usted lo que pase en la familia de Agüero: adiós.

—Hasta luego.

Quiéro á este hombre, y me parece que él me estima—dijo Vives para sí mismo.

La goleta *Odd* que esperaba á Esteban en la costa de Jaruco y lo recogió llevándolo rumbo hacia Guanaja, según advirtió Vives al comandante de mariná, era un yate magnífico hecho en los astilleros de Breackwater, y no había barco de mayor andar en ninguna parte. No pudo, pues, alcanzarlo, el bergantín-goleta despachado por Gastón *El Reglano* que andaba dos millas por hora menos que él, con no poca fortuna del perseguidor que sólo llevaba cuatro soldados á bordo, mientras el perseguido montaba un cañoncito y lo tripulaban ocho hombres de combate.

Este yate, armado en guerra, tenía dos banderas que usaba según le convenía: la española y la colombiana, y frente á Caiba-rién pasó al *Veloz* de D. Francisco de Agüero, donde iban éste, Da Mercedes y María.

El bergantín *Veloz* no pareció asustarse por el *Odd*, apesar de su aspecto de corsario colombiano.

La *Odd* ancló en Cayo Lobos, casi enfrente de Guanaja á pocas millas de distancia, y cerca de Cayo Romano; pero apenas echó el ancla lo hizo presa un bergantín inglés. Inglaterra entonces perseguía á los barcos de Colombia y Méjico que hostilizaban á Cuba.

Esteban desde la obra muerta de su goleta se quiso descolgar y caer en un bote pescador con el objeto de que lo condujera á Cayo Romano; pero los británicos lo detuvieron, dejándolo salir libre, á los pocos días, por haber probado él que era un pasajero *bona fide* que ignoraba la condición de corsario del *Odd*.

De Cayo Lobos pasó á Cayo Romano en un bote, como había intentado al principio, y de allí en un *cayuco* á Cuba, desembarcando después de unos minutos de viaje en la hacienda *Piloto*, cuyas orillas ocupaba un espeso bosque. Entre sus intrincados laberintos naturales adelantó poco á poco hasta salir al limpio llano que por ese lado conduce á Guanaja; pero en vez de seguir hasta esa población, se detuvo bajo unos árboles á esperar que cayesen las sombras de la tarde.

Allí meditó sobre su plan de campaña. ¿Qué debía hacer en tales momentos? Abandonar su proyecto de casarse con María, no debía pensarlo un hombre tan firme como él

en sus prepositos. Si cejara á la hora de realizarlos, se condenaba á salir de la isla para luchar por la existencia en el extranjero, sin probabilidades de salir victorioso. El capitalito que había ahorrado en su juventud de los regalos de Frasquito, y gran parte de las dos mil libras esterlinas que le dió éste, habían disminuido pagando servicios á Juan Pérez y confidencias á los agentes de Bolívar que venían á Cuba para comunicarse con el mismo Agüero.

Lo único que le brindaba posible triunfo era casarse con María y heredar á Frasquito, aunque para ello fuese preciso pasar sobre dos cadáveres más. Podía faltarle la protección de Vives, desde que dejara de proporcionar al último buenas confidencias; pero estaba muy léjos de suponer que el astuto caudillo español lo persiguiese por sospechas de asesinatos, que no podían pasar nunca de tales sospechas, para convertirse en actos probados por la ley.

Cuando desde Cayo Lobos vió pasar al bergantín goleta *El Reglano*, que él tanto conocía, le dió un vuelco el corazón, pensando no solo que podía tener á su bordo á Bernabé, sino servidores de la Capitanía General con órdenes de prenderlo y conducirlo á la Habana. Esteban recordaba que al agarrarle el vengativo etiope por el cuello para

extrangularlo, unos blancos lo impidieron, pareciéndosele el jefe de la cuadrilla á Domingo Armona, y de confirmarse esto, no debía dudarse de que *El Reglano* llevase órdenes y aun gente encargada de prenderlo.

Una vez preso, é incomunicado, perdía en el instante los derechos civiles necesarios para depositar á María judicialmente conforme á la ley sobre el disenso paterno.

Todo esto podía salir cierto; pero también reducirse á locas imaginaciones engendradas por el miedo. Vives al igual de su antecesor Mahy, había resuelto, y así lo repetía á voces, no intervenir en nada correspondiente á los tribunales ordinarios, y los crímenes de que podía acusar á Esteban, no se rozaban en ningún particular con la política.

El inmortal aforismo *Audaces fortuna jubat*, lo impulsaba á dirigirse á Guanaja, presentar al juez la instancia de María que tenía escrita y firmada por ella desde la Habana, con fecha del ingenio *La Caridad* y quedaba resuelto el triunfo ó el fracaso.

—No se atrevió á jugar la suerte á la primera carta.

Entró en Guanaja, fué á una fonda á la cual había enviado su equipaje con un pescader desde Cayo Lobos, compró un buen caballo, se vistió de limpio, y dejando el baul en el cuarto, que pagó por una semana

adelantada, se dirigió escotero al ingenio *La Caridad*, como atraído por el irresistible impulso de los malhechores, de visitar el punto donde piensan cometer ó han cometido algún crimen. Sobre todo, antes de dar el primer paso, quiso ver á María, como paso de exploración indispensable, antes de librar la última batalla.

El ingenio le pareció distinto en sus pormenores y en su totalidad á lo que antes era.

Los negros á cuyo lado pasaba no le reconocían.

En vez de la animación de la molienda todo estaba tranquilo.

De repente notó que no era extraño que no le reconociesen, porque él además de haber variado mucho, iba de intento disfrazado, ni era sorprendente que habiendo dado las ocho los negros estuviesen recogidos en los barracones.

Se adelantaba él por una guardaraya, desde la cual en toda su longitud se veía la casa de vivienda, levantada en un cerro situado en medio de la finca, y en esa casa no se veía luz ninguna.

En la de ingenio: se trabajaba y se oía el grito de los gañanes que aguijaban los bueyes del trapiche, pero no se notaba animación ni resonaba el estallido del látigo, sobre el cutis de los esclavos.

Esteban se acercó al batey lentamente, sin que los perros le ladraran mucho, y se adelantó hácia un hombre blanco con largas y espesas patillas negras laterales y el sombrero hasta los ojos. Era el mayoral. El anterior había muerto.

—Santas y buenas noches tenga V., le dijo Esteban.

—Téngalas V. muy santas y muy buenas, contestó el mayoral.

—¿Me puede V. decir, señor, expresó el recién llegado si se puede ver á la Sra. Merrill que acompaña á Da Mercedes Agüero?

—¡Ufl contestó el mayoral; ella, Da Mercedes, la niña y el mismo D. Frasquito que llegaron hace cuatro días de la Habana, salieron al día siguiente á un viaje largo.

—Será á Puerto Príncipe, naturalmente.

—No, caballero. Me parece que oí decir que á más de treinta leguas de aquí.

—Puede que á Santa Cruz, donde tiene Mercedes una quinta.

—Creo que sí; unas veces oí decir algo como Vertientes; pero casi estoy por asegurar que también se habló de otros puntos.

El mayoral se negó decididamente á dar más informes. Le brindó guarapo á Esteban que éste no admitió, dándole en cambio un tabaco que aquél sí admitió con gusto, y se

separaron hechos unos amigotes, sin saber siquiera como se llamaban.

Esteban sabía del modo mas seguro que existía el plan, fraguado de acuerdo con Frasquito, de llamar la atención los colombianos por la costa Norte con una escuadra mandada por el célebre ya comodoro Porter para hacer por la costa Sur un desembarco de varios miles de hombres; pero al seguir el hilo de los sucesos y tener contados los dias no se le alcanzaba que esta operación encomendada al comodoro Daniels y al general Paez, de marino y de general de tierra, se intentara antes de Febrero. Contaba pues con que Frasquito con tiempo para atender á la zafra de *La Caridad* pasaría allí una temporada.

La salida prematura del anciano con su hermana y su sobrina hácia la costa del Sur lo sorprendía obligándolo á variar sus proyectos, para aplicarlos á un nuevo escenario.

En tal virtud y creyendo encontrar en el cambio de cosas una oportunidad de volver á ganar la simpatía y la protección de Vives prestándole cada vez mayores servicios, volvió á Guanaja, tomó un buen práctico blanco que se hizo cargo de acompañarlo y de conducirle su equipage, y por la madrugada emprendió á corto paso de camino, el mejor para vencerlo pronto, la marcha á Sta. Cruz

del Sur, con la esperanza de vencer con su astucia las dificultades que se le presentaban para vencer la idea fija que inspiraba todos sus actos: entrar en posesión *legal* de la herencia de María.

La obliteración de las facultades morales es un hecho que se presenta fatalmente en todo criminal cuando lleva á cabo sus mas espantosos hechos.

De la mente de Esteban se apartaban siempre arrojados por ella misma, los sucesos que podían aleccionarlo sobre la conducta que el interés ó la utilidad ó el deber le ordenaban.

Cuando hablaba con el mayoral del ingenio, estuvo casualmente colocado frente al cuarto donde se veía con Carmen y del cual la arrancó, cometiendo su primer delito, y cuando se dirigía hácia Santa Cruz con su guía como un sencillo caminante, no se detenía ni un instante fugitivo á pensar en la situación de espíritu en que debían estar Frasquito y el corto resto de la familia íntima, al saber la muerte de Manuel y de Catalina: no recordaba que el bulto misterioso surgido de las sombras en la calle de San Salvador de Orta, atravesó de una puñalada el corazón del novio y como acción moral refleja el de la novia, sino en no perder medidas de precaución para evitar que no lo

robase ó matase el guía arriero, quien entonaba frecuentemente con clara voz décimas del *punto* cubano, al compás de un tiple viejo, sobre todo las de rigor entonces, cada vez que brillaba serena en el firmamento la casta diva, y cuya glosa era:

«¡Qué alegre que está la luna
Y el lucero en su compañía!
¡Qué triste se pone un hombre
Cuando una mujer lo engaña!»

Los dos últimos versos los solía cambiar Esteban, interrumpiendo al cantador para decirle:

—Esa glosa no debe concluir así, sino de este modo:

¡Cómo se queja una niña
Cuando su novio la engaña!

Y él mismo se reía de su propia gracia, sin detener el paso de su cabalgadura, camino de Santa Cruz.

EL CICLÓN Y LOS HOMBRES

Mientras en Cayo Hueso, á un paso de la Habana; como quien dice, el comodoro Porter almirante de las escuadras de Méjico y Colombia, reunía veinte buques de alto porte, y treinta buques menores para hacer una gran demostración contra esta capital, en el mismo Cayo tres hombres dentro de un rancho de pescadores celebraron una entrevista.

Eran estos por un lado dos anglo-americanos de alta estatura y buen porte: por el otro dos españoles, pequeño el primero y de mediana talla el segundo. Los americanos se llamaban John Quincey Adams, Presidente de los Estados Unidos, y James Monroe, Ministro de Estado de la misma república.

Los españoles, el general D. Francisco Dionisio Vives, y el almirante D. Angel Laborde.

La conferencia tenía rigurosamente el caracter de secreta, y se habían tomado todas las medidas al efecto.

Se entendían de palabra muy bien, sabiendo Adams y Monroe el español, y Vives y Laborde el inglés, el primero lo bastante para explicarse sin dificultad y el segundo con perfección admirable, lo mismo que poseía el francés.

Los americanos y los españoles se conocían de años atrás, aunque Vives era más familiar á los dos primeros, por el hecho ya indicado de haber ido de Embajador de España á Washington en 1819, para el tratado que por su mediación se celebró de la cesión de las Floridas á los Estados de la Unión Americana.

Lo que aquellos hombres de talento hablaron no se ha sabido nunca de cierto.

Concluida la conferencia cordialmente, amenizada con un buen *lunch* en que se regó el Champagne con abundancia, los personajes españoles volvieron á la Habana con el mayor sigilo en una fragata de guerra americana.

No tardó mucho tiempo sin que Laborde á la cabeza de una escuadra se presentara en

el banco de Bahama frente á Cayo Hueso para la batalla á que Porter lo retaba.

El almirante español (que ese título había conquistado con sus hazafias aun cuando en el escalafón solo se le daba entonces el de brigadier de marina) acababa de llegar de las aguas de la Guaira, Puerto Cabello y Cartagena, y de recorrer por todas partes el mar de las Antillas, no pudiendo dar con el comodoro Daniels, se apresuró á venir á la Habana para habérselas con Porter frente á frente.

Arbolando la insignia de capitana en el navío *Guerrero*, con las fragatas *Lealtad*, *Iberia*, *Perla*, *Casilda* y *Sabina*, los bergantines *Hércules* y *Marte* y las goletas *Amalia* y *Belona*, se creyó con sobradas fuerzas para conseguir la victoria y defender la costa Norte de Cuba, mientras que confiaba la defensa de la costa Sur al navío *Soberano* y á las corbetas *María Francisca*, *María Isabel* y *Aretusa*.

El día amaneció lluvioso con fuertes rachas del Oeste, y marejada gruesa. Los buques de Porter entraron en el canal de Bahama acercándose en extensas líneas á los de Laborde como para encerrarlos en un círculo de fuego ó atacarlos al abordaje, operación que no disgustó al último recordando que fué uno de los motivos del desastre sufrido en Trafalgar por la escuadra hispano-francesa.

Poco á poco fué arreciando el mal tiempo. Los barcos casi no podían maniobrar á los embates de las olas; pero los de Porter, tripulados por excelentes oficiales y marineros americanos adelantaban sin perder la línea en medio de la tormenta, y los de Laborde conducidos por gente de mar sin superior, de jefes abajo, ocupaban los puestos que se les habían asignado. Al medio día el viento varió al S. O., y poco después al N. con llovizna menuda que no permitía ver á treinta brazas de distancia, y á las dos de la tarde se declaró temporal deshecho. Los barcos parecían mónstruos colosales que intentaban matarse unos á otros, interviniendo el ciclón para separarlos, castigándolos por igual con horrorosa furia. La atmósfera se obscureció por completo; el ahullido de la tempestad cruzando por los cordajes y rompiendo mástiles, advirtió á los combatientes como regaño sobrenatural que no les era á los hombres posible pelear en la superficie del Oceano sin el permiso de las aguas y los vientos. Quedaron dispersadas las dos escuadras, rompiéndose á pedazos algunos de sus barcos, y refugiándose algunos medio destruidos en las Lucayas, las Bahamas y las costas de Cuba.

El que más sufrió en la dispersión no fué Laborde que pudo salvar todos sus barcos, y

entrar en la Habana con el navío *Guerrero*, poco menos que en estado inservible y hecho una boya flotante.

Reparóse en corto tiempo la pequeña armada de la costa Norte, reemplazándose algunos buques de los peor librados con algunos de la del Sur, y Laborde volvió á darse á la mar, con la esperanza de encontrar de nuevo á Porter; pero éste no volvió á presentarse, por intimación directa de los Estados Unidos, á la sazón aliados fieles de España.

XXXVII

REAPARECE LOMBEA Y CORTINO.

Mientras en la Habana D. Francisco Arango se había distinguido como verdadero hombre de Estado, figurando en primera línea en todo cuanto podía adelantar al país como ilustración y fomento, ayudado siempre por el Obispo Espada, y Arrambari y Pinillos se esforzaban, con mayor éxito el último, en arreglar la Hacienda y abrir las fuentes de producción; mientras el sabio Padre Varela y el ilustre Saco y varios otros hombres de talento ayudaban á Vives en sus patrióticos esfuerzos, si bien todos lamentando que hubiese cesado el régimen constitucional, en Matanzas D. Tomás Gener elevaba la voz á favor de toda idea noble y avanzada y en Puerto Príncipe, hervían sentimientos liberales y aún revoluciona-

rios, en hombres como D. Juan de Dios Betancourt, D. Gaspar Betancourt Cisneros y algunos más, influyendo algo en el resto de la población, en tanto que de Santiago de Cuba partían los admirables preludios de la lira del «Niágara,» así como de las ondas rumorosas del Tíñima surgían las primeras notas pindáricas de la gran Avellaneda.

En la mencionada ciudad del Camagüey no se aquietaron tan fácilmente los ánimos como en la Habana, después de haberse arrancado y pulverizado los mármoles en que se consignaba el reconocimiento por el rey de la Constitución como código en que se basaban los derechos políticos y civiles de los españoles, inherentes á la condición de ciudadanos libres.

Desde aquel punto se sostenían frecuentes comunicaciones con el Continente suramericano, por medio de agentes que se costeaban ellos mismos los gastos de sus viajes de ida y vuelta.

El sello característico de la población era la Audiencia, cuyos señores magistrados ejercían en la sociedad extraordinario influjo, y uno de estos, el padre de la mencionada niña genio, tenía particular gusto en dar reuniones donde se representaban *loas* fácilmente versificadas, escritas por ella, que sólo tenía nueve años.

En un ingenio inmediato á la ciudad se celebraban, también de vez en cuando, reuniones estrictamente literarias, en lo cual tenía invencible insistencia el dueño, más realista que el rey, y como tal opuesto á toda manifestación del carácter político dominante.

Allí concurrían Calixto Bernal, hijo de otro oidor, el referido Betancour Cisneros, conocido con el pseudónimo *El Lugareño*; José María de Heredia (el gran poeta aludido), Manuel González del Valle y varios otros jóvenes de la Habana, que iban á Puerto Príncipe para asuntos concernientes á la conclusión de la carrera de leyes que habían abarcado. Por todas partes brotaba el deseo de instrucción y estudio.

No es posible al tratar de esta materia dejar inadvertido el hecho extraño de que siendo la ciudad interior referida dada con fervor á las prácticas religiosas, desempeñase tranquilo por muchos años su importante curato un hombre como el bayamés padre Montes de Oca, cuyo jocoso estro se distinguió por su chispa obscena, pornográfica é irreverente al culto. Esto prueba la tolerancia que acerca del lenguaje se concedía á los sacerdotes, sin mengua del alto concepto en que por sus virtudes se les tenía.

Al propio tiempo que tal anomalía se

presentaba sin susto de los fieles, atraía la admiración general en la comarca, el misionero Padre Valencia, de venerada y eterna memoria en Puerto Príncipe. Con unción sublime, sin perdonar sacrificios de ninguna especie, este sacerdote levantó un hospital grandioso, acudiendo de puerta en puerta á la caridad pública.

La agitación existente entonces en aquella tranquila ciudad era grande. El regimiento de León que regresaba de Costa Firme como otros varios, después de haber sostenido una campaña gloriosa en los fastos militares, fué allí de guarnición, precedida su oficialidad de la fama de turbulenta y valerosa. Los naturales del Camagüey, serenos y bondadosos de suyo, no escusan lances cuando á ello se les provoca, y como los oficiales del mencionado cuerpo, hubieron de burlarse de la población, faltando al respeto de las familias, según se creía, su juventud se lanzó á castigarlos, trabándose entre unos y otros numerosos conflictos que tuvieron más de una ocasión el caracter de verdaderos combates. El mal habría tomado pronto proporciones de grave trascendencia, y aunque Vives lo cortó mandando al regimiento de guarnición á otro punto, por intervalos corría la voz de que volvían á destinarlo á Puerto Príncipe, y se excitaba de

nuevo la indignación de los habitantes.

Con estas cosas se fijó la vista del Capitán General en aquella parte de la Isla, sobre la cual habían echado mucha luz las delaciones de Esteban.

Al comandante y Lombea y Cortino se le encargó la vigilancia en la zona de circunvalación del extenso poblado. Este militar que tantas pruebas de insubordinación había dado por su caracter díscolo é iracundo, cuando trataba con sus superiores, sin reparar en sacar en el palacio de la Habana la espada, primeramente contra Gatica delante de Kindelán que ejercía el primer mando, y más tarde contra el mismo Vives, cuando éste le prohibió que se batiera con Senmanat, era obediente y cumplidor de sus deberes en servicios de campaña.

Una noche, recorriendo solo á pie los terrenos inmediatos á una de las entradas de Puerto Príncipe, reparó varias carretas cargadas con bultos pequeños y de mucho peso, según se advertía por el cansancio de los bueyes que las tiraban. No podía ser la carga aquella de azúcar, por su poco espacio, ni de cera, ni de ningún producto del país. Los carreteros bajaron los bultos con dificultad en un pequeño bosque de coposos mamoncillos, llamados allí anoncillos, situado en una quinta perteneciente á un señor Agramonte,

y de allí comenzaron á conducir esos bultos á una casa con techo de guano.

Lombea con la sospecha de haber descubierto un contrabando de guerra, se dirigió á la casa apenas vió que ya estaba en ella la mayor parte de lo que traían las carretas.

Conocía él al hijo del amo de la quinta, y le pareció más prudente verlo que alarmar á los carreteros y exponerse á que lo inutilizaran á estacazo limpio, y se llevaran los misteriosos bultos á otra parte. Al acercarse á la puerta de la casa, salieron de ella cinco hombres bien vestidos que alegremente lo invitaron á cenar á un punto cercano.

Aceptó gustoso la invitación, sin renunciar á descubrir el contrabando, apenas viera á alguno de su gente, la cual tenía regada por aquellos alrededores.

En una casa próxima había con efecto una mesa, alumbrada por dos largas velas de sebo, con un lechón asado, sapicón, pan, casabe, no pocas botellas de vino tinto y jarros de zambumbia.

—¡Viva el comandante! dijo uno.

Y desde entonces todo fué *señor comandante* por aquí, *señor comandante*, por allá, llenando de atenciones y brindis á Lombea que, sentado pierna izquierda atrás y la espada de cazoleta, lista para sacarla como un relámpago en el primer momento oportuno,

trataba de corresponder á las lisonjeras frases que se le dirigían.

—¿Le gusta á V. la baraja, mi comandante? le preguntó uno de los más cumplimenteros.

—No juego nunca, contestó.

De repente dos bocas soplaron las dos velas, quedando el cuarto á oscuras.

El *guancho* se tiró de bruces debajo de la mesa, saliendo del lado opuesto al que él ocupaba; y acoderándose en un rincón, con guardia cerrada en quinta, esperó el ataque.

Hubo un rato de silencio.

Lombea creyó que los amables comensales habían salido; pero no tardando en advertir que lo buscaban á tientas, tiró estocadas en las distintas direcciones que juzgó convenientes, y que lo fueron sin duda, á juzgar por los gritos y lamentos de heridos que se lanzaron.

También á él le tiraban con furia.

Las paredes cercanas al rincón recibían repetidos puntazos y tajos, produciendo polvo y tierra que sentía palpablemente el comandante.

Unas negras que estaban en el interior de la casa y habían aderezado la cena, se dieron á gritar pidiendo socorro.

Mientras tanto los golpes de uno y otro lado seguían; pero menudeaban cada vez me-

nos por parte de los agresores y parecían certeros cada vez más cuando los descargaba el tirador insigne.

Sucedió al fin lo que éste anhelaba. La vocería llamó la atención de los soldados de Lombea que en número considerable entraron con hachones en el lugar de la escena, viendo á su jefe todavía en guardia de quinta en un rincón, y á un muerto y dos heridos á sus piés.

Sin perder un momento, el comandante, seguido de su gente, invadió la casa del contrabando, y en ella y en el bosque de mamoncillos, encontró por todo un armamento completo de mil fusiles.

Veintiseis años después contaba en Madrid Lombea y Cortino este lance, confesando que había sido uno de los más apurados de su vida.

El descubrimiento confirmó la exactitud de los informes de Esteban, é hizo duplicar las precauciones tomadas en Puerto Príncipe para hacer frente á cualquiera emergencia. Algunas prisiones se hicieron entre personas de viso, y algunos jóvenes de buenas familias emigraron á los Estados Unidos; pero la tranquilidad pudo restablecerse sin grandes dificultades, aunque no de una manera absoluta; y si la Audiencia de la Habana no se dió punto de reposo en juzgar á los conjura-

dos de los *Soles* é imponerles castigos cuyo peor resultado fué la ruina de muchas familias, la de Puerto Príncipe manifestó desde luego deseos de ser más severa en causas de infidencia, no aprobando el espíritu de lenidad que animaba á Vives.

Las declaraciones basadas en el parte oficial de Lombea no comprometían á los comensales cumplimenteros que intentaron matarle en las tinieblas. El hecho apareció como una riña casual é impremeditada de que solo era origen el vino, y que en ningún concepto se rozaba con el armamento descubierto en la casa vecina.

Bastante castigo sufrieron los que habían tratado de matarle, teniendo un muerto y varios heridos de baja y pagando la cena. El cadaver se enterró y á los heridos los curaron, sin que á la autoridad se le diese conocimiento del hecho. Satisfacía á Lombea el apresamiento del contrabando de guerra, como importante servicio militar por él prestado; pero puso particular cuidado en que la *gente de golilla*, como él decía, no se diera el gusto de matar á nadie por su causa. «Los mil fusiles, con sus correspondientes balas y cartuchos, están en poder del gobierno, que de ese modo queda avisado del peligro. Lo demás no me interesa.» Así se expresaba el peleador comandante.

En otra ocasión el Gobernador de la plaza lo llamó.

—Señor comandante, le dijo: tengo que dar á V. una comisión.

—Mande usía, mi coronel, contestó.

—Se tiene noticias de que el Marqués de Noril es el jefe del movimiento insurreccional que se prepara, y á cada momento desaparece, sin que se haya averiguado nunca donde va. Tiene V. el encargo de seguirle con el fin de averiguar lo que hace é impedir que por sorpresa nos dé un golpe de mano.

—Perdone usía que le advierta que ese servicio no es de guerra y corresponde á un policía. Parrado es excelente para el caso, manifestó Lombea.

—Parrado es inmejorable perseguidor de malhechores; pero no tiene condiciones para destruir una operación militar astutamente combinada por un enemigo que vive en la plaza y puede hacerlo todo con disimulo.

XXXVIII

LLEGADA A PUERTO PRINCIPE

El día en que salieron de Guanaja Esteban y su arriero Domingo, cruzando la sierra de Cubitas, anduvieron bien y sestearon en la *casa de pasajeros* de una hacienda de Caunao. Esas llamadas *casas* consistían entonces, y todavía las hay, en una fuerte horconadura, cubierta con un gran techo de guano, desprovista en absoluto de muros y situada cerca de una aguada, donde podían los viajeros detenerse á cualquiera hora, todo el tiempo que gustaran, y atender dentro de un espacioso circuito no techado, á sus carretas, carruages, arrias, y sus correspondientes bueyes, acémilas y cabalgaduras, sin tener que saludar al dueño ó encargado de

la finca, ni agradecer una hospitalidad igual para todos.

Esteban y Domingo ataron sus hamacas á unos horcones de la indicada casa ó glorieta, echaron un sueño, tomaron un succulento ajiaco hecho por ellos mismos con las provisiones que traían, y á la caída de la tarde se dirigieron por un delicioso camino á Puerto Príncipe con el objeto de pernoctar allí y proseguir al otro día la marcha á Santa Cruz del Sur.

Podrían haber evitado ese rodeo, pero Esteban lo dispuso así para tomar algunos informes en la capital del Camagüey.

Entraron por la Vigía, en los momentos en que concluido el combate homérico entre tinieblas de Lombea, éste descubrió el contrabando de guerra. Para mejor enterarse de la importancia material del descubrimiento que tanto le complacía, Esteban pensó entablar conversación con Lombea y Cortino, recordándole el conocimiento que habían hecho en la sala de esgrima del *Fijo de la Habana*; pero en vista de la situación que atravesaba resolvió permanecer desconocido.

Quedó satisfecho de que el alijo de mil fusiles por Santa Cruz que había anunciado con un mes de anticipación al Capitán General, se confirmara, y dispuesto á sacar partido de este hecho si la suerte se le torcía, se

instaló en la fonda del *Caballo Blanco* situada en la calle de las *Carreras*.

—¡Domingo! dijo á su guía: hazme un favor.

—El que V. quiera, contestó Domingo.

—En la calle de la Candelaria esquina á la de Santa Ana hay una gran casa.

—La conozco, interrumpió el guía: la casa de don Frasquito Agüero.

—Ahora no encontrarás abierta sino la portada.

—La cual dá á la calle de Santa Ana, interrumpió Domingo.

—Eso es. Allí, sin decir que vas de parte de nadie, averigua por los negros que estén á la entrada ó por el vecindario, dónde se hallan doña Mercedes de Agüero y María su niña.

Domingo que era servicial, partió á toda prisa á hacer lo que le había Esteban encargado, y á los quince minutos volvió.

—¿Qué has sabido? le preguntó su capataz.

—Caballero, contestó el guía: he sabido que D. Frasquito, Da Mercedes, Da María y una señora inglesa, llegaron á la casa hace cinco días del ingenio *La Caridad*, de Guanaja, en dos carruajes; que mandaron á buscar caballos de repuesto á un potrero de la familia que está cerca, y que al amanecer

volvieron á salir todos en los mismos carruajes.

—¿Para dónde? preguntó Esteban.

—Primero para la hacienda de Najaza.

—¿Y después?

—Para Santa Cruz del Sur.

—¿Y averiguaste si llevan la intención de embarcarse?

—No. Solo he oído que van á parar á una quinta que tienen cerca del pueblo llamada *Mercedes* en la costa por el lado de Vertientes.

Mientras hablaba Domingo se decía mentalmente Esteban:

—Eso es. En Najaza había de esperar á Frasquito D. Andrés Sánchez, y de allí debieron de salir las carretas con el armamento apresado por el comandante Lombea y Cortino en la Vigía.

Después de haberse dicho esto así mismo, sin abrir la boca, continuó Esteban en voz clara su pequeño interrogatorio:

—¿Sabes si Da Mercedes y todos los demás de la familia estaban con buena salud?

—Da Mercedes no se hallaba muy bien; pero no quiso separarse de su hermano y decidió seguirlo.

—¿Explicó ella porqué, apesar de su indisposición, quería no separarse de su hermano?

—Entiendo que lo explicó, dijo Domingo.

—¿Cómo lo explicó?

—Asegurando que la quinta de Santa Cruz estaba en punto alto, muy ventilado y muy sano, y que solo allí se curaría.

—Muy bien, Domingo.

Domingo hizo un movimiento para retirarse.

—Espérate, hombre, le dijo Esteban: ¿duerme hoy alguien en la casa de D. Frasquito?

—¿En esta de aquí?

—En esta.

—Dormirá un caballero que acaba de llegar llamado D. Andrés Sánchez.

—Toma un escudo por el mandado.

Esteban entregó á Domingo una pequeña moneda de oro, y el guía, muy agradecido por la propina, hizo otro movimiento para irse; pero lo detuvo el primero por el brazo preguntándole:

—¿A dónde vas?

—Señor, contestó Domingo: nos hemos bañado, nos hemos vestido, hemos comido, hemos hablado: ahora me parece que debemos acostarnos, para seguir mañana muy temprano nuestro camino.

—Nos falta que hacer algo antes: dar un paseito por el pueblo para estirar las piernas entumecidas.

—Como usted guste, contestó el complaciente guía.

—Pues mira, ordenó Esteban: tráe las dos pistolas y el cuchillo de monte, y vámonos.

Domingo obedeció y después de llevar lo que se le encargaba, dijo:

—Caballero, he hecho lo que usted me indicó, y ahora puedo advertirle que aquí no se necesita, como en la Habana, salir á la calle armado, á ninguna hora de la noche.

—Dices bien; pero ya que tenemos aquí las armas las llevaremos.

Armados salieron, dirigiéndose al barrio de la Caridad.

No habían dado muchos pasos y les cautivó la atención el sonido de un violín que magistralmente tocaba, con excelente acompañamiento de piano, una sinfonía de *Don Giovanni*.

Esteban se acercó á toda prisa á la casa de donde salían esas notas sublimes, y vió por una de las ventanas que daban á la calle, una selecta concurrencia aplaudiendo con entusiasmo á los artistas intérpretes de Mozart, que cabalmente acababan la pieza.

Cónoció á pocas personas de las que allí estaban, y seguro de no ser reconocido por ninguna no tomó muchas precauciones para ocultarse, tanto menos cuanto que lo protegían las sombras de la noche y la confusión del gentío apiñado al frente de la casa.

Sin embargo, lo vió uno de los concurrentes, que salió á la puerta de la calle á saludarlo.

Era un joven rico de Bayamo, condiscípulo que fué de Esteban en la Universidad de la Habana.

—¿Dónde está tu padre Frasquito?—le preguntó.

—No sé precisamente ahora, si en Guanaja ó en Santa Cruz, respondió Esteban.

—¿Y sabrás el paradero de Andrés Sánchez?

—Tampoco, aun cuando nó extrañaría que fuera á dormir á casa, si está en el pueblo.

Con esto sólo (volvió á decirse para sus adentros Esteban) si yo vigilase los pasos de este mocito esta misma noche, sabría cosas muy buenas que comunicar á Vives; pero no debo detenerme.

—¿Quién ocupa este casa?

—El oidor Avellaneda.

—¿Y cuál es el objeto de la fiesta?

—Leer unos versos de su hija Gertrudis que tiene nueve años.

Esteban consideró que debía complacer á Domingo retirándose hacia la posada del *Caballo Blanco* y así lo hizo.

Al separarse del frente de aquella artística casa del Fiscal de la Audiencia de Puer-

to Príncipe, el comunicativo y observador Domingo le dijo:

—Repáre usted, mi capatáz, que todas las casas de esta *cuadra* están abiertas como para no desperdiciar lo que se toque en la del Sr. Avellaneda.

—Menos ésta que se halla en el lado opuesto.

—Eso iba á decir, continuó Domingo.

—¿Y por qué no está como las demás abierta?

—Esa es una casa encantada.

—¿No vive nadie en ella?—preguntó con indiferencia Esteban.

—Sí; vive allí una señora que es la mujer más linda del mundo, á quien todos llaman *la Santa*. En la casa no se abren nunca ni la puerta principal ni las ventanas. Sólo la puerta cochera se abre para dar salida y entrada por la mañana á *la Santa*, cuando va y vuelve de misa, y durante el día á todos los pobres que la tocan para pedir limosna.

—¿Y se la dan á todos?

—A todos.

—¿No tiene marido esa señora?

—Uno de los caballeros principales del pueblo, Don * * *.

—¿Será muy celoso?

—Nada de celoso. Quisiera llevarla á todas partes; pero ella se niega, y él la com-

place, dejándola que se entregue á la religión y á la beneficencia.

No pareció interesar tanto á Esteban como á Domingo la historia de *la Santa*. Pronto estuvieron de vuelta en la fonda, y por la madrugada salieron camino de Najaza, cantando Domingo al són de su tiple décimas con tan buen pecho que era un contento oírle.

XXXIX

DE PUERTO PRINCIPE A SANTA CRUZ

Esteban se felicitaba de tener tan buen compañero de viaje propio para distraerlo de sus téticas reflexiones.

De repente salió á pie de un matorral un hombre de elevada estatura, delgado, con buena ropa y un obscuro antifáz puesto.

—¡Alto!—gritó blandiendo una larga espada—y dadme todo el dinero que llevais.

—¿Pero viene usted á matarme de todas maneras, ó á matarme si no le doy lo que llevo?

—A lo último, contestó el enmascarado.

—Yo le complacería á usted; pero como quitarme ahora lo poco que tengo equivale á matarme, voy á defenderme, replicó Esteban, disparando un tiro que no tocó al asaltante.

Disparóle enseguida con la otra pistola y tampoco le dió.

Entonces Esteban, echándose del caballo abajo, desenvainó su machete y se lanzó primero contra Domingo que era el más cercano y á quien juzgaba cómplice del extraño bandido.

—¡No me mate, caballero!—gritó el guía temblando.

—¡Pues defiéndeme! que á dos no los roba nadie, á menos que uno de los dos sea traidor.

El de la careta se adelantó á tres pasos de distancia.

—¡Nadie roba á dos, menos yo!—gritó— ¡A entregar las armas y el dinero! ¡No espero ni un minuto!

Domingo le tiró por toda respuesta un machetazo capaz de abrirle el cráneo, golpe que el bandido supo evitar con un salto atrás, y Esteban avanzó sobre él dirigiéndole una flanconada baja, que también paró el contrario *rompiendo*, ó sea retrocediendo de frente. El bandido en el acto los atacó á su vez con tanta ligereza y brío, que los hizo retirar á saltos poniéndose fuera de distancia.

Esto parecía una fuga disimulada. El hombre del antifáz se detuvo sofocado, y todos los combatientes se quedaron quietos mirándose.

desaparecido del mundo, no le digo á V. nada de lo que le sucedería en el evento de que yo estuviese vivo cuando V. volviera á intentar otro crimen.

—No volveré á intentarlo.

—¿Cuántos asaltos ha hecho V?

—Dos, fuera de este.

—¿Con éxito?

—Sí, señor.

—¿Siempre solo y enmascarado?

—Siempre solo y con careta.

—¿A pié siempre?

—Siempre, y sin alejarme de la ciudad más de una legua.

—¿Se ha metido V. alguna vez en política?

—Nunca.

—Hable V. con franqueza y no le pesará.

—Le repito á V. por la memoria de mi madre que nunca.

—¿Qué le ha inducido á V. á dar esos asaltos? ¿La miseria?

—No.

—Sé que vive V. holgadamente de sus rentas con su familia.

—Verdad es.

—¿Juega V?

—No juego.

—Entónces ¿para qué asalta V?

—Para satisfacer los pedidos de una mujer que adoro.

—¿La propia?

—Mi mujer no desea nunca más que lo que honradamente tenemos.

—¿Quién es esa mujer?

—No lo diré á nadie nunca.

—¿No me lo diría V. aunque lo llevara á V. preso si no lo hacía?

—Le daría á V. un nombre falso.

—Puede V. retirarse, quitándose el antifáz.

—Aquellos me ven.

—Señores, gritó Lombea á Esteban y Domingo, hagan ustedes el favor de volverse de espaldas hácia acá.

Así lo hicieron, y el Marqués de Noril, con la cara descubierta se retiró á buen paso para Puerto Príncipe.

—A este lo creía el Gobernador un hábil conspirador y es solo un torpe salteador de caminos, dijo Lombea, viéndolo alejarse.

Esteban se adelantó, sombrero en mano, hacia el valiente y forzado comandante y le dijo emocionado:

—Agradezco á V. profundamente su noble auxilio, y deseando corresponderle de alguna manera, suplico á V. me permita montar á caballo para seguir mi camino á Santa Cruz, que ya está picando el sol.

—¿Va V. á casa de su padre?

—Sí señor.

—Pues hágame el favor de esperar un momento á que me traigan mis caballos é iremos juntos.

Otros dos soldados ocultos hasta entonces en la manigua, trajeron de la brida cinco caballos, el del jefe, los suyos y los de los que habían custodiado al bandido cuando *lo echó á dormir* el bofetón de Lombea.

A Esteban se le cerró el corazón en virtud del giro que tomaban las cosas, y el miedo que tuvo aumentó cuando Lombea completó sus frases con estas palabras:

—Porque tengo también yo que ir á Santa Cruz á casa de su padre.

Comprendía el inventado Marqués de Besanes que fuese gente de tropa á donde estuviese Frasquito; pero como tampoco se le ocultaba que igualmente podría enviarse esa gente donde él estuviera, se preguntó si la prudencia no le aconsejaba suspender el viaje por algunos días, quedándose con pretexto de enfermedad ó cualquiera otro, en medio del camino.

Después pensó que si Lombea y Cortino tenía órdenes contra él, de cualquier modo las cumpliría, y que lo más conveniente era estar cerca de María Consalvo, cuyo apoyo interesaba más que todo á la hora decisiva.

Emprendió el viaje aquella cabalgata de siete ginetes que pronto quedaron reducidos á cuatro, habiéndose quedado Lombea con uno de los soldados, que era su asistente y ordenado á los tres restantes que se incorporasen al medio escuadrón que se adelantaba procedente de Puerto Príncipe levantando espesa nube de polvo.

—Esos tendrían que sujetarse á ordenanza y no harán más que ocho ó nueve leguas por día. Llegarán á Santa Cruz mañana por la tarde y nosotros estaremos allí hoy al oscurecer.

Atravesaron á nado dos veces el rio Najaza, sestearon á medio día á la sombra de un jobo, y no perdiendo tiempo, antes de que bajara la noche descubrieron la casa-quinta *Mercedes*, irguiéndose como un castillo feudal en una eminencia de la costa inmediata al modesto puerto de Santa Cruz del Sur.

Durante el camino había hecho Esteban algunas observaciones no del todo tranquilizadoras para él.

Lombea no le preguntó, ni habló de Manuel, lo cual le hacía sospechar que estaba en conocimiento de lo que pasaba y de que se le atribuía el asesinato.

Tampoco le habló de Vives, ni de las últimas órdenes de la Capitanía General recibidas en el gobierno de Puerto Príncipe, y

esta misteriosa reserva le infundía grandes recelos.

Se hallaban á tres leguas del pueblo, y con la angustia por llegar que entra á fines de todo viaje. Se les había echado aguardiente á los caballos, entre las orejas, por las patas, la cruz, el lomo y las ancas para que rindieran sin novedad la jornada, distinguiéndose Domingo por sus cuidados y servicios.

—Déle V. una buena gratificación á este chico, dijo Lombea á Esteban. Se ha portado muy bien.

Siguieron adelante en silencio un trecho mas, y el comandante de caballería deteniéndose y llamando á parte á Esteban, que se detuvo también, le dijo:

—Amigo mio: hablemos con franqueza. Lo veo á V. andando con tapujos, y es tiempo de aclarar las cosas.

—Eso quiero yo, respondió Esteban.

—Me alegraré mucho, expresó Lombea, y continuó así:

—Ha llegado á mí, y se ha dicho por todas partes, que V. y su hermano se han disgustado por una prima; que la chica lo ha preferido á V.; que la madre de la chica lo ha despedido á V. de la casa, y que V. quiere casarse con la niña por la justicia. ¿Hay algo de verdad en esto?

—Algo, algo hay de todo eso.

—Pues entonces, no venga V. haciéndome creer que vá á la casa, ni á ocultarme donde irá V. á alojarse, cuando me puede convenir saberlo, desde este momento, para el desempeño de la misión que se me ha confiado.

—Iré á la venta del *Indio*, inmediata á la quinta *Mercedes*.

—Precisamente allí deberé pasar yo también, pero no tema V. nada por mi parte, que yo no mezclo nunca los asuntos militares con cosas de faldas. Ya está V. advertido.

Esta advertencia alivió la depresión moral y física de Esteban, quien al ver alejado uno de los temores, el mayor, de los que le asaltaban, dió una fuerte aspiración para renovar el aire de sus pulmones, como instintivamente suele hacerse cuando se sale de un peligro.

Lo que le inspiraba más terror era la posibilidad de una orden de prisión é incomunicación que le impidiera hablar con María y realizar el casamiento.

La explosión de dolor é indignación que tendría Frasquito al verle, solo al pensar en ella lo atemorizaba hasta producirle temblores; pero como no había más remedio que arrostrar ese trance y era hombre resuelto á

todo para llevar un plan á cabo, siguió persistiendo en el que tenía.

Si la fortuna lo ayudase con que la orden de prisión en vez de ser contra el conde de Basanes fuese contra D. Francisco de Agüero, entonces todo variaba favorablemente; porque por muchos desaires que sufriera de doña Mercedes, él á fuerza de servicios y favores se abriría paso y en definitiva de todos modos realizaría el matrimonio con la rica heredera.

Llegaron á la *Venta del Indio*.

A su vista se disiparon los proyectos de instalación de los viajeros.

LOS DOS RANCHOS

La *venta* era una casa de pequeñas dimensiones con cobija de guano y un portal bajo sujeto por tres tosas de caoba sin labrar, donde los ginetes podían entrar y acercarse á una ventanilla para comprar lo que querían. La única puerta estaba cerrada.

Y el *indio* era un robusto catalán joven, que metido en la casa solo tenía comunicación con el exterior por una ventanilla, desde la cual facilitaba á los marchantes lo que le pedían, consistente por lo general en galletas, queso del país, aguardiente nuevo, velas de sebo, sogas y espuelas macizas de plata muy grandes. Fuera del queso y las galletas no se daba allí nada que comer, ni siquiera huevos.

—No es aquí donde podremos alojarnos

ni matar el hambre, dijo riéndose con ruidosa carcajada Lombea.

El catalán, viendo los buenos caballos de los pasajeros y enterándose de los propósitos que llevaban de alojarse allí, respondió con el especial acento de su noble provincia:

—Señor Comandante, si viene V. de retén por algunos días puedo facilitarle dos hermosos ranchos, cada uno cuatro veces mayor que éste, allá en el Cerro, como á trescientas varas de la quinta de Agüero, y de donde se domina el mar hasta el horizonte.

—Eso puede convenirnos ¿Qué le parece á V. amigo D. Esteban.

El interrogado contestó:

—Lo que es á mí me convendría.

—Y de comida ¿qué podrá usted darnos, buen hombre? preguntó Lombea al hijo del Principado.

—Buena y abundante leche, huevos, tasajo de puerco y de vaca, gallinas y pollos, arroz de la tierra, café y azúcar.

—¿Y qué hay de pan?

—No siempre se consigue; pero sí buen casabe.

—¿Y qué tenemos de vino?

—Muy bueno. Del Priorato.

—Pues vamos allá.

—No los acompaño, dijo el catalán: cojan por esta senda que está enfrente y á

los diez minutos encontrarán las dos casas.

—¿No hay nadie en ellas?

—Sí: encontrarán ustedes un pardito á quien darán ustedes este papel y podrán quedarse allí y amarrar sus hamacas donde quiera.

—¿No hay muebles?

—No señor.

—¿Y dónde comemos?

—Con unas tablas que yo mande se arreglará una mesa.

—¿Y tendrá V. bateas?

—Por casualidad tengo dos.

—¿Y *gícaras*?

—Bastantes.

—Esteban que hacía estas preguntas, contestadas por el ventero, ordenó:

—Domingo; compra esas dos bateas y seis *gícaras*.

Domingo obedeció, y los de la cabalgata se trasladaron al cerro, donde tomaron posesión de los dos ranchos, instalándose en uno Lombea con su asistente y en el otro Esteban y Domingo.

No tardó el pardito, que era zagaletón como de quince años, delgado y fuerte, en bajar á la *Venta del Indio* y en volver con un serón á cuestras y unas *jabas* conduciendo gran parte de las provisiones anunciadas por el catalán; pero todas crudas.

El asistente de Lombea se encargó del guiso, y cuando el comandante y Esteban, estuvieron perfectamente bañados con el agua traída de un manantial cercano, y vestidos con el mayor esmero que la ocasión permitía, se hallaba lista la magnífica cena, estando al propio tiempo de retorno Domingo de una excursión á la quinta que había hecho con instrucciones detalladas de su capatáz, ó más bien compañero de glorias y fatigas, desde Guanaja á Santa Cruz del Sur.

Domingo era un muchacho del Camagüey, honrado y fiel, como se dan en aquella tierra, y sentía adhesión á Esteban.

Jamás servidor tan bueno estuvo á las órdenes de tuno tan redomado.

—¿Qué me dices?

—Ella lo espera á usted en el jardín junto con la señora inglesa. Venga usted conmigo.

—Pero cuéntame lo que pasó.

—Me acerqué. Encontré á la señora inglesa y á la niña María en el jardín; les hablé como usted me había dicho, y después de consultarse las dos, me dieron este recado: dile que aquí lo esperamos.

Esteban se sintió como próximo á desfallecer: las corbas se le doblaron.

Domingo lo sujetó entre sus brazos.

—¿Qué es esto, capatáz?—le preguntó—
¿se mantiene usted firme peleando con el
condenado de la careta, y se quiere usted
desmayar al acercarse á una niña? Vamos,
¡valor!

El miserable cobró ánimo y se dirigió
con Domingo hacia el jardín.

XLI

EL DOLOR DE AGUERO

La tarde en que zarpó del puerto de la Habana el bergantín *Veloz* y salió para Guanaja, llevando á su bordo á Frasquito, Da Mercedes, María y Mrs. Merrill, los dos primeros, que no se mareaban nunca, cayeron abatidos en un sofá de la cámara, y no volvieron á hablar con nadie, ni el uno al otro, hasta tres días después, llegados ya al ingenio *La Caridad*; tan absorbidos estaban por sus propios dolores; pero cuando á las pocas horas de instalarse en aquella finca que era la favorita de ambos hermanos, recibió Frasquito carta del Obispo Espada, noticiándole el asesinato de Manuel y la fuga de Esteban, sobre el cual recaían todas las sospechas de haber sido autor del crimen,

el abatimiento del desventurado padre de la víctima llegó al extremo de confundirse con el idiotismo.

Se le vió guardar cuidadosamente la carta en un pequeño paquete, que á guisa de relicario guardaba sobre el pecho y que contenía un retrato en miniatura de su hijo hecho por Ingres; también se le vió escribir como en contestación á aquella, otra carta que remitió al referido prelado, y desde entonces no se le oyó una palabra más en ocasión ninguna, ni fijar siquiera la vista en nada, por importante que fuese.

D^a Mercedes lo dirigió todo desde aquel momento en la casa: ella dispuso el viaje á Santa Cruz, ocupándose de los preparativos y pormenores, y sin abandonar la vigilancia que ejercía sobre la niña, con el objeto de sorprender cualquiera tentativa de Esteban para raptarla ó constituir la en depósito según la ley del disenso paterno, no dejaba ni un momento de prodigar cariños cuidadosísimos á su hermano, que como vivo cadáver, como inerte estátua de movimientos automáticos, representaba la existencia del cuerpo sin la del alma.

De este modo se emprendió la traslación primero á Puerto Príncipe, enseguida á Najaza y finalmente á Santa Cruz, sintiendo la infeliz señora cada día más cariño y más

espíritu de abnegación hacia su hermano, á paso que iba comprendiendo que él sufría tormentos más agudos que los de ella, con ser estos tan penetrantes.

En medio de todo, la hija rebelde á impulsos de una locura amorosa, la tenía desesperada por su inconsciente obstinación, verdad era; pero en otras cosas la respetaba y la atendía con afecto, mientras que el único hijo de Frasquito, su alma, su adoración, el ser que lo ligaba á la vida, había muerto, y había muerto en circunstancias tanto más espantosas cuanto más bellas podían haber sido las esperanzas, las seguridades de que le aguardaban días felices.

Frasquito no leyó toda la carta del Obispo Espada. Cuando llegó al punto en que se demostraba la certeza brutal de la muerte de Manuel, el mundo obscurecía á sus ojos, y dejó de ver lo que en el papel había, lo que había en cualquier parte por mucho que lo mirara; pero doña Mercedes sí la leyó toda; y al fijarse en el incidente de no haber querido el joven dejar solo á su padre sino seguir su suerte; al detenerse en la heroica resolución de Catalina, de aprobar la conducta de su esposo y acompañarlo al lado de Frasquito; al advertir que la madre y el abuelo de la desposada decidieron unirse á los novios para trasladarse por tierra al

sitio en que se encontraba el anciano, se le inundaron los ojos de lágrimas, comprendiendo con admiración cuánto aumentaba la irreparable pérdida sufrida, el conocimiento de todo lo que valían los seres heridos de muerte con la infame puñalada.

No podía equipararse el dolor de doña Mercedes con el de su hermana, y ésta hubo de reconocerlo como el sabio de Calderón que

cuando el rostro volvió
halló la respuesta viendo
que otro sabio iba cogiendo
las yerbas que él arrojó.

Ella se creía la persona más desgraciada del mundo; pero el doble drama de Manuel y Catalina la obligó á confesar que la desventura de su hermano era superior á la suya.

De allí su dedicación á cuidarlo y servirlo.

Podía haber algo de egoísmo en ello; de ese egoísmo que consiste en pensar: ¿á quién voy á querer y quién va á quererme, como él, en el mundo?

Pero este no es egoísmo, sino amor.

El amor nunca se desprende del interés personal y con él se confunde.

La pérdida de un ser querido no se siente por que se le considera desventurado al

dejar este mundo de aflicciones, sino por el vacío que deja su desaparición eterna.

¿Qué sería de ella, qué de los últimos restos de la familia, así que el jefe bajo el peso de sus desastres sucumbiera?

Esta natural consideración la ayudaba á repeler sus propios dolores para comunicar vigor al cuerpo hercúleo y al ánimo elevado de Frasquito.

Levantábase éste temprano, como de costumbre, se bañaba y vestía con esmero cual lo hacía en los años de su juventud, cuando mariposeaba por entre las bellezas deslumbradoras de la Habana y Puerto Príncipe ó se pavoneaba á pié por la *Chausée d' Antin* ó se exhibía caballero en un potro árabe en alamedas del bosque de Bolonia.

Su alimentación era excelente, cual puede proporcionarla la riqueza, y no se desperdiciaba ningún pormenor que la acomodara á los preceptos de la higiene. El ejercicio físico no se desatendía, procurando Da Mercedes que los paseos de herborización por los contornos de la casa fueran largos y fatigosos, y que cuando llovía hiciera los movimientos más conformes con las prescripciones del Gimnasio Normal de Amorós.

Pero semejantes prácticas no se efectuaban con regularidad ni parecían ejercer ningún influjo en la mente de Frasquito. Lo

único que podía consolarlo, y bien lo sabía Da Mercedes, era la conversación amena de D. José Ricardo O'Farrill, el ilustre amigo de Humboldt y, sobre todo, la compañía constante del sabio conde de Brisnes, con quien estaba de todo en todo identificado; pero O'Farrill recorría entonces el mundo oriental y el de Brisnes vagaba por las tristes calles de San Agustín de la Florida, expulsado de Cuba como extranjero sospechoso.

El silencio de Frasquito, no interrumpido ni un solo momento, y la mirada fija, sin expresión, de sus ojos vidriosos, alarmaban á Da Mercedes; pero ella que había escogido de la biblioteca los libros que con más gusto leía su hermano: el *Infierno del Dante*, las *Cartas de Junius*, el *Quijote*, *Shakespeare* y *Calderón*, y los había puesto sobre su escritorio, sin conseguir que él los abriese, notó un día que se engolfaba horas enteras en la lectura de dos obras lujosamente empastadas y se alegró del hecho, porque demostraba el funcionamiento del cerebro en el enfermo misantrópico, y que algo podía aun atraerlo á las cosas terrenales.

Sin embargo, la asaltó una penosa idea. Años atrás Frasquito había secuestrado dos libros traídos de París por Esteban que contenían grabados licenciosos y cuya encuadernación lujosa y forma se parecían á los

que tanto llamaban la atención al abatido anciano.

Cuando éste los secuestró escondiéndolos en su cuarto para echarlos fuera de la casa el mismo día, desaparecieron y se achacó á Esteban el hecho. ¿Serían esos los dos libros? Si así resultaba los síntomas de locura le parecían evidentes.

Doña Mercedes, aprovechando una siesta de su hermano, se acercó al bufete, donde habían sido dejados los libros, y los examinó. La pasta era dorada y costosa. El interior una edición admirable del siglo XVII, impresa en griego, de Platón y otra igual de Sócrates.

La buena señora agregó á ellas otra, preciosa también por su mérito bibliográfico, de un librito titulado *Imitación de Jesucristo* generalmente atribuido al amanuense A. Kempi, del siglo XVII, y que se supone ser original de un fraile benedictino que vivía en los Alpes el siglo XIII.

Frasquito no miró con desagrado ese librito, según pudo notarlo con fruición la vigilante doña Mercedes; antes bien, desde que topó con él, dió en manejarlo y leerlo con tanta frecuencia como á los que la asustaron.

Una mañana fué á la quinta el Gobernador de Santa Cruz en persona. Encontró la sala con los muros embutidos, como si estu-

viera en ella de cuerpo presente un cadáver. Recibirlo Da Mercedes, también de luto riguroso, y de igual manera María.

Después de los ceremoniosos saludos del caso, el recién llegado, que era un hombre hermoso y llevaba bien el uniforme de coronel, preguntó á las damas por D. Francisco de Agüero.

—Si de todos modos quiere V. verlo, lo traeré, señor gobernador, le dijo la señora; pero si no es indispensable la inspección ocular le suplico á V. que la evite, porque está completamente abstraído, á nadie habla, y esperando al Dr. Castellanos de Puerto Príncipe para que lo examine.

—Señora, contestó el militar con muestras de aprecio y cortesía: no vengo á causar molestias; pero si yo pudiera avistarlo, aunque fuese de manera que él no lo advirtiese, lo agradecería, porque tengo particular encargo de verlo yo mismo con mis propios ojos y debo cumplirlo.

—¿Se puede preguntar sin indiscreción, Sr. Gobernador, de quien procede el encargo? inquirió Da Mercedes.

—Sí, señora; es de un amigo de D. Francisco: de D. Francisco Dionisio Vives, capitán general de la isla de Cuba.

El medio más satisfactorio de cumplir

V. su encargo, es que me haga V. el obsequio de acompañarme á su despacho.

—Con mucho gusto, dijo el gobernador, y siguiendo á Da Mercedes y á María, entró en el extenso aposento que servía de escritorio á D. Francisco.

Este se hallaba sentado en una butaca, con la mirada fija, la boca entreabierta y el labio inferior caído.

No pareció ver, ni contestó al jefe militar que saludándole cortésmente, le dijo:

—¿Cómo está V. Sr. D. Francisco?

—No siempre se halla en el mismo estado de sopor, observó Da Mercedes: tiene periodos lúcidos en los cuales se conoce que todo lo comprende; pero desde hace seis ó siete días no pronuncia ni una sílaba.

—Ya volveré por acá á saber como sigue, dijo el gobernador que examinó con mucho cuidado la situación de la finca, así como sus alrededores, después de haberse despedido con la mayor civilidad de las damas en quienes dejó el concepto de cumplido caballero.

El Gobernador de Santa Cruz detuvo la mirada en los cautivadores ojos de María, y partió á caballo escoltado por dos lanceros; pero de pronto volvió á la casa como si hubiera olvidado algo.

Desmontóse, y dirigiéndose á Da Merce-

des que ya iba á toda prisa á su encuentro, le dió una carta que con efecto se le había olvidado poner en sus manos, después de lo cual volvió á subir al caballo y partió medio confuso.

La carta era del General Vives, conteniendo otra del conde de Brisnes, dirigidas ambas á Da Mercedes, la primera desde la Habana y la segunda desde San Agustín de la Florida, con otra adjunta del mismo con sobre á D. Francisco de Agüero, para que éste la entregara á su destino si lo juzgaba oportuno después de leerla.

La noble señora la leyó y no juzgó oportuno entregarla á Frasquito.

Pasó éste la mañana más ensimismado que las anteriores y llegado el sol al meridiano, Da Mercedes, en cumplimiento de una promesa que le había hecho, se le acercó al oído y le dijo:

—Hoy vendrá Esteban.

XLII

UN LUCUMI

Al oír Frasquito las fatídicas palabras: *Hoy vendrá Esteban*, se levantó de súbito de la butaca en que yacía, como lanzado al espacio por la explosión de un quintal de pólvora.

Su hermana, lejos de asustarse, lo contempló complacida. Se había efectuado en él una metamorfosis completa, como las demostradas por el filólogo Claudio Bernal sobre los efectos del curare en una rana.

No estaba muerto: estaba dormido; pero apenas se le asomó la idea de que iba á ver al asesino de Manuel, despertó, funcionando con vitalidad su organismo.

Miró todo lo que le rodeaba con naturali-

dad y le dijo mirando el reloj grande del aposento que señalaba las doce del día:

—¿A qué hora vendrá?

—A la caída de la noche.

—Entonces tendremos tiempo de preparar la trampa para coger al zorro: llama con disimulo á Mrs. Merrill.

—Yo sé lo que habrá de responderte: interrógame á mí.

—¿Dónde para el malvado?

—En uno de los ranchos qué . . .

—Sí, interrumpió Frasquito; como para abreviar palabras á su hermana: los ranchos que yo le permití al catalán de la *Venta del Indio* que hiciera cerca de aquí. ¿Y cuando llegó?

—Anoche al obscurecer, respondió doña Mercedes.

—¿Vino solo?

—Con un criado llamado Domingo que le ha servido de guía desde Guanaja.

—¿Y el otro rancho?

—Lo ocupa un comandante de caballería, que encontró en el camino real á la salida de Puerto Príncipe y que se llama Lombea y Cortino.

—¿Cómo se comunicó Esteban con los de esta casa?

—Domingo, que parece ser muy listo, se acercó hasta el jardín, encontró allí á Ma-

ría y á Mrs. Merrill, les habló, y por encargo de ellas trajo al asesino hasta cien varas de donde le esperaban.

—¿Y los perros de esta finca? preguntó airado Agüero.

—Precisamente por los perros que á esa hora soltaron se detuvo el pícaro y se retiró, quedando en volver hoy.

—Siempre tendrá el inconveniente de los perros, dijo Frasquito.

—¿Has olvidado, hermano mío, que eres montuno viejo? expresó Da Mercedes.

—No: sé que los bandoleros tienen mil modos de inutilizar perros, entre ellos el más expedito de envenenarlos; sé que los perros no sirven, por lo general, sino para morder á los amigos y á los viajeros inofensivos; pero también sé que cuando se tiene conocimiento exacto del lado por que van á asaltar una casa los foragidos, se pueden preparar los perros de manera que sirvan perfectamente á sus amos.

—Te entiendo, Frasquito, dijo Da Mercedes cada vez más admirada del cambio de estado intelectual de su hermano.

—A otra cosa, dijo éste: ¿sabes algo más del comandante de caballería?

—Que llega hoy á Santa Cruz el medio escuadrón de su mando, que él se queda por aquí, entretenido desde el amanecer en mi-

rar al mar con un anteojo largo y que hoy vendrá á hacerte una visita de amigo.

—¿Todo eso te lo ha dicho Mrs. Merrill?

—No precisamente, pero es casi lo mismo: lo he leído en el diario que ella escribe antes de acostarse y que guarda en mi escarapate para que María no pueda leerlo y yo sí.

—Todo va á las mil maravillas, Mercedes: no te intranquilies por mí: ya ves qué sereno y qué fuerte estoy, exclamó Frasquito dando saltos y describiendo círculos en el aire con las manos, como si bailara la suiza. Ahora, añadió, mándame á Cayetano acá.

Da Mercedes tomó del bufete de su hermano una daga cincelada por Benvenuto Celini, que servía de pisa-papeles, probó si salía bien de la primorosa vaina, examinó la hoja para cerciorarse de que estaba limpia y guardó cuidadosamente el arma envainada en el enorme ridículo que á usanza de la época, llevaba á la cintura. Después de la operación ésta salió á cumplir la comisión que se le había dado.

Frasquito la vió, y murmuró satisfecho: --¡Siempre fuerte á la hora del peligro! Transcurridos algunos instantes, se presentó Cayetano.

Cayetano era el servidor de la familia

que, sin contar á Bernabé, ocupaba el primer puesto.

Flaco, de músculos acerados, de buen rostro con cicatrices verticales simétricas en cada carrillo que revelaban su naturalidad *lucumí*, de buena inteligencia, sabía leer y escribir, y valeroso hasta el heroísmo, del carácter independiente de todos los de su nación, no se había suicidado, á imitación de la mayor parte de sus paisanos traídos á Cuba, por el hecho de que Frasquito le dió á tiempo la libertad para que fuese y viniese á donde quisiera.

Quedóse en la casa, y se constituyó de propia voluntad en el mejor esclavo del que lo había manumitido, sirviéndole como ayuda de cámara, cocinero, calesero y en todos los conceptos compatibles con la dignidad del hombre.

—¿Qué manda el amo?—dijo al entrar en la habitación, besándole la mano á Frasquito en señal de respeto.

—Tú sabes lo que me ha hecho Esteban ¿no es verdad?—le interrogó su amo, con cariño.

Cayetano se hallaba enterado de todo por la madre de Bernabé, hasta de la muerte de Manuel y Catalina, y de la fuga y persecución del propio Esteban.

—No ignoro nada, contestó el *lucumí*.

—Pues sabe que el asesino está aquí, en

los ranchos que hizo el tendero del *Indio*.

—Le repito á Su Merced que no ignoro nada.

—¿Ni que se acercó anoche al jardín?

—Ni lo que está haciendo ahora mismo.

—Entonces, amigo mío, nada tengo que decirte. Vigílalo y avisa.

—Perdón, señor. Tiene Su Merced algo que decirme.

—¿Qué cosa es, Cayetano?

—Si puedo matarlo.

Frasquito meditó algunos minutos.

—Voy á contestarte en breve, dijo, y agregó: ¿te es fácil hablar con él?

—Si no hay otro remedio, estoy dispuesto á hacerlo, mandándolo Su Merced, contestó Cayetano.

—Está muy bien: espera en el corredor, que te llamaré antes de que pase una hora.

—¿No sería mejor, mi amo, contestó el negro, que yo vuelva aquí dentro de una hora, y siga en ese tiempo averiguando lo que pase en los ranchos?

—Como quieras.

Cayetano se fué.

Enseguida entró D^a Mercedes, que hacía de enfermera y criada de su hermano.

—El Sr. Lombea y Cortino está en la puerta del cuarto, y no quiere entrar si no le das permiso de que pase adelante.

Frasquito corrió al umbral de la puerta y dijo reverenciosamente:

—Sr. Lombea, tenga V. la bondad de pasar adelante.

Entró éste con demostraciones de afectuosidad y dijo sentándose en la silla que el amo de la casa le brindó:

—Perdone V., Sr. D. Francisco, que habiendo llegado ayer, no haya venido hasta ahora á verle.

—Siempre será V. aquí bien recibido, aunque viniera á prenderme.

—Y á propósito, Sr. de Agüero, manifestó Lombea un poco escamado: aunque recibiera esa orden nunca la cumpliría sin haberle dado á V. aviso anticipadamente para que pudiera escapar; créalo V., amigo mio.

—Muchas gracias, contestó Frasquito, poniendo la mano cariñosamente en el hombro del comandante; tenía que pedirle á V. un favor de toda confianza.

—Me honrará V. con él.

—Acaso sepa V. que su compañero de viaje desde Puerto Príncipe y vecino en el bohío inmediato, donde ha asentado V. sus reales, fué hijo adoptivo mio.

—Sé lo que ha pasado hasta que quiso casarse con la adorable sobrina de V., novia de Manuel... ¿y cómo está Manuel? preguntó interrumpiéndose Lombea.

—Manuel... Manuel, balbuceó Frasquito cayendo tendido en el suelo.

—Manuel ha sido asesinado por Esteban, dijo Da Mercedes, acudiendo en auxilio de su hermano y dándole á oler unas sales.

—No es de gravedad el ataque producido por mi estupidez: volverá en sí pronto, manifestó Lombea, con aire de hombre bastante entendido en medicina, después de reconocer al paciente.

Recuperó el sentido el anciano, tomó una copa de Jerez, y en el espacio de cinco minutos estuvo en estado de reanudar la conversación.

—Volveré otra vez: no le conviene seguir hablando, dijo el comandante.

—No, amigo; es indispensable que V. me oiga ahora.

—Como V. guste, D. Francisco: usted fué mi salvador en París; le debo la vida y dinero, y nunca podré olvidarlo. Mande V.

Frasquito, ya incorporado, se acercó á su mesa; abrió una gabeta, sacó de ella un pliego doblado y lo entregó á Lombea diciéndole:

—Suplico á V. que pase á ese desgraciado este papel para que lo lea y me lo devuelva, también por manos de V. Puede sacar una copia, si quiere.

—Cumpliré religiosamente el encargo,

replicó el comandante: le haré un sobre que pegaré con obleas.

—No, Lombea. Déjelo V. abierto como está. Quiero que el interesado comprenda que V. tiene el derecho de leer esas líneas.

El bravo militar se alejó.

Agüero hizo llamar á Cayetano que entró prontamente.

—Voy ahora á responderte, le dijo: no lo mates sino en defensa propia ó en caso de que huya cuando se le quiera tener sujeto.

—Muy bien, mi amo.

—En caso de matarlo quisiera hacerlo yo mismo, expresó el anciano cerrando los ojos y los puños.

—Yo se lo quería decir á *Leal*, dijo el lucumí enseñando sus blancos dientes.

—A propósito de perros: no los sueltes hasta que yo no te avise: recuérdalo bien.

—No tenga Su Merced cuidado.

—Oye bien otra cosa, dijo Frasquito al oído de Cayetano: si él quiere venir á hablarme, tráemelo, con cuidado, sin que nadie lo vea: si no quiere venir y lo puedes amarrar, tráemelo amarrado. Siempre procura que no se asusten las señoras.

—Todo lo haré como Su Merced quiere, contestó el negro, iniciando con un movimiento su retirada del cuarto.

—Otra cosa todavía, articuló el anciano:

—Mande mi amo.

—Me parece que debe acompañarte en estas cosas, para más seguridad, tu hijo Pancho.

—Ya me está ayudando: él vigila á Esteban, cuando yo me separo del escondite.

—Gracias, Cayetano, veo que me adivinas, dijo D. Francisco abrazando al negro.

Este exclamó:

—Se me olvidaba una cosa. Si Parrado ó Bernabé, ó los dos juntos vienen á prenderlo ó matarlo por la justicia ¿qué hago?

—Con la justicia no te metas, y si Bernabé necesita que lo ayudes, ayúdalo; pero siempre me avisas lo que pase.

Cayetano se retiró complacido, como jefe en campaña bien enterado de las órdenes que recibe y seguro de cumplirlas.

XLIII

LA HEREDERA

El pliego confiado á D. Segundo Lombea y Cortino por D. Francisco de Agüero decía así:

«Conviene que Esteban La Nodal se entere bien de estas líneas:

«Don Eulogio Consalvo, Conde de Casa Consalvo, tuvo de su primera mujer Da Catalina Osa un hijo llamado Segismundo, y una hija, llamada Da Josefa, y de su segundo matrimonio, que fué contraido con doña Mercedes de Agüero, una hija llamada María.

«El conde se arruinó al juego, y D. Francisco de Agüero, su cuñado, le pagó sus inmensas deudas, celebrando con él un contrato, elevado á escritura pública, por el cual quedó en posesión de todos los bienes del pri-

mero, siendo estos comprados por el segundo. El último se comprometió en el mismo contrato á pagar al primero una renta anual vitalicia, estipulándose que si el único y legítimo hijo de D. Francisco, que era D. Manuel, moría sin contraer matrimonio, sus bienes heredados pasarían forzosamente á Da María de Consalvo, hija del conde y de la segunda consorte de éste Da Mercedes de Agüero.

«Don Manuel, á quien su padre D. Francisco había cedido en vida todos sus bienes, murió alevosamente asesinado; pero hizo antes testamento á favor de Da Catalina Consalvo, con la cual se casó, y era hija legítima de D. Segismundo Consalvo y Da Teresa Gil: matrimonio que hizo el obispo Espada, según consta de los libros de la Catedral, y de que fueron padrinos el abuelo de la desposada D. Juan Gil y la madre de la misma doña Teresa, y testigos el Dr. D. Tomás Romay y varios más.

«En virtud de esto los bienes de D. Manuel no los hereda doña María Consalvo y Agüero sino Da Teresa Gil, por cesión que le hizo de todo lo que heredar pudiera, su marido don Segismundo Consalvo, Conde de Casa Consalvo.

«Así lo ha declarado en sentencia ejecutoria la Audiencia de la Habana, comunica-

da á la de Puerto Príncipe, y todos los bienes que poseía D. Francisco de Agüero, pertenecen á Da Teresa Gil, condesa consorte de Casa Montalvo, habiendo tomado ya posesión de ellos legalmente.

«De la verdad de esto responde,

FRANCISCO DE AGÜERO.»

XLIV

LA ENTREVISTA

Frasquito comió ese día bastante bien, atendidas su frugalidad de costumbre y la desgana de que venía padeciendo. Bebió una copa de su excelente Jerez, tomó una taza de café caracolillo que hizo Da Mercedes, fumó un puro de Vuelta Abajo, dió varios paseos por el jardín y á la caída de la noche se retiró á su bufete para esperar noticias de Cayetano.

La habitación estaba iluminada *á giorno* por una lámpara colgante francesa y otra de mano puesta en medio de la mesa despacho, sin que molestase el calor que despedían, porque el aire era fresco.

A poco de haber llegado Frasquito se presentó Cayetano con Esteban, á quien re-

conoció aquel de momento á pesar de haberse disfrazado.

—Déjame solo con él, dijo Agüero al negro, cierra la puerta y aguarda por la parte de afuera, para que no dejes entrar á nadie sin avisarme antes.

—Tenga cuidado el amo, porque está armado, dijo el etiope saliendo. No quiso venir de otro modo.

Frasquito miró al recién llegado con desconfianza, cerró la puerta sin perderle un movimiento, y le dijo con voz reposada:

—Hazme el favor de quitarte todas las armas que llevas y ponerlas en ese sofá que tienes cerca.

Esteban, que estaba temblando, no pareció haber oído lo que con tan buenas palabras se le encargaba.

—Te ruego que dejes allí las armas, le repitió Frasquito.

—¡Señor! prorrumpió el perverso con voz suplicante: Bernabé y Parrado me están buscando para matarme, y vengo á pedirle amparo al hombre más generoso del mundo, quien no querrá quitarme los medios de defenderme.

—Quizás te ampararé; pero no debes estar armado en esta casa.

Esteban no se movió.

Frasquito se adelantó hácia él con rece-

lo, dobladas las corbas y apoyadas las manos en los muslos, y de improviso con rapidez vertiginosa se avalanzó sobre él, lo tiró al suelo boca arriba, lo sujetó, apretándole el pecho con la rodilla, le quitó un puñal, un machete de media cinta y una pistola vizcaína, que fué arrojando al sofá; lo tentó por varios puntos para asegurarse de que no tenía otra arma y lo puso de pié como antes, sin parecer haber hecho un gran esfuerzo.

—Ahora puedes sentarte para que hablemos tranquilamente un rato, le dijo.

Esteban se sentó al borde de una silla de cuero, y Frasquito en otra, frente á frente.

—Antes de todo, dijo el último, debo pedirte otro favor que tengo la esperanza de que no me niegues como has hecho con el primero.

—Lo complaceré á V., si puedo, contestó el novio de María.

—Es muy sencillo. Te daré una buena espada: yo tomaré otra igual y nos batiremos aquí solos. Si me matas, sales por esa ventana y te metes por la cueva que tu conoces; si yo te mato regalo tu cadáver á María para que te levante un monumento.

Al decir esto, Frasquito sacó dos espadas españolas de combate de un armario que ocupaba el centro de uno de los testers del cuarto: empuñó una y le alargó la otra á

Esteban, dando un salto atrás y quedando en guardia, para precaver un ataque alevoso de su adversario.

Este dejó caer la suya.

—¿Tampoco quieres hacerme el segundo favor que te pido?—le preguntó Agüero tristementé.

—No.

—Mira que las condiciones son iguales. Tú eres un buen discípulo de florete del conde de Brisnes: yo no tiro mal, y si te llevo ventaja en la estatura y la pujanza, tú me la llevas en la juventud y la agilidad. Vamos, ánimo. Es lo único que podemos hacer en nuestra situación: batirnos.

Esteban no hizo un movimiento.

Frasquito con voz cada vez más fuerte continuó, descorriendo una cortina que cubría dos retratos al óleo de tamaño natural con cuadros dorados.

—Regójate: serán testigos de nuestro combate Manuel y Catalina, que nos están fijando la vista.

Siguió Esteban inmóvil.

—Advierte, prosiguió el anciano, que te facilito la libertad si me vences, mientras que tú me has delatado á Vives para que me prenda y me mande al patíbulo.

Observa que te concedo la honra de pelear contigo con el arma de los caballeros,

mientras que tú mataste con un puñal, y por la espalda, á mi hijo.

—Yo no he delatado á nadie; yo no le he dado á nadie ninguna puñalada.

—¡Esto dice, y el general Vives me 'ha dado los papeles con que me delata el perverso! ¡Y Juan Pérez me ha cobrado el recibo dirigido á él de la puñalada que el *Pelado* dió á Manuel por estipulación con el miserable!

Aquí la emoción de Frasquito llegó al parosismo.

—¡Yo he tenido que sacar la cara por él, gritó, y pagar la puñalada que él mandó dar á mi hijo! ¡Devuélveme esos treinta pesos! ¡Devuélvemelos!

Y este cobarde, agregó, ¿cómo iba á batirse con mi Manuel, joven y fuerte, cuando le aterra un anciano? ¡Pues bien! ¡Impostor! ¡Supuesto conde de Besanes! ¡Asesino. . . ! Ya que te niegas á batirte, ¡te voy á matar irremisiblemente como á un alacrán, si no te defiendes!

El anciano corrió hacia el que fué su hijo adoptivo, blandiendo la tizona, con el propósito de acribillarlo á estocadas, y entonces Esteban recogiendo la espada que Frasquito le había alargado, se puso en guardia baja decidido á pelear como un desesperado.

Trabóse un combate terrible.

El más joven, aprovechando las grandes dimensiones de la sala, se ponía instintivamente fuera de distancia y trataba de herir con golpes de tiempo el antebrazo de su enemigo. Por su parte el viejo, adoptando un juego cerrado y sin perder nunca el ataque, pretendía tocar de lleno mortalmente á Esteban, y evitar el cansancio. El joven paraba huyendo el cuerpo como el mono: el viejo paraba firme: el primero hacía triple ejercicio y sentía desfallecer su brazo: el segundo iba restableciendo la invencible firmeza del suyo, recuperando la seguridad de sus mejores tiempos: Esteban viéndose entre la espada y la pared daba puntazos y latigazos á roso y belloso, y Frasquito ya seguro de la victoria, estiró el brazo para dar la estocada suprema, cuando Cayetano llamó dando fuertes golpes á la puerta.

El anciano rompió, separándose del adversario en toda regla, como si estuviera en una sala de armas. Esteban cayó sentado, jadeante, sin fuerzas y vencido, apoyando la cabeza contra el muro en que se veía acorralado.

Siguieron los gritos y los golpes á la puerta. A la voz de Cayetano, sucedió la conocida de Bernabé, diciendo: *¡Abra Su Merced!* y la también conocida y más alta de Parrado que después de tres golpes acompa-

sados, hizo la intimación: *¡en nombre del Rey, abrid!*

—¡Allá va! ¡Esperad un momento! respondió Frasquito, y llamando á Esteban que estaba más muerto que vivo y le besaba los piés, separó el armario del muro, metió á su traidor adversario en una *hornecina*, concavidad donde había una cruz de una vara de alto; volvió á poner el armario como estaba, y corrió á abrir la puerta en los instantes en que Parrado principiaba á hacer la segunda intimación á nombre del rey.

—Estaba en paños menores, echando una siesta en la butaca y no he tardado en abrir sino el tiempo suficiente para ponerme la ropa, dijo D. Francisco.

—Venimos, dijo Parrado, á prender á don Esteban Lanodal, titulado conde de Besanes, circulado por edicto del Capitán General, y cuyo rastro hemos perdido al llegar á la quinta.

--Si habeis perdido su rastro al llegar aquí, ¿porqué lo buskais en esta habitación? preguntó con voz afectuosa Frasquito á Parrado y Bernabé que iban, como los cinco ó seis hombres que los seguían, armados hasta los dientes.

—Porque más de un testigo nos ha dicho que podía estar aquí.

—No lo he visto, y lo siento, porque tengo que arreglar con él unas cuentas.

Ni Parrado ni Bernabé parecieron dar mucho crédito á las aseveraciones de Frasquito, y recorrieron todo el cuarto registrándolo escrupulosamente.

Abrieron el escaparate, y reparando que las tablas del fondo estaban adheridas á la pared, juzgaron inútil separarlo de ésta.

Trataron de abrir también las diversas ventanas que daban al jardín pero las que no eran de rejas firmes tenían los maderos clavados por fuera y por dentro para no dar salida ni entrada.

Bernabé con permiso del amo, echó una sogá á las dos vigas paralelas que se denominan llave, y aseguran el techo y los muros de las casas y edificios de aquella época, subió á pulso por esa sogá y no vió sobre las tosas á nadie. La misma operación gimnástica hicieron otros, entre ellos Pancho, digno hijo de Cayetano, y tuvieron el mismo desengaño.

Como era natural, les llamaron á todos la atención y especialmente á Bernabé, las armas regadas en el sofá y el suelo, los retratos de Manuel y Catalina, descorrido el cortinaje blanco que los cubría, una gabeta de la mesa escritorio abierta y revueltos los papeles que contenía, un pomito rodando por el

suelo conteniendo sal de amoniaco, dos copas ó cañas de Jerez no del todo apuradas y otros detalles de menos importancia.

Bernabé conoció perfectamente la pistola y el puñal de Esteban, y como no se le había escapado que de la muñeca derecha de D. Francisco goteaba un poquito de sangre, sospechó que algo de combate ocurrió, que el venerado anciano no estaba herido y que si Esteban no se hallaba allí pudiera ser porque estuviese muerto, idea que lo consoló algo, y algo solo, no queriendo Bernabé únicamente la muerte del burlador de Carmen y asesino de Manuel, sino matarlo él mismo con sus propias manos.

De todas maneras, comprendió que lo más discreto en la ocasión aquella era seguir la pauta de Agüero y de Cayetano, el cual conocedor de lo que pasaba procedía sin duda de la manera más conveniente.

En cuanto á Parrado, sospechó que Esteban se hallaba muy bien escondido ó en la casa ó en sus contornos, sin conocimiento de D. Francisco y dispuso vigilarlo todo y continuar la persecución á todo riesgo hasta prender al circulado.

En tal concepto dió á su gente disposiciones para pernoctar dos en la Venta del Indio, dos en el rancho del perseguido, dos en la quinta y los cuatro restantes, que re-

sultaron los más descansados, habían de estar con él recorriendo aquellos alrededores la noche entera.

Bernabé, que tenía comisión directa del Capitán General y mantenía á su gente por cuenta propia, resolvió dormir en la casa en compañía de su madre.

Frasquito hizo servir á todos, según les correspondía por su clase y color, buena cena, y pidiéndoles que lo dispensaran, llamó á Cayetano.

—Toma esta llave, le dijo: es de esta puerta: yo tengo aquí otra. No te descuides para que puedas venir enseguida que te llame.

--No tenga el amo cuidado.

Al cerrarse D. Francisco en el aposento, lugar de las anteriores escenas, entró en él Da Mercedes más pálida que una muerta.

—Lo he comprendido todo y he estado entreteniendo á María y á Mrs. Merrill para que la pobre niña no se enterase de nada. ¿Lo has matado?

—No: creo que está herido en el hombro izquierdo y en el brazo derecho.

—Lo oí caer dos veces. La primera el ruido fué espantoso. La segunda, me pareció que se desplomaba contra la pared.

—¿No has tenido miedo?

—Por tí, ni un momento. Te he visto

siempre vencer á los primeros tiradores del mundo, y aunque ya estás viejo, no ha podido pasarme por la imaginación que ese miserable raquíptico pudiera hacerte daño.

—Sin embargo, me dió mucho que hacer. Es discípulo de Brisnes, el mejor maestro del mundo.

—¿Y dónde está?

—En la hornecina de la cruz.

—¡La cruz lo salvó! exclamó Da Mercedes.

—Pero si lo encuentra Parrado allí, no se salva.

—Voy á sacarlo: ¿quieres retirarte antes, Mercedes? preguntó Frasquito.

—Me gustaría más ver su cara.

—¿Y si nos hiciese víctimas de otra traición?

—Nada temo, cuando estás alerta, y en todo caso cuento con mi Benvenuto Celini, dijo la señora, sacando del ridículo el cincelado puñal florentino.

Con esta advertencia Frasquito separó de la pared el armario, y apareció Esteban abrazado á la cruz.

—¡Ave María Purísima!—exclamó Doña Mercedes entre dientes con terror:—esto no es *detrás de la cruz el diablo*, sino el diablo abrazado á la cruz.

Con el auxilio del anciano, bajó Esteban

de la concavidad, sin poder disimular los dolores que sentía en el antebrazo derecho y el hombro izquierdo.

Doña Mercedes sacó del armario hilas, vendas y un pomito de bálsamo para las heridas, y entre ella y su hermano hicieron á Esteban una excelente cura, sin poder prescindir de comparar las formas raquílicas y la piel oscura del asesino, con los desarrollados músculos y el cútis blanco del asesinado.

Cumplida la obra de misericordia, ambos hermanos se apartaron del infame con repulsión y renovado odio.

—¡Ahora el castigo!—dijo Da Mercedes, despiadadamente: el que á hierro mata á hierro muere.

—¿Y quién da á los particulares el derecho de sentenciar á nadie y de ejecutar la sentencia?—dijo Esteban temblando y en un arranque de desesperación.

Frasquito contestó:

—Los asesinos se toman ese derecho y no se lo conceden á nadie. Véte, Mercedes, que no quiero que me veas aplastar á este reptil.

Doña Mercedes se alejó por la puerta opuesta al armario y que daba á la alcoba de Frasquito, la cual tenía á su vez acceso al dormitorio de su hermana y de María.

Así que ella desapareció tras las corti-

nas, Frasquito se dirigió á Esteban agarrándolo por el pescuezo con el evidente propósito de ahogarlo por presión de sus potentes manos; pero dándole tiempo para que hablara:

—Antes de que llegaran los agentes de la autoridad me dió usted el derecho de defenderme, y he probado que no me falta valor para hacerlo, hasta con un enemigo superior á mí; y ahora que estoy herido é indefenso se renueva el intento de matarme.

—¡Miserable!—dijo el anciano con el gozo que le proporcionaba la seguridad completa de matar á su sabor al malvado, y deteniendo un instante la ejecución para prolongar ese gozo, para aumentar el placer embriagador de la venganza.

—Estás, por fin en mi poder; te quedan pocos segundos de vida; agregó apretando gradualmente la garganta de Esteban.

Este abrió desmesuradamente los ojos y la boca, sacando la lengua y cayó desplomado en el suelo.

Frasquito le había soltado un momento antes de la asfixia, y para que pudiese respirar abrió con un golpe especial una ventana.

Poco á poco aquella masa cadavérica que había caído sobre el mármol, adquirió movimiento, y los pulmones que habían dejado

de funcionar por carencia de combustible volvieron á quemar aire fácilmente.

Frasquito arrastró á Esteban hasta la ventana abierta para completar la resurrección del último, que ya recuperados los sentidos miró hacia fuera. El patio sólo estaba á dos metros de profundidad. Una alta cerca sólo distante unos cinco metros de la casa, impedía que lo vieran desde el campo sino á doscientos. Allí, debajo de la ventana, se hallaban un pozo y la disimulada gruta que servía de entrada á las cuevas que van á parar cerca de Vertientes.

El ensayo de matarlo podía repetirse.

Ya se habían hecho dos y el tercero debía ser el decisivo. Las estocadas que recibió no eran graves, y le permitían descolgarse por la pared exterior desde la ventana. Su puñal seguía en el sofá. No era difícil cogerlo, inutilizar á Frasquito, que estaba inerte, dándole cuantos golpes fueran necesarios para ello, deslizarse por el muro y entrar en las cuevas que le eran conocidas desde niño, sabiendo todas sus salidas.

Trazado el plan resolvió ponerlo en ejecución sin tardanza.

Agüero se daba paseos á lo largo de la habitación absorbido por profundas meditaciones, y el reptil se fué, como tal, arras-

trando con disimulo hacia el sofá hasta coger la daga.

—¡Cuidado, Frasquito, que te mata!— gritó Doña Mercedes que retornaba de su cuarto atravesando la alcoba de su hermano, para comunicarle un hecho importante.

El anciano se volvió de repente hacia Esteban, que al verse descubierto fingió haberse distraído, como finge dormir el gato cuando comprenden su movimiento de ataque.

Doña Mercedes con la daga de Benvenuto Celini levantada se acercó al traidor, á quien Frasquito por segunda vez, le quitó el puñal que volvió á echar en el sofá.

—No necesitaba el grito de alerta de mi hermana, le dijo: mientras me creías distraído no te perdía un momento de vista y adivinaba tus proyectos. Cuando miraste de la ventana al patio te se ocurrió evadirte por la cueva, y puesto que viste que yo no te mataba, pensaste que lo mejor era matarme tú á mí. ¡Oyeme! Ya no te mato ni permito que te maten, en tanto que tú quieres asesinar-me ó que me lleven al palo. ¡Es natural! cada cual procede según su condición. Estás perdonado: no lo dudes. Hubo un instante en que el mísero deseo de la venganza se apoderó de mí y te cerré con mis dedos el conducto respiratorio: ya ibas á respirar,

cuando elevé los ojos al retrato de mi hijo, hecho por el gran pintor Vermay, para tener el gusto de contemplar su rostro al mismo tiempo que tú exhalases el último suspiro; pero esos ojos grandes y bellísimos se movieron con signos de desaprobación y esa boca correcta varonil articuló estas palabras que oí claramente: *¡padre mío! no es matando á un loco como me conmemoras dignamente, sino realizando hechos nobles.* No es cuestión de mermerismo, ni de alucinación magnética. Yo le he oído estas palabras, y al ver él que te dejaba vivir, me miró con dulzura y me dijo sonriendo: *Gracias.*

Esteban no podía creer en las palabras con tanta exaltación pronunciadas por Frasquito.

Sospechó que eràn un plan para matarlo por sorpresa.

—¿Quiere decir que estoy libre, que puedo irme á donde y como me parezca?—le preguntó al anciano.

—Más todavía: voy á facilitarte el modo de que con toda seguridad te salves. Si te parece bien lo aceptas, y si no harás lo que gustes.

—¡Hable usted, por Dios!—prorrumpió Esteban.

—Desde ahora, puedes ir con un compañero seguro, al punto en que me espera un

barco para salvarme yo. Te doy una contra-seña, te admitirán á bordo y te llevarán al punto que digas.

Esteban se quedó reflexivo, apoyando la yema del dedo pulgar en el colmillo.

—¿Aceptas ó no aceptas? preguntó Frasquito.

Si no aceptas puedes irte en el acto, seguro de que nadie de la casa te perseguirá.

—¿Ni Bernabé?

—De ese no respondo, porque tiene una comisión del gobierno, y no está en ese particular á mi servicio.

—¿Y podré llevar mis armas?

—Ya te he dicho que en casa ó finca mía no te permito armas.

Esteban volvió á reflexionar. Si D. Francisco estaba de buena fé con seguridad se salvaba: si no lo estaba, de todas maneras sucumbía. La elección no era dudosa.

—Acepto, dijo.

Frasquito llamó á Cayetano y éste se presentó.

—Escúchame bien, le dijo.

—Escuchando estoy, respondió el negro.

—Vas á ir á la costa, al barco que tú sabes.

—Está muy bien, mi amo.

—Llevarás contigo á Esteban.

—Muy bien, señor.

—Se lo presentarás de mi parte al capitán.

—Perfectamente, mi amo.

—Nadie lo ha de tocar.

—Nadie lo tocará.

—Me respondes de él.

—No tenga cuidado Su Merced.

—Frasquito sacó una tarjeta, escribió en ella unas palabras y se la dió á Esteban.

—¿Podré llevar á Pancho? preguntó Cayetano.

—Sí.

—Salid ahora por cualquier camino, sin que puedan veros ni Bernabé ni Parrado.

—¿Podremos ir por la cueva? inquirió el lucumí.

—Como os parezca.

—¿O dar un rodeo por el monte firme? volvió á interrogar el negro.

—Repito que como queráis.

Cayetano llamó á Pancho y ambos se consultaron con Esteban.

Frasquito, dirigiéndose á éste, le dijo aparte.

—Mi hermana y yo siempre te consideraremos como un criminal, y nos opondremos á toda alianza matrimonial tuya con ninguna persona de la familia, pero tal vez no puedan probarte nada los tribunales. En ese caso, si volvieras algún día absuelto de

toda acusación y pretendieras aun efectuar el enlace que proyectaste, con mi sobrina, bueno es que sepas, como te he escrito, que María no tiene absolutamente ni un real y que la dueña de todas las que fueron mis propiedades y las de Mercedes en mucha parte, es la madre de Catalina.

Esteban hizo con la cabeza un movimiento de afirmación, significando que estaba enterado de lo que se le decía, y dobló la rodilla para despedirse, sin atreverse á besar la mano del que lo había tenido como á un hijo.

—¿Llevas dinero?—le preguntó Frasquito.

—Tengo que buscar con Cayetano mi baul que he escondido en el monte.

—Lleva por si acaso estas sesenta onzas, dijo Frasquito dándole un rollo.

Al salir Esteban y los dos negros, Frasquito le dijo á Cayetano:

—Mañana á medio día, querido amigo, estás aquí.

EL GRAN COMBATE

Frasquito cerró la puerta por dentro, aseguró la ventana del patio, y notando que su hermana se había ausentado, fué á buscarla por los aposentos interiores y la encontró rezando de hinojos ante una imagen de la Virgen de la Caridad, iluminada por dos velas grandes de cera, con María y Mrs. Merril.

Ninguna de las tres durmió aquella noche que pasaron temblando de misterioso miedo.

Frasquito reparó con un sueño profundo las fatigas del día y se levantó al siguiente media hora antes que de costumbre, á las cinco y media.

De repente oyó un cañoneo lejano y la

voz de Bernabé que lo llamaba con insistencia.

Salió al atrio y se adelantó á una esplanada que era el punto más culminante de la finca, formado por rocas besadas por el mar, que muchas veces las subía furioso castigándolas con sus olas.

Allí se habían reunido más de mil personas, cuya existencia no era posible imaginar en aquel punto despoblado, figurando en primer término Lombea y Cortino y un centenar de hombres de tropa, todos de uniforme armados y desplegados en guerrilla; las partidas de Parrado y Bernabé, los servidores de la quinta, en su totalidad negros y mestizos y un revuelto paisanaje compuesto de hombres, mujeres y niños de todas edades, clases y colores.

Frasquito seguido de Bernabé, que le llevó un catalejo, subió al mirador de la quinta donde todo se dominaba mejor que en cualquiera otra parte.

Era una mañana fresca y sin viento. La atmósfera estaba limpia y transparente, cual suele suceder en los trópicos, hasta el punto de poderse observar á la simple vista objetos muy lejanos, como si estuvieran á una milla de distancia.

En aquella altura, con un sombrero de panza de burro, elevado y anchas alas

de los que entonces se llamaban en París á *lo Bolívar*; un saco gris que le bajaba hasta cerca del tobillo; sujetando, puestos los brazos en ángulo agudo, el anteojo marino de dos tubos con que miraba al Mar de las Antillas, Frasquito se destacaba sobre el fondo azul del firmamento, como una estatua simbólica que pretendía escudriñar en el horizonte los tiempos venideros.

Bernabé lo contemplaba con maravilla, como tributándole culto.

La inmensa llanura de los mares que se extendía hasta el brillante horizonte, el cual describía con línea fuerte un semicírculo, abarcando dos cuadrantes, estaba ocupado por cuarenta ó cincuenta buques que hormigueando algunos en diversas direcciones, parecían todos converger á un punto céntrico, con la particularidad de que una parte salía como de la costa mar afuera y la otra surgía por diversos lados del mismo horizonte y se aproximaba á Cuba.

El cañoneo comenzado á las cinco y media, era entre dos navíos que avanzando desde que aclaró el uno contra el otro se encontraron á aquella hora, según explicó Bernabé (que lo había visto todo desde el comienzo) á su antiguo dueño.

Cesó el fuego, sin causarse al parecer daño, habiéndose tirado al principio fuera

de distancia. Los buques se detuvieron frente á frente y se hicieron señales de banderas que comprendió Agüero, entendido en achaques de marina.

Convinieron de una y otra parte en esperar á que llegasen los demás barcos de sus respectivas escuadras, para librar el combate.

Poco á poco se fueron reuniendo á uno y otro lado, colocándose en línea de batalla como si se preparasen á bailar un rigodón ceremonioso parejas colosales.

Las banderas colgaban inmóviles á lo largo de los mástiles á consecuencia de la calma absoluta que reinaba.

¿A qué naciones pertenecían?

D. Francisco conoció perfectamente á los navíos *Guerrero* y *Soberano* y á la fragata *Aretusa* que había visto detenidamente muchas veces; pero ¿qué eran los contrarios, colombo-mejicanos ó franceses?

El barco más cerca, colocado al frente de la escuadra española, á dos tiros de cañón de á cincuenta, dió varias vueltas de bordo, en que su pabellón agitado descubrió la blancura y las tres flores de lis de los reyes cristianísimos.

Era tal vez el almirante Bergeret, el cual según se aseguraba había recibido órdenes de posesionarse de Cuba.

Frasquito dejó caer los brazos con desaliento.

No le producía ya interés la lucha.

Pronto vió que la embarcación francesa se ponía del lado del *Guerrero* como á tres tiros de cañón de grueso calibre y comprendió que era solo un curioso dispuesto á hacer el oficio humanitario de recoger á los náufragos sin distinción de procedencias.

Evidentemente se hallaban faz á faz Daniels y Laborde.

Esto lo comprendió tanto mejor Frasquito, cuanto que advirtió la marcha de un numeroso convoy de buques mercantes atestados de gente, al amparo de la escuadra colombiana.

Sería, sin duda, la expedición de Cartagena, de paso por Jamaica, que se esperaba.

El cañoneo comenzó con viveza igual por ambos contendientes, notándose más rapidéz en los movimientos por parte de los presuntos invasores, soplando entonces una brisa bastante fuerte para que pudiesen maniobrar los buques eficazmente.

Dos fragatas colombianas atacaron al *Guerrero* y otras dos al *Soborano*, siempre por estribor, obligando á los navíos á dar la vuelta para descargar las andanadas del lado opuesto exponiéndose á sus fuegos: la *Aretusa* se empeñó en combate á tiro de fu-

sil con otra fragata quedando una y otra desarboladas y maltrechas. Muchos buques de Daniels se varaban ó rompían entre los numerosos bajíos que dificultan la aproximación al puerto de Santa Cruz desde quince millas de distancia hasta la costa.

El estampido de quinientos cañones tirando casi siempre á fuego graneado y á veces en andanadas cerradas, aturdía á los espectadores de tierra y parecía enardecer á los combatientes, cuyos alaridos de triunfo ó gemidos de horror, repercutían sordamente en los arrecifes de la playa.

El espeso humo de la pólvora no permitía ver las peripecias de la mortal pelea á los curiosos de la esplanada, ni al grupo del mirador, aumentado por las tres señoras de la casa y varias sirvientes de color negro.

El buque francés, que era el *La Pérouse* había recogido cuantos náufragos podía llevar, conduciéndolos al puerto, y de vuelta para continuar su peligrosa misión se detuvo un instante al notar que el fuego se suspendía.

Pero no concluyó con esto la refriega. Tomó distinta forma. Los nubarrones de humo se disiparon, y pudo verse desde la costa hasta por los que no tenían anteojos, que á la artillería sucedió el hacha de abordaje. Enganchados buque contra buque se

trabaron cien combates parciales en sus cubiertas, en medio de una gritería más aterradora que las detonaciones del cañoneo.

De pronto los barcos repletos de tropa se desbandaron desapareciendo por el Sur, y en la mayor parte de las naves enemigas de alto bordo se izó la bandera española, mientras el resto de su escuadra se dispersó dirigiéndose al cabo de las *Doce Leguas* ó á Jamaica.

Laborde, llevando á remolque los buques apresados, dirigió los suyos que más habían sufrido á Santa Cruz y Vertiente, y con el resto de su escuadra emprendió la persecución del enemigo seguro de darle alcance, por la mala situación en que lo había puesto.

No quedaron Daniels ni Porter completamente descorazados por la derrota experimentada por las incipientes repúblicas en las aguas de Santa Cruz y que atribuían no sólo al mayor calibre de los cañones de Laborde, muchos de cuyos barcos montaban cincuenta de á cincuenta, sino al mayor conocimiento de los numerosos escollos de aquel lugar que dieron motivo á que se encallaran algunos buques colombo-mejicanos quedando á merced del enemigo.

Habían llegado á la sazón á Colombia varios buques de guerra hechos unos en Inglaterra y otros en los Estados Unidos, y desde el litoral del golfo de Méjico comenzando por río Grande, todo el septentrional de la América del centro y todo el de Colombia comprendida Venezuela, se recogieron embarcaciones suficientes para transportar á Cuba y Puerto Rico un poderoso ejército al mando de Sucre ó de Paez.

Reunidos estos elementos, Vives que tuvo noticias circunstanciadas del proyecto, no ya por Esteban sino por emisarios de Laborde, escribió á Washington y cuando iba á salir esa expedición, los gobiernos de Colombia y Méjico recibieron la nota oficial del de los Estados Unidos notificándoles que si de la América que había sido española se iniciaba cualquier movimiento contra las dos citadas Antillas, la Unión Americana y Rusia emplearían sus fuerzas de mar y tierra para defender esas islas de cualquier ataque.

XLVI

SOCRATES

Cinco minutos tardó Frasquito en bajar la escalera del mirador que tres horas antes había subido en diez segundos: tan estropeado lo dejaron el plantón que hizo y los sufrimientos que experimentó mientras ellas pasaron.

Cuando puso el pié en el suelo se le presentó Cayetano que le dijo:

—Ya está todo hecho, mi amo; Esteban se embarcó y salió. El capitán me dió para Su Merced esta tarjeta.

—Léemela tú Cayetano, que vengo encandilado del sol y no veo.

Cayetano leyó:

En este momento salgo con su recomendado para Santo Domingo.

—Gracias, amigo, dijo al negro: esta noche hablaremos sobre el asunto.

Cayetano se retiró lleno de orgullo y se acostó, habiendo andado durante la noche doce leguas cuatro á pié y ocho á caballo.

Frasquito apoyado en el brazo de doña Mercedes, fué á la cama y se acostó vestido.

—Según los franceses el sueño *de reacción*, ó sea el de después de haberse levantado temprano, echándolo antes de almuerzo, más bien que aprovechar hace daño, le insinuó cariñosamente ella.

—Sin embargo, hermana, le contestó él: déjame dormir un poco que estoy rendido, y necesito fuerzas para continuar este día.

A las once se levantó para almorzar.

Da Mercedes le participó que Lombea y Cortino deseaba verle.

—Dile que pase adelante, y quédate en el corredor para que no dejes entrar á nadie.

Lombea penetró en la alcoba.

—Sé á lo que V. viene, le dijo Frasquito.

—Me alegraría que V. lo adivinase, contestó aquel.

El anciano se acercó al comandante y le dijo:

—Usted viene para prenderme.

—No me ha adivinado V., noble salvador: vengo para que escapemos juntos.

—¿Cómo para que escapemos juntos?

—Sí: he recibido en efecto del gobernador de Santa Cruz, á nombre del de Puerto Príncipe, la orden de conducirle á V. preso á esa ciudad, y estoy resuelto á no cumplirla, y seguir la suerte de V. cualquiera que sea.

—Confieso que no esperaba con toda seguridad esa orden; pero que no me extraña ni me coge de sorpresa, contestó Frasquito abrazando conmovido al comandante.

—Lo que importa ahora, replicó éste, es poner piés en polvorosa.

—No puede ser.

—¿Por qué nó? Podemos dentro de dos horas embarcarnos en el bergantín que le espera á V. en la costa.

—Hace cuatro que lo he hecho salir llevándose á Esteban, y diciendo esto Frasquito enseñó á Lombea la tarjeta que acababa de darle Cayetano.

—¡Usted salvar á Esteban! con dificultad lo concibo; pero darle el buque en el cual V. debía de salvarse, es increíble: ¡eso es la locura!, exclamó el comandante.

Frasquito le hizo seña con el dedo de que bajara la voz para que Da Mercedes no lo oyera, y articuló estas palabras:

—Yo, en efecto, estoy loco.

—¡Hasta le daría V. dinero al asesino de Manuel!

—Sesenta onzas.

—¡Y él se llevó además los ocho mil duros que traía consigo!

Hubo una larga pausa que rompió Lombea con estos términos:

—No importa que el bergantín haya marchado: podemos esperar su vuelta ó hacernos de otro barco, y mientras tanto nos vamos al Horcon de Najaza donde no pueden agarrarnos nunca.

—No siga V., leal amigo, en el empeño que tiene. Lléveme V. preso, y cumpla con el encargo de no hacer comprender á mi hermana, mi sobrina, ni á la amiga irlandesa, ni á nadie que voy preso.

—¡Pero eso es un suicidio! exclamó con desesperación Lombea con voz gutural para que el sonido se perdiese sin herir el tímpano auditivo de Da Mercedes.

—Es más aun que un suicidio respondió el anciano: es la expiación voluntaria, en que dicen se basaba la teoría penal de Licurgo. La toma de la cicuta por Sócrates, es un reconocimiento expreso, por su parte de haber merecido la muerte, y una concesión legal de que el mismo se la aplicara con un veneno de efectos agradables.

El garrote es para mí placentero. Me gusta su aparato terrorífico: me satisface su espectáculo teatral demostrando á la muche-

dumbre que nada cuesta la resolución de morir, sabiendo uno exactamente cuando muere, y que más vale saberlo que tratar de engañarse sin cesar llegando á suponer por modo tácito que no morirá uno nunca: me gusta el verdugo que hace á su víctima el obsequio de pasarla en un momento del *to be* al *not to be* de Shakespeare.

¿Y á qué esconder la verdad? continuó Agüero; si tiene gozos la vida, en la juventud se recogen. Cuando se llega al lustro en que se cumplen los setenta años, ¿qué atracción puede tener la vida? ¿Qué perderé yo con ella? ¿Placeres materiales? Ya el cuerpo los rechaza, viendo acercarse los roedores gusanos de la tumba. ¿Placeres del espíritu? También desaparecen á esta edad en que decaen las fuerzas cerebrales y la sangre se enfria. Lo único que cabe en un viejo loco, como lo soy yo con toda evidencia, es la ilusión ridícula de la fama póstuma, y si pierdo esta oportunidad de ser ahorcado no es facil que pueda volver á conseguirla nunca.

Detúvose algunos instantes, y prosiguió con fuego:

Yo no he sido más que un egoista vanidoso que, rico, solo por haberme tomado el trabajo de nacer, como decía el *Figaro* de Beaumarchais al Marqués que le enamoraba la mujer, no he sabido sino darme mucho

tono de ilustrado, filántropo y libertador. Lo único que me falta es desempeñar el papel de mártir para dar conclusión á mi comedia. El mismo sublime Sócrates no hubiera vencido las asperezas del camino de la inmortalidad sin acudir al recurso del sacrificio; el propio Salvador del Mundo, no concibió la redención sin apurar el cáliz del patíbulo.

Y puesto que he merecido mis desgracias, queriendo ostentar un hijo adoptivo para abrumarlo con el peso del agradecimiento y envenenarlo con el filtro de la envidia, en vez de hacerme perdonar mis favores ocultándolos, y puesto que he pretendido arrancar á una nación los restos de sus conquistas sin tener para ello la opinión de la mayoría, ni las fuerzas de un Washington ó un Bolívar, merezco la expiación voluntaria del legislador griego y me dirijo satisfecho al suplicio. ¡Vamos!

—¡Nunca! ¡Jamás! afirmó Lombea. Entre Bernabé, Cayetano y yo le pondremos á V. una mordaza, lo amarraremos y lo robaremos, llevándolo secuestrado á un país extranjero.

Estas frases las pronunció con acento de verdad y con resolución de llevarlas á realización inmediata.

XLVII

LA VUELTA

Diéronse unos golpecitos en la puerta de la alcoba, entró apresuradamente Da Mercedes y anunció la llegada del Gobernador de Santa Cruz.

Entró este jefe en la alcoba.

Lombea se quiso retirar.

—No se vaya V., señor comandante, le dijo el coronel.

Lombea obedeció militarmente.

Cuando estuvieron los tres solos, el gobernador de Santa Cruz, con sus habituales miramientos manifestó:

—He recibido un oficio del gobernador de Puerto Príncipe participándome que ha pasado á V. la orden de que arreste y conduzca á aquella ciudad al señor don Francisco de Agüero.

—Celebro mucho, dijo Frasquito, que haya recaído en tan caballeroso jefe el encargo de conducirme á la capital de esta provincia, porque viejo y enfermo como me hallo, sabrá efectuarlo guardando consideraciones á mi hermana y mi sobrina.

—¿Quiere esto significar, caballero don Francisco, que V. desea ocultar su prisión á esas señoras?

—Exactamente.

—Pues ya sabe V. señor comandante, ordenó el coronel: tenga V. la bondad de acompañar á esta familia á Puerto Príncipe, dejándola en su casa y continuando con este señor hasta entregarlo al Gobernador de la plaza.

—Así lo haré mi coronel.

—¿Y cuando es la partida? preguntó Frasquito.

—Ahora mismo, dicitó el Gobernador.

—Muy bien, replicó Frasquito.

—Lo agradeceré, dijo aquel.

—¿Y podré saber de donde emana la orden de mi prisión?

—¿Cómo no? Es justo que desee V. saber si el que ordena su prisión es su amigo el general Vives, quien me ha dado el derecho de revelar que él lo es de V. manifestándomelo á mí en carta escrita de su puño y letra.

—Pues bien, insistió en indagar Frasquito: ¿de quién procede la orden?

—El oficio que he recibido lo declara explícitamente: de la Audiencia de Puerto Príncipe.

—Me alegro que así sea: manifestó el anciano.

—Yo creo que esto no será nada, Agüero.

—Una equivocación de nombre todo lo más; añadió Lombea.

—¿Quiere V., Sr. Gobernador, registrar la casa, preguntó Agüero.

—Ese servicio no figura en las ordenanzas militares, contestó el interrogado: además lo creo inútil en casos como éste.

Se despidió enseguida, volviendo á la plaza de su mando con una buena escolta de lanceros.

—¡Mercedes! dijo con naturalidad Frasquito. No puedo vivir más en esta casa. Vámonos á la de Puerto Príncipe y dentro de un mes á más tardar estaremos de vuelta en la Habana.

—Muy bien pensado, y eso te iba á decir yo. Después de almuerzo partimos. Descansaremos en Najaza, y mañana temprano desayunaremos allá.

—Pues miren Vds. que casualidad. Yo tengo que salir ahora para allá y venía á despedirme, dijo Lombea.

—Haremos el viaje juntos, expresó con satisfacción verdadera la infeliz señora, no ocupándose sino de lo que pudiera distraer la pasión de ánimo de su querido hermano, y se dirigió á toda prisa á hacer sacar el almuerzo y arreglar el equipaje.

—Lo demás que habrá de llevarse saldrá mañana contigo y tu madre, díjole á Bernabé Frasquito.

Todo se hizo como se pensó, y al dar el reloj las doce salían de la quinta con dirección á la modesta capital del Camagüey, dos quitrines, llevando el primero á María y Mrs. Merrill, y el segundo á Da Mercedes y su hermano, mientras iban á caballo en su compañía, como exploradores, Lombea y su asistente, y á retaguardia, Cayetano y Panchito.

Estos, empero, cada vez que había de cortarse alguna yerba para abrir una vereda que abreviara el camino, ó abrir una *tranquera* para atravesar alguna hacienda amiga, tomaban la delantera y hecho el trabajo volvían detrás del carruaje del Amo, sin importárseles el polvo, que era por lo demás insignificante, porque unos chubascos del Norte habían regado el camino.

En la espaciosa casa de vivienda de Najaza encontraron los viajeros como lo esperaban, buen alojamiento. Da Mercedes notó

que Frasquito estuvo allí animado y ocu-
rrente.

Durante la cena dijo él:

—Me encuentro tan fuerte que he pen-
sado dejarte mañana en Puerto Príncipe y
seguir al ingenio *La Caridad* con Lombea
para enseñárselo y hacer unos trabajos ur-
gentes con el fin de asegurar esta zafra que
he destinado toda á mi hermanua.

Esta, sintiendo no poder continuar el
viaje hasta el ingenio porque el estado de la
salud de su hija requería descanso, y com-
prendiendo que era necesaria una visita á la
finca, se alegró de que acompañara á Fras-
quito el comandante Lombea, quien tenía el
privilegio de entretenerlo y animarlo.

Acostáronse á las ocho de la noche y sa-
lieron con nuevos troncos de caballos á las
tres de la madrugada, llegando cuando no pi-
caba el sol todavía á la casa situada en la
calle de la Candelaria esquina á la de Santa
Ana.

Tomaron allí café Frasquito y Lombea,
que en todo el viaje no dejó de echar á Ma-
ría ojeadas de carnero moribundo, y hacien-
do algunas provisiones se dirigieron aparen-
tamente al camino de Guanaja montados en
buenos caballos el fuerte anciano, Lombea y
el asistente.

Cayetano y su hijo Pancho quisieron se-

guir con ellos, pero tuvieron que permanecer en la casa del pueblo para no dejar solas á las señoras.

A los pocos pasos, después de salir de la casa, vió Lombea á Domingo, y llamándole, le dijo:

—¡Hola! ¿Qué haces por aquí, hombre?

—Siempre en mi oficio de arriero. Ahora llevé para Nuevitas una carga.

—¿Y qué tal te fué con tu capatáz?

—¿Don Esteban?

—El mismo que viste y calza.

—A la verdad, contestó Domingo rascándose la cabeza: no me fué mal del todo. Me pagó bien, y se empeñó en que me quedase sirviéndolo, porque decía que yo daba con mucho talento los recados y desempeñaba honradamente las comisiones; pero me decidí á dejarlo, comprendiendo que no me convenía.

—Explícate, chico.

—Sr. Comandante, V. lo sabe mejor que nadie.

Aquel hombre tenía unos misterios del demonio con la sobrina del Sr. de Agüero, amo de la quinta *Mercedes*, y comprendí que el día menos pensado ese caballero ó sus criados me podrían dar una buena paliza.

—Hiciste bien en separarte.

—Y no era eso todo, continuó Domingo:

Parrado y un negro llamado Bernabé lo buscaban á nombre de la justicia para agarrarlo vivo ó muerto, y me apresuré á dejarlo.

—Vuelvo á decirte que has procedido acertadamente al dejarlo, porque sin duda te hubieran preso.

—Y ya lo vé V., hubiera pagado el justo por el pecador, porque á él no es fácil que le echen mano.

—¿Quién sabe?

—De todos modos aquel hombre me traía mala suerte. Desde que salimos de Puerto Príncipe á Santa Cruz, V. lo vió, me hizo mal de ojo. Tuve que pelear con aquel enmascarado de los diablos que no acabó con él y conmigo porque V. llegó á tiempo para salvarnos.

—No exajeres, Domingo, ya lo llevábais de vencida.

—Y apropósito, Sr. Comandante, ¿no sabe V. la gran novedad de Puerto Príncipe?

—Acabo de llegar de Santa Cruz y no sé nada.

—Pues bien. Aquella misma noche de la pelea, el hombre de la careta que quiso robarnos fué encontrado por la autoridad y mucha gente del barrio muerto abrazado con una señora muy linda á quien llaman la *Santa*.

Agüero que oía con disgusto la charla de Domingo, acercó á él su caballo.

—¿Y cómo fué eso?—preguntó Lombea.

--Le diré á V., continuó el guía parlan-
chín: parece que él llevaba con esa mujer relaciones secretas, fué á verla, se quedó muerto al abrazarla, y ella horrorizada dió un grito y se desmayó notando que la estrechaba contra su pecho un cadáver.

Llegó la justicia, llegó la gente, llegó el marido y la dejaron en esa posición hasta que vinieron el escribano y el médico. Al muerto que era el Marqués de * * *, salteador de caminos, se lo llevaron á enterrar: á la Santa desmayada la metieron en las Recogidas, y al esposo lo llevaron á la cárcel incomunicado.

—Pero en esto último, observó el comandante, debe haber error, Domingo; ¿qué culpa tiene el marido para que lo castiguen porque su mujer lo engaña?

—Eso es lo mejor del cuento.

—Vamos á ver.

—Se registró la casa, por ciertas sospechas, y en la cama del marido, que es un regidor, se encontraron papeles revolucionarios: en el fondo de un baul banderas insurgentes, y en un sótano muchas armas. Dicen, añadió Domingo, que esos papeles comprometen á muchas personas principales y que se ha

preso á varias, entre ellas á D. Andrés Sanchez.

El arriero se despidió, y en la plaza de la Merced, frente á la puerta de esta iglesia, se detuvo Lombea y dirigiéndose con resolución á su compañero sin que pudiera oirlo el asistente, dijo:

—Repito con más veras que nunca lo que dije en la quinta de Santa Cruz: vamos á escaparnos. A dos hombres como nosotros no los agarra nadie.

—Es imposible, amigo mío, lo repito también, que yo acepte el noble sacrificio de V.: es preciso llegar hasta el fin: *le vin est tiré; il faut le boire*.

—Sin embargo, exclamó, ya iracundo, Lombea, en vista de la obcecación de don Francisco: estoy resuelto á salvarlo á V. aunque V. no quiera.

—La tenacidad mía es invencible. Yo soy un loco, un Quijote, y no hay poder humano que me varíe de mi propósito.

—¡Pero ese propósito es ridículo, señor mío!

—Júzguelo V. como quiera.

—¡Es atentatorio á la moral!

—¡Diga V. lo que gustel

—¡Es deshonroso para un hombre inteligente!

--Eso no: sería deshonroso, sí, infaman-

te, que yo dejase morir á Andrés Sánchez, y huyera para tener el gusto de vivir como un miserable negándome á perecer como un hombre.

—Pero podemos dedicarnos á conseguir la evasión de Sánchez y si no se logra tiempo tendrá V. para acompañarle al patíbulo.

—Mire V., Lombea: lo más seguro aquí no es el patíbulo: por más que se haya dicho de la inflexibilidad de esta Audiencia con los conspiradores, quien sabe lo que hará.

Vamos á casa del Gobernador.

Volvieron grupas ambos ginetes, y pocos minutos después ingresó en la cárcel de Puerto Príncipe D. Francisco de Agüero.

La impresión que produjo este hecho en la ciudad fué profunda.

Sin embargo aquella noche se celebró una velada artística, muy concurrida, en casa de la niña-genio Gertrudis Gómez de Avellaneda.

XLVIII

CARTA DE FRASQUITO A VIVES

Excmo. Sr. D. Francisco Dionisio Vives Capitán General de la Isla de Cuba.

Mi General:

Hoy he ingresado en la cárcel de esta ciudad donde «si toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido hace su habitación,» me encuentro mejor de espíritu que antes de entrar en ella, desde la desgracia caída sobre mí como una losa mortuoria; que es el mayor de los dolores, el de la pérdida de un hijo, mucho más si ocurre en circunstancias como las del mío.

No vengo en estas líneas á quejarme á V. de esta prisión, como si al sufrirla yo arguya incumplimiento por parte de V. de su

palabra de no perseguirme ni molestarme mientras yo cumpliera la mía.

Sé que la orden de mi arresto, no ha sido dictada por V. sino por la Audiencia, en vista de unos papeles encontrados hace pocas noches en casa de un regidor de esta ciudad, y cualquiera que sea el resultado definitivo de esta causa me parece un deber participarle que no he faltado á mi promesa.

En mi viaje á Guanaja en el *Veloz* no tuve otro objeto que el de atender á la zafra del ingenio *La Caridad* y á la venta de mi numerosísimo ganado. Llegado hacía ya más de veinticuatro horas, supe por carta del Obispo Espada el espantoso acontecimiento y quedé como un autómeta. Mi hermana Mercedes me condujo á su quinta de Santa Cruz, y de allí de retorno á Puerto Príncipe, después de la completa victoria ganada frente al mismo Santa Cruz por el Almirante Laborde.

Podrá haber coincidido mi ida á algunos puntos con sucesos graves que puedan arrojar la sospecha de mi intervención en ellos; pero aseguro á V que no he tenido más participación en los mismos que la gravísima, es verdad, de haberlos preparado. Mi compromiso para con V. se reducía á no ayudar á su realización mientras gobernaba V. la Isla, y lo he hecho, no habiéndome comuni-

cado ni de palabra ni por escrito ni de ninguna otra manera con nadie para faltar á nuestra estipulación solemne.

Esto no me exculpa, por cierto, del delito de infidencia por el cual se me persigue; pero revela una verdad que deseo poner en conocimiento de V.

Lo que había hecho yo antes de la llegada de V., hecho estaba: todo mi compromiso consistía en no continuar en la misma línea de conducta. Así lo he llevado á cabo, aunque hubiera podido retraerme de cumplirlo, con la consideración de que V. me había arrancado la promesa en caso de fuerza mayor, por lo cual á nada quedaba yo obligado. Sea dicho empero con franqueza, que procedí de buena fé al contraer semejante compromiso, convencido de que no me asistía el derecho de obligar á un pueblo á hacer lo que no quiere.

Pero esto, que me salva de responsabilidad de caballero á caballero para con V., no me liberta de culpabilidad ante los tribunales de justicia por lo que he hecho aquí para realizar proyectos revolucionarios. Me importa que V. sepa que después de nuestra entrevista no he arrojado ningún combustible á la hoguera; pero no trato de probar que he hecho algo para apagarla, porque eso sería incierto.

Más diré: si el éxito hubiera coronado la obra que yo preparé, seguramente apesar de la recomendación de no meterme en nada lo habría hecho.

Dicho esto, y comprendiendo que hartos motivos hallará esta Audiencia para declararme culpable, espero el correspondiente resultado como una dicha.

Mientras tanto queda de V. amigo y servidor

Q. B. S. M.

FRANCISCO DE AGÜERO.

XLIX

VIVES A FRASQUITO

Sr. D. Francisco de Agüero.

Muy Sr. mío y estimado amigo:

No sé si con mi carácter oficial me cabe el derecho de llamarle amigo, estando V. encausado por delitos de infidencia, de los cuales se confiesa V. culpable y de que tengo conocimiento directo, por lo menos hasta una época inmediatamente anterior á nuestro conocimiento en la Habana; pero la conciencia me dicta que no faltando yo á mis deberes de gobernante, bien puedo como particular sentir aprecio y amistad hacia un hombre que me inspira tales afecciones y que cumple con todos los requisitos de respeto á la autoridad constituida y á las buenas prácticas sociales.

De todas maneras, si alguna reconven-
ción se me hiciera por la amistad que á V.

profeso, tengo la seguridad de que mi gobierno me absolverá del modo más completo.

En tal virtud, paso enseguida á contestar á la carta que se ha servido V. dirigirme desde la cárcel de Puerto Príncipe, donde como en todas las cárceles, segun dijo Cervantes, «toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido hace su habitación.»

Confieso que al principio creí que V. me engañaba, pero me apresuro á declararle que tengo el convencimiento de que no ha faltado á ninguna de sus estipulaciones para conmigo, y así lo expreso por modo terminante en mis manifestaciones á la Audiencia de Puerto Príncipe, para todo lo que pudiera convenir en la formación de un juicio exacto sobre este asunto.

De las informaciones que por diversos conductos he adquirido acerca de los pasos por V. dados, no resulta nada que demuestre su intervención directa ó indirecta en el cumplimiento del plan trazado por V. antes de volver á esta Isla, y que V. me prometió no llevar á cabo, en vista de la conducta observada por sus cómplices y de la indiferencia general del país entero.

No hay nada á mis ojos que pruebe connivencia de V., de ninguna especie, con don Andrés Sanchez, al que, sin embargo, parece quiere V. sacrificar su vida.

Tampoco existe ninguna complicidad en estos últimos tiempos entre V., el Gaspar Betancourt, comunmente llamado Gaspar *Bolívar* por la admiración que profesa al propio D. Simón de este apellido, jefe en Venezuela del movimiento insurgente; ni tampoco estaba usted de acuerdo en Santa Cruz con D. Aniceto Iznaga cuando éste llegó de Porto-Cabello, viviendo V. y su señora hermana en la quinta *Las Mercedes*.

Tengo conocimiento pormenorizado de esto por los datos que me han podido facilitar, por un lado el coronel Peraja, Gobernador de Santa Cruz del Sur, y por otro el comandante Lómbea y Cortino.

Ambos me responden de la falta absolutamente de comunicación observada por usted con el citado *Gaspar Bolívar* y el referido Aniceto Iznaga, y el testimonio de ambos militares tiene para mí mucho precio y para todo el que los conozca.

Laborde, que como sabe, está en todo, me asegura por propia convicción que V. está por completo separado del movimiento que inició para ayudar el desembarco de la expedición que debía mandar Paez, la cual, créame V., amigo mío, nunca podrá efectuarse, no sólo por la eficacia de los tratados con los Estados Unidos en cuya celebración he tomado parte, sino porque los estados esclavos

vistas, que forman la mayoría de los de esa confederación están resueltos á no permitir que continúe avanzando hacia ellos la emancipación de los negros.

A éste Iznaga pude salvarle, proporcionándole su fuga á Europa, así como he logrado liberrar de castigo á muchos personajes que estaban comprometidos gravemente en tentativas revolucionarias.

Todo el peligro ha desaparecido, sin necesidad de imponer á nadie la pena de muerte, penetrado como estoy de que con semejante conducta se alcanza en las circunstancias presentes mejores resultados que con la severa aplicación de la ley.

Por otra parte, mi caracter me lleva naturalmente á escoger los medios conciliadores, aspirando yo á la quietud de este país, sin derramar una gota de sangre.

La cuestión del bandolerismo no puedo ni debo mirarla sino como pasajera, no escondiéndome que los malhechores desaparecerán, cuando unidos todos los habitantes del país cifren en esa unión la felicidad de todos.

Es preciso que se convenzan de que su uniformidad de miras, cobijados por la bandera nacional, podrá sólo salvar sus intereses y su existencia.

Del propio modo he de manifestar á us-

ted que si no tuve reparos en sacrificios para arrancar informaciones á un traidor, no era posible que yo le amparase en la perpetración de hechos criminales, como los que han deshecho á pedazos el corazón de V. y lo lanzan á buscar una muerte que bajo todos aspectos le parece preferible á la existencia sin la compañía del sér querido.

Respeto el dolor que le ha causado el miserable, á quien siento no poder castigar, porque precisamente V. lo ha amparado contra las leyes, en holocausto á la memoria de la víctima.

Esto será sublime, pero no puedo explicarlo ni perdonarlo.

El Conde de Brisnes me escribe desde San Agustín de la Florida, insistiendo en su deseo de volver á Cuba y morir al lado de V. como amigos inseparables; pero con mucho sentimiento por mi parte me veo en la triste obligación de no complacerle, con motivo tanto mayor cuanto que he recibido órdenes directas del gobierno, á petición del de Francia, de no permitir la presencia de ese señor en la isla de Cuba.

Espero que vendrán tiempos mejores para V. y que nos veremos, no felices, porque esto es imposible en las condiciones nuestras; pero con la satisfacción de haber cumplido ambos nuestros respectivos deberes,

V. separándose de proyectos prematuros é injustos: yo demostrando á V. que debía hacerlo.

Pero cualquiera que venga á ser nuestra suerte, créame que ninguna familia me ha impresionado más que la suya ni ha producido en mí mayor interés y cariño.

Aun queda la niña preciosa, víctima del criminal empedernido; pero inocente y pura. Su falta de años y un erróneo convencimiento de la humanidad, la indujo á auxiliar al mónstruo contra su propia madre; pero su dolor y arrepentimiento la hacen digna de aprecio.

Soy de V., querido amigo, su atento y seguro servidor

Q. B. S. M.

FRANCISCO DIONISIO VIVES.

L

EL GRILLO

—¿Cómo ha pasado V. la noche Da Mercedes? preguntole á ésta Mrs. Merril, muy temprano, al siguiente día de haber llegado de Najaza procedente de Santa Cruz.

—Bastante bien. Con las agitaciones de Santa Cruz, donde pasé dos noches sin cerrar los ojos, y el cansancio del viaje, caí anoche rendida de sueño, sin que mis sufrimientos pudieran quitármelo. Y María ¿qué tal noche ha pasado?

—Con alguna agitación, señora. Ahora está rezando, y se vestirá pronto para venir á saludarla á V.

—¡Pobre hija mía! exclamó Da Mercedes: ¡cuánto ha sufrido al comprender el engaño en que había caído!

—Tiene el proyecto de meterse religiosa!

—Disuádala V. de esa idea.

—Espero conseguirlo fácilmente.

—Confieso á V., Mrs. Merrill, que después de haber recuperado el cariño de mi hija, me sería imposible resistir su separación. La ausencia puramente temporal de mi hermano, y que es indispensable para atender á los trabajos de las fincas, me abruma ¿qué no sería, si ahora viniera la ausencia eterna de mi hija?

—Yo no puedo concebir que esto suceda, y no sucederá, Dios mediante, dijo la buena dama irlandesa.

—A V. dijo Da Mercedes que ha llegado á tener tanta influencia en su espíritu solo se debe el milagro de haberla convencido de su error.

—La rectitud de su caracter me ha prestado mucho auxilio. Hay obstinación de mala fé, y esa es invencible; pero la de un espíritu honrado que lejos de rechazar la verdad la busca y la reconoce, no es temible sino digna de respeto.

—Pero su vergüenza de haber sido víctima de una trama vulgar y objeto de espantosos crímenes le produce remordimientos que pueden matarla. ¡No la abandone V., amiga mía!

—No lo haría nunca, aun que no me lo impusiera el deber de mi posición, señoral

En este momento entró la *China*, madre de Pancho y mujer de Cayetano, antigua servidora á cuyo cargo quedaba siempre el cuidado de la casa, en ausencia de los amos.

—Señora, dijo á Da Mercedes, rodilla en tierra y besándole la mano: tengo guardado mucho dinero que voy á dar á Su Merced.

—¿Te has hecho rica, China?

—No estoy rica, aunque no me falta para libertarme y vivir de mi trabajo; pero el dinero que yo digo no es mío, sino de Su Merced.

—¿Mío?

—Sí, de Su Merced.

—No sé de donde provenga.

—Hace más de tres años que Su Merced se fué de Puerto Príncipe. Desde entonces, día por día, me trae el arriero, carne, tasajo, huevos, leche y toda clase de viandas y frutas. Yo separo la comida de nosotros los criados de la casa, y lo demás lo vendo en la portada.

Esa venta *en la portada* era el distintivo de las casas ricas de aquella ciudad, haciendo eficaz competencia á placenteros, tenderos y pregoneros, por lo bajo de los precios y la bondad de los efectos.

La falta de semejante servicio doméstico, en una casa, daba margen á la presunción de que no recibía de fincas rústicas arrias

con productos alimenticios; pero ese comercio se hacía en pequeñas proporciones para no demostrar que se buscaba en él una renta, si no que solo se trataba de no desperdiciar los sobrantes de lo que se remitía de las fincas para el consumo diario de la familia.

—¿Y á cuánto llega ese capital que me traes, China?

—Pasa de tres mil pesos, mi ama.

—Sí, señora; aquí traigo la cuenta día por día.

—¡Eso es un dineral, China! dijo doña Mercedes, y desde ahora vamos á hacer una cosa.

—Mande Su Merced.

—En primer lugar, que desde hoy en adelante no haya más venta en la portada.

—Así se hará, Señora, dijo con visible sentimiento la China.

—En segundo lugar, que todo lo que traiga el arriero se distribuya entre los pobres y los hospitales.

—Suplico á Su Merced que me permita una observación, dijo la criada.

—Puedes hacerla.

—Los que más acuden á comprar en esta portada son personas faltas de recursos, pero que no tomarían nada de balde y tendrían que comprar lo que necesitan caro y de mala calidad.

—Eso es un mal que trataremos de remediar, yo trataré de eso con esta señora, dijo Da Mercedes señalando á Mrs. Merrill, y con mi hija María. Hablaremos de esto mañana á esta misma hora.

—Tome Su Merced el dinero, dijo la China presentando á Da Mercedes un saco de onzas.

—China, dijo la Señora: guarda ese dinero para tí.

La China volvió á arrodillarse y besar la mano de su señora, dirigiéndose enseguida al cuarto donde residía con su esposo, á quien dió cuenta del acto liberal de la señora.

Cayetano la recibió con el rostro triste.

—China, le dijo: te voy á decir una cosa, que no debe saber ninguno de la servidumbre de la casa, y aunque todos lo sepan, es indispensable que nunca llegue ¿lo oyes bien? que nunca llegue á conocimiento de la Señora, ni de su hija, de la señora inglesa.

—Todo lo que tú me mandas se hace.

—Pues bien; el amo está preso: yo mismo lo he visto entrar ayer en la cárcel.

—¡Ave María Purísima! exclamó la *China* arrodillándose. ¿Y por qué? preguntó angustiada.

—Por eso que anda de querer quitar al Gobierno, respondió Cayetano.

—Dios y la Virgen quieran que se salve: manifestó llorosa la negra.

—Cuando yo lo ví entrar allí entre cuatro soldados, compré con mi dinero una buena cama, en la tienda de la francesa comadrona; saqué del armario del cuarto suyo la mejor ropa, también de cama, y todo se lo mandé por medio del comandante Lombea que se lo dió al oficial de guardia, quien se lo pasó al carcelero, y desde entonces le envió en una cantina del mismo comandante el almuerzo, la comida y todo le que él está acostumbrado á tomar.

Pero como ese gasto no podía seguir haciéndolo yo y es preciso ocultar lo que pasa á la señora, á la niña María y á la institutriz inglesa, viene muy bien el dinero que te han dado para que no le falta nada.

—Todo eso está muy bien pensado, y Dios te lo pagará, Cayetano.

El *lucumí* se mostró satisfecho de la aprobación de su mujer.

—¿Y qué dice el comandante? preguntó ésta.

—El comandante está furioso. Quiere pegarle fuego á la cárcel y llevarse al Amo á la fuerza.

—¡Me gusta ese blanco! dijo la China.

—Ya Pancho está enterado de todo.

—¿Y sabe lo que dice el comandante?

—No. Pero si fuera preciso hacer cualquier cosa para salvarlo de veras, y no para que todo se convierta en alboroto, ni Pancho el criollo, ni Cayetano el *lucumí* dejarán de sacrificarse, si es preciso.

—Ni la *China*, mujer de Cayetano y madre de Pancho dejará tampoco de sacrificarse, dijo con exaltación la negra, con las lágrimas en los ojos.

Mientras así hablaban los cónyuges, llegaron Bernabé y su madre, habiéndose adelantado unas horas á la carreta en que traían algunos muebles y enseres de la quinta de Santa Cruz. A mano condujeron los retratos al óleo de Manuel y Catalina hechos por Vermay y cuidadosamente atados el uno frente al otro, no separando á los lienzos sino el espesor de sus cuadros.

Rita, madre de Bernabé y su hijo, aseguraban que los habían oído hablar toda la noche.

Pancho con permiso de sus padres, comunicó á Bernabé lo ocurrido á Frasquito y lo que tramaba en su desesperación el comandante.

Bernabé le contestó:

—Sébase desde ahora: para dar la vida por ese hombre, yo estoy en primera línea antes que todos.

—Yo hablaré con el comandante, dijo Ca-

yetano; y si hay algo que hacer nos veremos.

La casa solariega de los hermanos Agüero era espaciosa y cómoda; pero sin belleza arquitectónica.

El frente daba á la calle de la Candelaria. Se componía de una puerta grande en el centro y dos grandes ventanas de cada lado, ocupando una extensión de sesenta varas de ancho y una altura de diez del piso de la vía pública al principio del tejado. La sala principal tenía acceso por la puerta céntrica á la calle con una ventana á la izquierda y otra á la derecha, y los otros dos huecos laterales correspondían respectivamente á dos aposentos, que se comunicaban con una línea de habitaciones interiores hasta el número de cinco, encerrado en el espacio de veinte varas de ancho y ochenta de fondo mediando entre ellas un comedor inmediato á la sala, un contra-comedor que le seguía y un patio de cuarenta varas de largo y veinte de anchura.

En el aposento de la esquina á la calle de Santa Ana, vivían María y Mrs. Merril. En el del lado opuesto Da Mercedes, existiendo en el uno y en el otro sendas tornecinas con la imagen de la Virgen de la Caridad y cubiertas de cristal dorado en los bordes.

Componían los muebles dos grandes so-

fás en la sala con el espaldar muy alto y los extremos enroscados y grandes sillones, algunos de oreja, y sillas también de crecidas dimensiones, todos ellos de caoba maciza casi negra por lo antigua. Adornaban las paredes retratos de familia, y pendiente de las dos llaves paralelas del techo, colgaban un enorme quinqué y un par de bombas para velas de esperma. En el muro del centro de los que sostenían los arcos contiguos al comedor había un gran espejo de marco dorado con un reloj *empire* y dos enormes candelabros dorados para diez bujías cada uno.

Las camas de los aposentos eran anchas y altas, tendidas con lujo, y casi en el centro, colgaba una hermosa hamaca, generalmente dedicada á la siesta.

Los jarros y palanganas y todo el servicio de aseo eran de plata maciza, constituyendo un caudal.

Al mismo tiempo el resto de la sillería era de cedro y cuero con lucientes tachuelas doradas.

Todos los suelos de la casa eran de *hormigón* muy bien hecho, á excepción del de la portada que estaba al fondo en la calle de Santa Ana cuyo piso lo formaban chinas pequeñas redondas firmemente adheridas á una tierra compacta.

En el aposento de D^a Mercedes, que nunca salía de él, se aglomeraban desde por la mañana hasta las nueve de la noche, María, Mrs. Merril, Rita y la China, á cuya última hora, una de las criadas alternativamente se quedaba á dormir en el cuarto de la señora y la otra en el de María, tendiendo en la sala sus catres á la puerta de cada aposento, situados frente á frente, por un lado Bernabé y por el otro Pancho.

Una noche, al entrar en su habitación María, con Mrs. Merril y Rita con la cual se había amistado estrechamente desde que supo en la quinta de Santa Cruz el asesinato de Manuel por Esteban, la pobre niña dió un grito al sentir en el cuello un animal que la pellizcaba fuertemente con sus patas.

Se apresuraron á socorrerla sus compañeras y al ver la dama irlandesa al bicho, gritó llena de contento:

—¡No moverse! ¡No moverse! ¡Es un grillo verde! Es la felicidad lo que viene á anunciarnos.

Y asiendo delicadamente al animalito con los dedos, lo colocó en las faldas de María, no atreviéndose ninguna á molestar después de estas palabras al hermoso grillo que pasó una hora saltando de una falda á otra, de silla en silla y de cama en cama, como para-

ninfa anunciador de que habían pasado los tiempos tristes en aquella casa y venían los venturosos.

Mrs. Merrill era eminentemente supersticiosa, y la aparición del grillo la llenó de contento, comunicándose la misma seguridad de próxima dicha á la impresionable niña.

Para la irlandesa las desgracias se anunciaban por un signo visible, ya una mariposa negra, ya un sillón que se moviera por si solo, ya el sentarse á una mesa á comer trece personas. Recordaba muchos hechos que se lo confirmaban; pero nunca se le había presentado durante su existencia azarosa ningún signo de buen augurio.

No era posible que ese salto del grillo al cuello de María y de falda en falda después, dejase de anunciar la felicidad de la familia.

Pusiéronse una y otra á hacer conjeturas sobre la clase de ventura que llegar podía.

Quizás ni Manuel ni Catalina habían muerto y se aparecerían vivos, buenos y sanos á la hora menos pensada; tal vez se presentaría un joven lleno de virtudes y de belleza á pedir la mano de María, proporcionando á ésta el gusto de hacer feliz á doña Mercedes; acaso Dios concedería algún mi-

lagro que disipase los amargos dolores del hogar y le trajese dulces alegrías.

Las imaginaciones de una y otra mujer rivalizaron en inventivas, y cada suposición que las asaltaba la celebraban, primero con sonrisas y después con aplausos y carcajadas, decidiendo ambas hasta con aprobación de Rita pasar toda la noche en vela, para que durante el sueño no se fuera la suerte.

La irlandesa para festejar la ocasión dispuso que les sirvieran vino de Jerez y de Madera, de los que participó la etiope, la cual coronó la obra con un café delicioso.

De repente oyeron las cuatro tocadas en la iglesia de la Merced, y sentadas en sus butacas respectivas, se pusieron á escuchar el monótono y agudo chillar del grillo, oculto en una endija, con la satisfacción con que podían haber oído una inspiración sublime de Rossini.

Otro sonido inesperado les llamó la atención profundamente, pasando muchos minutos, sin poder averiguar de que procedía.

Al principio les pareció que era una lluvia menuda que hería los tejados: después creyeron que pasaban varios caballos cargados de yerbas, más tarde imaginaron que el vien-

to agitaba con fuerza unas palmeras, pero comprendiendo que no acertaban, abrieron un postigo que daba á la calle de Candelaria.

El ruido era ocasionado por los pasos de una muchedumbre en dirección del barrio de la Caridad.

Comenzaban los claros del día, y entre la confusa multitud, mezclados grupos de beatas, de campesinos, soldados sin armas, frailes y hombres bien vestidos, y no pudiendo ocurrírseles lo que esto significara pasaron á la sala la irlandesa, María y Rita, abrieron la puerta principal de la casa, salieron á la calle y como por atracción magnética siguieron los pasos de la gente misteriosa, sin poder entender lo que se decían aquí y acullá de vez en cuando, ya á gritos, ya en voz baja.

Poco á poco anduvieron como doscientos cincuenta pasos y llegaron á una plaza en cuyo centro había un cuadro de tropa sobre las armas y en medio una banda numerosa de tambores.

Frente á esta banda se levantaban dos grandes catafalcos que parecían á los ojos de Mrs. Merrill dos tablados, con escalera y todo, de los que se ponen al aire libre para la música en las festividades populares.

—¡Cuánto tarda en llegar la música! dijo ella impaciente.

—La música llegará pronto, señora, le contestó uno de los concurrentes.

Dos hombres con trage talar burdo de color gris y una capucha á la espalda, se presentaron, atadas las muñecas, y acompañado cada uno de un sacerdote, subieron á la vez las escaleras de los respectivos tablados, donde los esperaba, también á cada cual un hombre robusto que juzgaron los encandilados ojos de la Merrill, cómicos prontos á representar una farsa. La función iba á comenzar de momento.

En efecto, la banda de tambóres se puso á redoblar, los encapuchados se sentaron en los sillones, y los que imaginaba cómicos la hija de la verde Erin á influjo del Jerez y el Madera, les pusieron unos corbatines de hierro dándoles una vuelta de tornillo que les hizo hacer horribles muecas, y cubrieronles la cabeza, apoyada contra el pecho, con la capucha.

Uno de los encapuchados era rubio y joven; el otro trigueño y anciano.

La señora Merrill no los conoció.

Al inclinar las cabezas los encapuchados, el público exhaló un murmullo placentero, y se dispó tranquilamente.

—¿Y cómo se llamaban los ajusticiados?

preguntó á un amigo un espectador cercano á la Merrill, María y Rita.

El amigo le contestó:

—Don Andrés Sanchez y Don Francisco de Agüero.

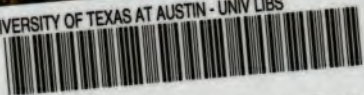
FIN.

This Book is Due on the Latest Date Stamped

LITHO.

--	--	--

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS



3024369790

0 5917 3024369790